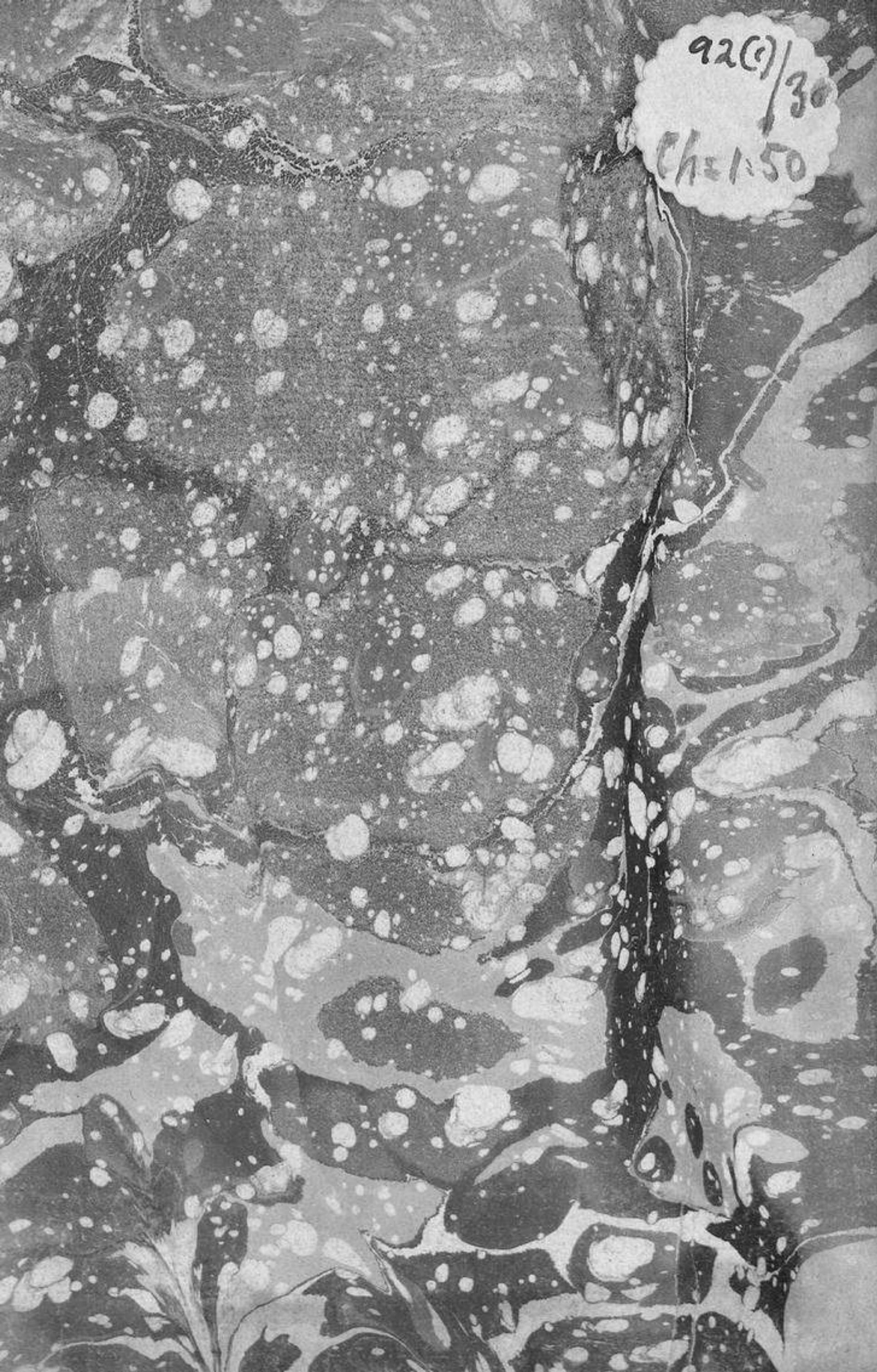


92(9)/30

Ch 1-50



247

A. Ramirez

177

15

1000

177

778

García Oliveros
aud. - 25 - julio
1949

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA:

POR

D. Gerónimo de la Escosura.

TOMO I.



MADRID: OCTUBRE 1831.

Imprenta de D. LEON AMARITA.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA:

FOR

D. Perovano de la Esp...

TOMO I.



MADRID: octubre 1831.
Imprenta de D. Juan Alvarez.

Prólogo.

Si se hubiesen de apreciar las obras por el trabajo que cuestan, bien pudiera yo lisonjearme de la buena acogida de este Compendio; pero lo escabroso de la materia, las dificultades que presenta, y que los ensayos hechos hasta ahora acreditan en cierto modo, no me permiten entregarme á tan lisonjeras esperanzas. Creo sin embargo haber dado algun paso mas que los que me han precedido, ordenando los hechos, rectificando la cronología, desechando las fábulas y cuentos maravillosos, limitándome á los sucesos de un interés general, economizando las reflexiones y las sentencias, desnudándome de toda pasión ó espíritu de partido, y sobre

todo , procurando imprimir en el corazon de los jóvenes , para quienes escribo, el amor á la virtud y el odio al vicio.

221 Mi objeto ha sido el de completar con este Compendio, y los que he publicado ya de la Historia de Grecia y de Roma, un curso abreviado de Historia antigua y del pais, en cuya lectura no solo puedan adquirir instruccion los jóvenes estudiosos, sino tambien hallar los sabios consignados los hechos mas esenciales y las épocas. Si el público hace justicia á mi buen deseo, miraré como superabundantemente recompensadas mis tareas.

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

CAPITULO PRIMERO.

*Desde la fundacion de España hasta la
venida de los fenicios á ella.*

España es la parte mas occidental de la Europa. Está situada en la zona templada septentrional, entre los $5^{\circ}, 37', 54''$ Oeste, y $6^{\circ}, 59', 6''$ Este de longitud del meridiano de Madrid, y los $36^{\circ}, 30''$, y $43^{\circ}, 46', 40''$ de latitud Norte.

Unida al Portugal, como lo estaba antiguamente, forma una Península bañada al O. por el mar Atlántico, á una parte del N. por el Cantábrico, y del S. al E. por el mediterráneo, limitándose á la parte de entre

E. y N. por la cordillera de los montes Pirineos, que estendiéndose por un espacio de 92 leguas de longitud la separan de la Francia, y la sirven de antemural y barrera.

Su mayor estension, tomada desde el cabo de Creux en Cataluña hasta el de Finisterre en Galicia, es de 198 leguas; y la de N. á S. contada desde el cabo de Peñas en Asturias hasta Tarifa, de 156. Tiene 15000 leguas cuadradas de superficie, y de 10 á 11 millones de habitantes.

Aunque el clima varía mucho de unas provincias á otras, se puede decir en general que es seco, templado y sereno, y el suelo tan fecundo, que en algunas partes se aclimatan sin mucha dificultad las producciones de los países mas distantes y apartados, como sucede en varios puntos de las costas de Andalucía y de Valencia.

La fundacion de España trae su origen de una época tan remota, que se pierde con la historia de sus primeros siglos en la oscuridad de los tiempos. Los esfuerzos que han hecho los historiadores para penetrar en este caños, por mas loables que sean, y por mas erudicion y laboriosidad que acrediten, no solo han sido infructuosos hasta ahora,

sino que han abierto la puerta á las relaciones fabulosas, y al conflicto de opiniones que reina aun sobre los puntos mas esenciales de nuestra historia. Tales son por ejemplo, la etimología del nombre España que tiene actualmente, y de los de Tubalia ó Setubalia, Iberia, Celtiberia, Hesperia, y otros que tuvo en lo antiguo; el origen y procedencia de sus fundadores; la lengua primitiva, los primeros reyes, el género de gobierno, la religion, usos y costumbres etc.

Por esta razon, y para no salir de los estrechos límites de un compendio, me ceñiré á decir únicamente sobre la antigüedad de España y sus diversos nombres, que, segun la opinion mas generalmente recibida, el primero que la pobló fue Tubal, hijo de Japhet, y nieto de Noé, de cuyo nombre se llamó Tubalia ó Setubalia: que el nombre de Iberia le tomó del rio Ebro, llamado antes Ibero: el de Celtiberia, del que acaba de decirse, y de los celtas que vinieron á España: el de Hesperia del planeta Venus, en latin Hespero; y últimamente el de España, de los fenicios.

Como estos fueron los primeros que descubrieron la Península, y se establecieron en

ella, daremos principio á nuestra historia desde esta época, sin hacer mérito de las fábulas y relaciones maravillosas, que no solamente llenan los siglos anteriores á ella, sino tambien los que mediaron hasta la venida de los Cartaginenses.

CAPITULO 3.^o

Desde la venida de los fenicios hasta la espulsion de los cartaginenses.

1600 años antes de Jesucristo. Los fenicios, dedicados esclusivamente á la navegacion y al comercio, fueron, como acaba de decirse, los primeros que descubrieron nuestra Península, y la pusieron el nombre España. Las riquezas de su suelo, y la benignidad del clima, los fueron atrayendo y aficionando en términos, que mas de 1000 años antes de la venida de nuestro Redentor Jesucristo fundaron á Gades, hoy Cadiz, que separada entonces de la Isla de Leon por un estrecho canal, no tardó mucho tiempo en ser el emporio del comercio. Estendiéronse despues por las costas de la antigua Bética (Andalucía), sin que se sepa que en el espacio de ocho siglos

hubiese sido alterada por los naturales la quieta y pacífica posesion en que vivian; pero obligados al cabo de este tiempo á venir con ellos á las manos, fueron vencidos y puestos en gran aprieto los fenicios.

Llamaron entónces en su socorro á los cartaginenses, que siendo tambien fenicios de origen abrazaron con ardor la causa de sus aliados; y el interés de los unos junto con el resentimiento de los otros, contribuyó á la opresion de los habitantes del pais, el cual despues de varias refriegas quedó bajo la dominacion de los cartaginenses.

264 a. J. C. Obligados despues estos, por los acontecimientos de la primera guerra púnica, á reunir sus fuerzas en la Sicilia, tuvieron que abandonar sus establecimientos de la Bética; mas como de ellos sacaban sus principales riquezas, en el tratado de paz que al cabo de veinte y cuatro años puso fin á aquella sangrienta lucha, procuró Cartago conservar á toda costa el comercio del Mediterráneo, sin el cual dificilmente hubiera podido reparar las grandes pérdidas que habia sufrido.

237. Para verificarlo con mas prontitud y consolidar sus antiguas posesiones, enviaron los cartaginenses á España un numeroso

ejército á las órdenes de Amilcar Barca, padre del famoso Anibal que contaba entónces nueve años. El odio que profesaba Amilcar á los romanos, y que hizo jurar solemnemente al jóven Anibal antes de salir de Cartago, fue el móvil principal de todas sus empresas. Esperando restablecer en el vasto teatro de la Península la disciplina de las tropas, y proporcionar á su patria los tesoros necesarios para contrarrestar el poder de Roma, luego que desembarcó en Cádiz procuró estender sus conquistas por el continente y por las costas del Atlántico. En el espacio de ocho ó nueve años subyugó toda la Bética, penetrando despues en la Lusitania (Estremadura y Portugal), cuyos habitantes faltos de armas y disciplina, aunque sobrados de valor, no pudieron conservar su independencia. No fueron mas felices los esfuerzos que hicieron por defender la suya los bastetanos (reino de Jaen), los contestanos (Murcia y parte de Valencia), ni los celtiberos, si bien estos derrotaron á los cartaginenses en una batalla, y los pusieron en tan precipitada fuga, que Amilcar se ahogó al pasar un rio con su caballo.

226. Sucedióle en el mando su yerno Asdrubal que militaba bajo sus órdenes, y que

con menos ciencia, pero con mas humanidad y política, despues de haber entrado con cincuenta mil hombres por las tierras de los celtiberos y apoderádose de algunas plazas, hizo amistad con ellos, casándose con una princesa del pais. Fundó á Cartagena con el nombre de *Carthago nova*; y cuando se preparaba para nuevas espediciones, fue alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo dueño habia mandado quitar la vida.

219. Apellidó el ejército por su general á Anibal, y el Senado confirmó la eleccion. Este capitán insigne, azote de la España y terror de Roma, alicionado por espacio de diez y seis años en la escuela de su padre y de su hermano político, reunía ya en su persona á la edad de veinte y cinco años todas las cualidades de un héroe. Despues de haber asegurado las conquistas de sus antecesores, puso sitio á Sagunto (Murviedro), que temiendo el poder de Cartago habia formado anteriormente, bien asi como otros pueblos comarcanos, estrecha alianza con Roma.

Asdrubal, naturalmente pacífico, habia respetado la independendencia de los saguntinos estipulada á la conclusion de la primera guerra púnica; asi que no pudieron menos de

quejarse amargamente de la conducta de Anibal al Senado romano, que en lugar de enviarles los socorros que pedian y con tanta urgencia necesitaban, se contentó con reclamar de Cartago el cumplimiento de los tratados, dejando á sus fieles amigos abandonados á sus propios recursos.

Eran estos muy escasos para resistir por largo tiempo los ataques de un enemigo tan poderoso como Anibal; mas sin embargo los saguntinos apelaron á su valor, el cual les dió fuerza y energía para defenderse por espacio de ocho meses, haciendo frecuentes salidas, y con ellas no poco estrago en los enemigos. Asaltada la plaza por la brecha que abrieron estos con sus máquinas, formaron los sitiados en el interior nuevos atrincheramientos, en los cuales se sostuvieron desechando las proposiciones que les hacia el enemigo, á pesar del hambre y calamidades de que se veían rodeados. Llegaron estas al colmo, y el valor de los saguntinos, á par de ellas, á aquel grado de heroismo que raya ya en la desesperacion. Viendo al fin su ruina inevitable, hicieron una grande hoguera, en la cual quemaron todo lo mas precioso que tenian, incendiando despues las casas, y sepultándose

con sus mugeres é hijos en las llamas: ¡ tal era el horror que tenían á la esclavitud!

216. La destrucción de Sagunto presentó á los romanos la ocasion que deseaban para romper nuevamente con Cartago, pues las reclamaciones que sobre ella hicieron fueron desatendidas, y acarrearón al fin una nueva guerra. En España produjo otros efectos. Los ilergetes y los vascones, situados entre el Ebro y los Pirineos, en donde están hoy la Cataluña y la Navarra, consternados por la catástrofe de Sagunto, y poco satisfechos de la conducta que habían tenido con ella los romanos, se sometieron á Cartago.

Anibal, entre cuyas eminentes prendas resplandecía mas que ninguna otra la de ganarse el amor de sus súbditos, supo templar el rigor de la guerra con la suavidad y dulzura del mando, de tal modo, que le siguieron en su expedicion á la Italia veinte mil españoles, atravesando con él los Pirineos y los Alpes, y participando del peligro y de la gloria de las famosas batallas del Tesino, del Trebia, del Trasimeno y de Canas.

No pareciéndole sin embargo muy cuerdo descansar absolutamente sobre la buena fe de unos pueblos, que por mas leales que

fuesen, al cabo eran conquistados, dejó en España á su salida quince mil africanos al mando de su hermano Asdrubal, para proteger el pais desde la embocadura del Bétis hasta las orillas del Ebro, y un cuerpo de diez mil infantes y mil caballos bajo las órdenes de un capitán llamado Hannon, para mantener la tranquilidad entre los inquietos habitantes de la Cataluña y la Navarra.

Los acontecimientos justificaron esta precaucion, porque Roma, en el momento en que penetró los designios de Anibal de llevar sus armas á la Italia, trató de privarle de los recursos que podia sacar de España, transportando aquí la guerra. Gneo Escipion al frente de un crecido ejército atacó y derrotó á Hannon, sometiendo todo el pais entre el Ebro y los Pirineos. Aumentadas despues sus fuerzas con las que trajo su hermano Publio, que en calidad de proconsul habia sido nombrado para continuar la guerra de España, los dos generales pasaron el Ebro, repararon los muros de Sagunto, y á fuerza de fatigas y desvelos conservaron por espacio de siete años en la Península el ascendiente de las armas de Roma.

Los edetanos, que aprovechándose de

una ausencia momentánea de los vencedores se rebelaron contra ellos, fueron severamente castigados con el saqueo de algunos de sus pueblos, entregados á la rapacidad de los soldados. Asdrubal, replegándose á los cantones de la Lusitania defendidos por las montañas, pudo evitar los encuentros de los enemigos, abandonándoles el pais abierto y sin defensa.

Lisonjeábanse ya los Escipiones de la reduccion total de la España, cuando fueron víctimas de su temeridad. Deslumbrados con el buen éxito de sus expediciones, dividieron las fuerzas para llevar con mayor rapidez á cabo sus designios, y les sucedió todo al contrario de lo que se prometian. Los españoles, que no podian menos de mirar con amargo dolor los progresos de los romanos, se valieron de esta ocasion para atajarlos. Publio, abandonado de sus aliados, fue derrotado y muerto por las fuerzas reunidas de España, Cartago y Numidia, al norte del Ebro, entre las fronteras de los suesetanos, hácia donde está Sangüesa, en Navarra; y Gneo, volviendo al socorro de su hermano, tuvo la misma suerte, pues los celtiberos desampararon sus estandartes, y los pocos romanos que

le quedaban fueron con él pasados á cuchillo.

208. Encargó Roma entouces á Publio Cornelio Escipion, hijo de Publio, la continuacion de la guerra de España en calidad de procónsul, á pesar de que solo contaba á la sazón 24 años. Este héroe, conocido despues por el dictado de *el Africano*, encontró á los romanos, á su venida á la Península, atrincherados en el Ebro; mas reanimándolos con su ejemplo, y enseñándoles á despreciar la débil proteccion de un rio, los condujo á la Bética con tal órden, que no halló el menor obstáculo en su marcha.

Deseoso despues de señalarse con alguna empresa de importancia, puso los ojos en Cartagena, que bajo los auspicios del comercio, y de una sábia administracion, se habia ido elevando al mas alto grado de esplendor y de opulencia, siendo á un mismo tiempo silla del Gobierno, y depósito general de los tesoros y pertrechos de los cartaginenses. Sitióla Escipion por la parte de tierra, mientras que Lelio bloqueaba con la armada de su mando la embocadura del puerto, y la falta de prevision de los cartaginenses acarreó su ruina. Persuadido el gobernador de la plaza de que la parte del muro bañada por la

mar estaba defendida naturalmente por este elemento, la descuidó del todo, sin reflexionar aun que en la baja marea quedaba el pie de la muralla en seco. Pero el general romano, mas diestro ó mas avisado, llamando la atencion de los sitiados con un falso ataque por la parte de tierra, asaltó por la otra la plaza al frente de quinientos hombres escogidos, y logró introducirse en ella. El son de las trompetas enemigas en el centro de la ciudad llenó de terror á los cartaginenses; y aunque algunos capitaneados por Magon se esforzaron á defender la ciudadela, no pudiendo contener el impetuoso ardor de los romanos, despues de una corta resistencia se vieron precisados á rendirse á discrecion, poniendo en manos del vencedor las inmensas riquezas que se hallaban acumuladas en la plaza.

207. Si la toma de Cartagena grangeó á Escipion entre los naturales el concepto de un general consumado, la generosidad que desplegó despues de la victoria acabó de arrebatar los corazones. Habiéndole presentado una cautiva de singular belleza, como supiese de su misma boca que estaba prometida en matrimonio á un Príncipe del pais llamado Alucio, ó Luceyo, se la restituyó á su espo-

so, que en agradecimiento no solo fue desde entonces uno de los mas fieles aliados de los romanos, sino que deshaciéndose en lenguas sobre la moderacion y continencia del caudillo, atrajo otros muchos á su partido.

Un conquistador no puede ciertamente valerse de una arma mas peligrosa y fatal para los pueblos que trata de subyugar, que la de sus virtudes. Los españoles unidos hubieran podido conservar su independendencia, ó á lo menos prolongarla por mas tiempo, en vez de que habiéndose esparcido por las diferentes tribus de los celtiberos la fama de la generosidad de Escipion, se declaró por él una gran parte del pais situado entre el Ebro y el Duero. Los vasallos de Alucio marcharon con él bajo las banderas de Roma, honrándose con el título de auxiliares suyos; y hasta los dos hermanos Indibil, ó Andobal, y Mandonio, príncipes de los ilergetes, enemigos declarados de Roma hasta entonces, pusieron su rencor é hicieron alianza con Escipion, agradecidos al buen trato que habia dado á sus familias en Cartagena.

206. Movió despues el conquistador con su gente en busca de Asdrubal, y habiéndole atacado cerca de Bécula, hácia donde está

hoy Baeza, le derrotó, obligándole á retirarse á los Pirineos, de donde pasó á Italia en socorro de su hermano Anibal.

Los aliados de Cartago, lejos de abandonar su causa en tan mal estado, por uno de aquellos rasgos de generosidad que han caracterizado á los españoles desde los mas remotos tiempos, formaron el mayor empeño en sostenerla. Reforzados con las tropas que trajo despues Hannon, sucesor de Asdrubal, disputaron á Escipion por algunos años la ocupacion del pais, á costa de su libertad é independencia.

Oringi, cerca de Jaen, fue la primera víctima de su fidelidad. Sitiada por los romanos, despues de una vigorosa defensa, cayó en su poder y fue saqueada. Siguióla Iliurgi, inmediata á Andujar, que en castigo de su denodado esfuerzo se vió destruida.

Castulon, hácia Cazorla, temiendo igual suerte, hubo de entregarse; pero Estapa, cerca de Estepa, émula de las glorias de Sagunto, prefirió su destruccion á la esclavitud. Viéndose reducidos los habitantes al último extremo, quemaron sus alhajas y preseas, degollaron sus hijos y mugeres, y con sus propias armas se quitaron las vidas.

Impaciente Escipion por arrojar á los cartaginenses de España, sitió y tomó á Cádiz, en donde se habian reunido los restos de sus tropas, y pasó luego á Roma, dejando el gobierno de la Península á cargo de los procónsules Lucio Lentulo y Lucio Manlio Acidino.

201. La ausencia de Escipion pareció á Indibil y Mandonio una coyuntura favorable para romper abiertamente con los romanos y recobrar su independencia, y así desplegaron tal celo y actividad, que pudieron reunir en el país de los edetanos, probablemente en las cercanías de Lérida, treinta mil infantes y cuatro mil caballos. Mas estas fuerzas, que bien dirigidas hubieran podido resistir por largo tiempo las de la República romana, fueron destruidas en una sola batalla, no sin gran destrozo de una y otra parte. Pereció Indibil en ella con mas de la mitad de la gente, y los que quedaron tuvieron que entregar á Mandonio en manos de los enemigos para salvarse.

CAPITULO 3.º

Desde la reduccion de España á provincia de la república romana, hasta la guerra de Numancia.

200. Convertida España desde esta época en una provincia dependiente del gobierno de Roma, gozó de tranquilidad por algun tiempo. Mas como no era posible que un pueblo amante de su libertad é independencia, y armado de valor, sufriese pacientemente el yugo de la esclavitud, que la crueldad y avaricia de los tiranos hacian cada dia mas pesado é insoportable, no tardó mucho tiempo en estallar el fuego de la insurreccion en diferentes puntos de la Península.

193. Estaba entónces á cargo de dos pretores, que enviaba Roma anualmente á los dos gobiernos en que se habia dividido dos años antes, que eran: el de la España citerior, que comprendia la parte septentrional desde los Pirineos hasta la embocadura del Duero, y cuya silla principal era Tarragona; y el de la ulterior, que abrazaba la Bética y la Lusitania, ó la Andalucía, y el Portugal.

Subleváronse los de la España citerior contra el pretor Cayo Sempronio, que fue enteramente destruido con todas sus fuerzas, y murió de las heridas que habia recibido en la batalla. Cundió el fuego de la insurreccion por la España ulterior, y temió Roma las fuerzas unidas de los españoles; mas por desgracia el mismo espíritu de discordia que los habia puesto bajo su dominacion, hizo inútiles los tardíos esfuerzos con que intentaron sacudirla.

191. Enviado á España el cónsul M. Porcio Caton, llamado el Censor, que fue el primero que vino á ejercer la dignidad consular en la Península, desembarcó en Rosas, antigua colonia de los rodios en Cataluña, y despues de varios combates restableció la superioridad de las armas de la república.

Fulvio Nobilior redujo dos años despues los vaceos, cuya capital era Palencia, y derrotó á los celtiberos en una batalla dada en los campos de Ebury (Talavera), con lo cual se intimidaron por algun tiempo los españoles, y permanecieron quietos y tranquilos.

Aprovecharon muchos romanos estos momentos de paz y de inaccion para enlazarse

con españolas; mas como las leyes de la república prohibian á los ciudadanos el matrimonio con extranjeras, y consideraban como ilegítimos los hijos habidos en ellas, el Senado les concedió tierras y la ciudad de Tarifa con el derecho de *colonia latina*.

168. Tambien se refiere á esta época la restauracion de Córdoba por los romanos, que la hermosearon y decoraron con el título de *colonia patricia*.

150. Mientras tanto los españoles que se habian retirado á las montañas, prefiriendo la libertad que gozaban en aquellas regiones áridas y desiertas, á la opresion que sufrían en las llanuras fértiles y abundantes, se habian hecho tan temibles por su valor é intrepidez, que los soldados romanos rehusaron seguir al cónsul Lucio Licinio Luculo encargado del departamento de la Península. Ofrecióse á acompañarle el célebre Escipion el Africano, segundo de este nombre, y su ejemplo arrastró á la juventud romana.

Luculo, á quien la pobreza hacia avariento, y la avaricia cruel, deshonoró con su conducta en la España citerior el nombre romano. Cauca, una de las principales poblaciones de los vaceos, hoy Coca, que bajo la

seguridad y buena fe de una capitulación, le abrió sus puertas, fue víctima de la atrocidad de este monstruo. Apenas entró en ella, cuando la abandonó al furor y rapacidad de los soldados, que de los veinte mil ciudadanos que había dentro, solo dejaron vivos quinientos para publicar tamaña perfidia. El pretor Sergio Sulpicio Galva, como si á porfía tratase de oscurecer el nombre de execración que Luculo se había grangeado, no perdonaba en la España ulterior linage de atrocidades que no cometiese para saciar su codicia. Fingiéndose compadecerse de un crecido número de lusitanos que habían ofrecido someterse á la autoridad de Roma, les prometió nuevas y fértiles tierras en que pudiesen vivir con la comodidad y ventajas de que en su estéril suelo carecían; mas en el momento que los vió separados de sus compatriotas, desunidos y sin medios para defenderse, el indigno pretor los hizo degollar alevosamente.

146. El amor de la libertad y la sed de venganza reunieron un cuerpo considerable de guerreros lusitanos, que ardiendo en ira trataron de atacar á los romanos y esterminarlos. Pusiéronse en marcha para atravesar la

Turditania (Andalucía); pero su impaciencia los condujo á un país quebrado y montuoso, cuyos desfiladeros estaban ocupados por el enemigo. La imposibilidad de forzar el paso les obligó á tratar con Cayo Vetilio, sucesor de Galba, que les hizo las mismas ofertas que éste, á condicion que reconociesen la autoridad de Roma. Titubearon los lusitanos, y uno de ellos, llamado *Viriato*, aprovechando este momento de indecision «acordáos, *les dijo*, de la perfidia de Luculo y «de Galba; seguid mi consejo, y saldremos «del lazo en que hemos caido.» Siguiéronle en efecto, y Viriato, para emprender con mas seguridad la retirada que premeditaba, formó con mil caballos una línea muy estensa, persuadiendo así á los romanos que iba á presentarles la batalla, y mientras tanto hizo marchar la gente en pelotones por varios senderos ocultos, reuniéndose despues todos en Trebola.

Los historiadores latinos prodigan á Viriato los epitetos de rebelde y bandolero, y sin embargo no pueden menos de confesar que la castidad y la templanza eran, juntamente con la generosidad y buena fé, las virtudes que mas resplandecian en su vida pri-

vada. De todos modos, cualquiera que hubiese sido su ejercicio y ocupacion en los primeros años de su vida, el valor y los talentos le elevaron al mando del ejército por el voto unánime de sus compatriotas.

El mismo Vetilio fué el primero que hizo una esperiencia harto costosa del genio militar de Viriato. Ansioso por alcanzar el triunfo que habia dejado escapar de las manos en la Turditanía, marchó tan apresuradamente contra los lusitanos, que saliéndole al encuentro en las gargantas y desfiladeros de las montañas que tuvo que atravesar, le atacaron con tal denuedo, que despues de haber perdido la mitad de la gente cayó en poder de sus enemigos. El recuerdo de la perfidia de Luculo y de Galba movió á los vencedores á la venganza, y la espada de uno de ellos privó á Viriato de la gloria de tener por prisionero á un General romano.

145. El pretor Cayo Plancio, que con diez mil hombres de infantería y mil trescientos caballos desembarcó en España al año siguiente, fue tambien derrotado en varios encuentros por Viriato. Claudio Unimano, pretor de la España citerior, fue igualmente vencido desde la primera batalla, y la mis-

ma suerte tuvo su sucesor Cayo Nigidio. Resonó entonces por toda la España el nombre de Viriato, que como el de su libertador repetían los habitantes desde el Ebro al Guadalquivir con el mayor entusiasmo.

144. Alarmada Roma con la victoria y la fama del caudillo lusitano, trató de oponerle el cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano de Escipion el joven; mas sin embargo de haber traído un gran refuerzo de tropas, concluyó su consulado sin haber obtenido ventaja alguna sobre su contrario. Los escritores romanos aseguran que continuando Emiliano el año siguiente en calidad de procónsul la guerra de España, venció á Viriato; mas lo cierto es que este no por eso se dejó abatir, pues en los dos años inmediatos derrotó á Quinto Cocio y Quinto Fabio Máximo Serviliano, sucesores de Emiliano, concluyendo con este último un tratado que ratificó el Senado, y por el cual quedó convenido que *habría paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato.*

No se sabe de un modo positivo cuáles fuesen los límites de los nuevos dominios de Viriato; pero se presume que comprendían la mayor parte de la España ulterior. La ciu-

dad de Arsa, hoy Azuaga, cerca de las minas de Almaden, que destinaba para capital de su reino, estaba inmediata al Guadiana, á igual distancia de Córdoba y Alcántara. Trataba Viriato de engrandecerla y de promover las artes de la paz, cuando supo con no poca sorpresa que venia sobre él el ejército romano.

139. Encargado el cónsul Quinto Servilio Cepion del gobierno de aquella parte de la España ulterior que habia quedado bajo la dominacion de Roma, no cesó de instar al Senado porque le permitiese continuar la guerra contra Viriato, hasta que esta asamblea, hollando todos los principios del honor y la justicia, prestó su consentimiento para una agresion tan páfida como inesperada.

Presentóse Cepion, sin ninguna declaracion preliminar de guerra, á la vista de Arsa con un numeroso ejército, y Viriato sorprendido y sin medios para resistir á tantas fuerzas, abandonó al enemigo la capital que no podia defender, y se retiró á los montes carpetanos en Castilla la nueva. Siguióle Cepion, pero el caudillo lusitano supo eludir sus ataques, acosando á las legiones roma-

nas con frecuentes escaramuzas , y hostilizándolas en su marcha.

Suspiraba Viriato por la paz , y siempre que obtenia alguna ventaja trataba de negociarla. Fingió el cónsul que oia con gusto las proposiciones que le hacia , al mismo tiempo que estaba meditando un designio atroz, que por desgracia llevó á efecto. Pudo corromper á fuerza de oro y de promesas á los diputados encargados por Viriato de negociar la paz, y estos traidores prometieron asesinar al defensor de sus libertades. Su caracter franco y confiado les allanó el camino. Como su tienda estaba abierta á todas horas hasta para el último soldado , los asesinos se introdujeron en ella á la media noche , cuando vestido y armado daba al cuerpo el preciso descanso , y le sepultaron un puñal en la garganta. Espiró este héroe al momento, sin pasar por la cruel amargura de ver la ingratitude execrable de unos monstruos , á quienes habia honrado constantemente con su amistad y confianza.

El horror al crimen es de todos los tiempos y de todos los paises. Podrá agradar la traicion , pero el traidor es infaliblemente aborrecido. Cuando los asesinos de Viriato

reclamaron de Cepion la recompensa de su infame alevosia, les dijo que podian contentarse con que les dejase gozar de lo que habian ya recibido, y que solo de Roma podrian esperar nuevas gratificaciones.

Deploraron los lusitanos la pérdida de su caudillo, y honraron su memoria con la pompa fúnebre que permitia la sencillez de aquellos tiempos. Eligieron en su lugar á Tantamo, que despues de varios descalabros los arrastró á hacer una capitulacion, por la cual se vieron despojados de sus armas, y diseminados por la política de los vencedores en varias colonias distantes entre sí y apartadas. Los pueblos situados en la ribera del Guadalquivir entraron bajo la dominacion de Roma, y las águilas de la república fueron llevadas en triunfo por casi toda la España.

CAPITULO 4.º

Guerra de Numancia.

139. Encendióse en la Celtiberia, á la muerte de Viriato, una nueva guerra llamada de Numancia. Esta ciudad situada cerca del nacimiento del Duero, inmediato á Soria,

sostenia su independencia con valor y esfuerzo, cuando intimidada por la aproximacion de Quinto Pompeyo al frente de treinta mil infantes y dos mil caballos, ofreció someterse bajo condiciones razonables. Mas como el general romano exigiese que los habitantes rindiesen las armas y demoliesen las fortificaciones, respondieron indignados, *los valientes no dejan las armas sino con la vida*. La desesperacion suplió por el número, y Pompeyo vencido en la primera batalla, se tuvo por muy dichoso con negociar, por medio de un tratado, el rescate de los prisioneros y desertores de su ejército, y la indemnizacion de treinta talentos que los numantinos consintieron en pagar á plazos.

138. Negóse Roma á ratificar este tratado, y volvieron á ver los numantinos á sus puertas otro ejército enemigo bajo el mando de Popilio Lenate, sucesor de Pompeyo, al cual atacaron tambien y destruyeron, obligándole á retirarse.

136. A la primavera siguiente se presentaron de nuevo las legiones romanas delante de Numancia, y de nuevo fueron destruzadas. Cuatro mil numantinos solos derrotaron á mas de veinte mil enemigos, y el cón-

sul Cayo Hostilio Mancino á la cabeza de las legiones fugitivas, para salvarlas y salvarse, tuvo que hacer un tratado con los vencedores, en el cual se estipuló la independendencia de estos.

El Senado romano, siguiendo su p rfida y detestable política, violó este tratado con la misma facilidad que el de Pompeyo, si bien, para cohonestar esta infraccion, mandó que Mancino cargado de cadenas fuese entregado al resentimiento de los numantinos. Mas estos llenos de magnanimidad desecharon la víctima, diciendo: *el sacrificio de un individuo particular no puede compensar la violacion de la fe pública.*

135. La avaricia hizo al cónsul Marco Emilio L pido, que sucedió a Mancino, emprender el sitio de Palencia; mas rechazado vigorosamente tuvo que retirarse con tanta precipitacion, que pic ndole los sitiados la retaguardia le mataron seis mil hombres.

133 Tan repetidos desastres no podian menos de poner a Roma en grave cuidado. Era preciso restablecer el honor de sus armas, y asi apeló al valor y fama de Publio Escipion Emiliano, llamado el Africano menor, destructor de Cartago. Nombrado con:

sul para continuar la guerra de España, reunió en ella sesenta mil hombres aguerridos, y empleó un año entero en restablecer y fortificar la disciplina, dando lugar á que se entibiase el ardor del enemigo antes de ponerse á su alcance. Atacáronle los numantinos y entorpecieron su marcha; pero el valor hubo de ceder al número, y viendo talados sus campos por el enemigo tuvieron que encerrarse en sus muros.

Tenian estos tres millas de circunferencia, y estaban defendidos por cuatro mil ciudadanos, cuyo valeroso esfuerzo aumentaban hasta lo sumo el amor de la libertad y el desprecio de la muerte. La ambicion de Roma, que no transigia nunca con sus enemigos si no se rendian á discrecion, cerraba las puertas á las negociaciones; y asi los numantinos, prefiriendo una muerte gloriosa á un yugo infame, salieron de la ciudad y desafiaron á los sitiadores á la batalla. Mas Escipion que queria vencer sin pelear, tuvo la prudencia de contener á sus soldados en las líneas, poniendo á los sitiados en la dura alternativa de rendirse, ó de perecer al rigor del hambre.

No les quedaba mas recurso que el de

llamar en su socorro á los pueblos inmediatos. Cinco guerreros ancianos, cada uno con un hijo, forzaron las líneas enemigas para llevar esta mision; mas el temor ahogó todos los demas sentimientos, y solo los habitantes de Lucia, que estaba á una legua de Numancia, tomaron en favor de esta las armas. Atacólos Escipion antes que pudiesen esgrimir las, y cometió la atrocidad de cortar la mano derecha á cuatrocientos jóvenes distinguidos, para escarmiento de todos los demas pueblos.

Deplorando entónces los numantinos la suerte de sus generosos amigos, sintieron todo el peso de su amarga situacion, y acosados del hambre, que diariamente disminuía su número, trataron de negociar con el enemigo. Sordo este á toda propuesta que no fuese la de rendirse á discrecion, abrazaron los sitiados el único partido que les quedaba, que fue el de acometer á los sitiadores haciendo en ellos una carnicería horrenda. Pero el combate era muy desigual por el número para que durase largo tiempo. Los numantinos destituidos de todo recurso incendiaron la ciudad y se sepultaron en las llamas.

Numancia, despues de haber hecho fren-

te por espacio de catorce años al poder de Roma, quedó reducida á cenizas por sus heroicos habitantes. Esta gloriosa resistencia se puede considerar como el último esfuerzo que hicieron los españoles para conservar su independencia. Los cántabros y los asturianos, retirados en las montañas de Vizcaya y Asturias, conservaron aun su libertad, como tambien algunos pueblos lusitanos; pero la mayor parte de la Península se sometió al dominio de los romanos, sin que en el espacio de muchos años hubiese ocurrido acontecimiento notable que pueda tener lugar en este Compendio.

CAPITULO 5.º

Guerra de Sertorio y sucesos posteriores á ella hasta la muerte de Augusto.

80. Cuando el partido de Mario en la Italia hubo de sucumbir al genio superior ó á la fortuna de Sila, los que tuvieron la dicha de librarse de la venganza de este sanguinario dictador, hallaron un asilo en España.

Sertorio, uno de los mas célebres capitanes de la antigüedad, gobernaba entónces la Península, y con su moderacion y dulzura se

grangeaba el amor y benevolencia de los naturales, acostumbrados á gemir bajo el yugo de la rapacidad de los procónsules romanos. Enemigo del usurpador Sila, pero acérrimo partidario de la república, cuando supo el trastorno que aquel habia causado en ella, abdicó el gobierno, y se contentó con el título de oficial romano, dando á trescientos compañeros suyos el de senadores. Autorizado por estos, y auxiliado por los lusitanos que le llamaron en su socorro, por los cántabros y otros muchos pueblos que entraron en su alianza, sostuvo por algunos años con un pequeño ejército una guerra tenáz y sangrienta contra diferentes generales romanos, que mandaban mas de cien mil hombres.

No habiendo podido Metelo, uno de los tenientes de Sila, alcanzar ventaja sobre Sertorio, envió Roma contra él á Pompeyo, que despues de varias tentativas infructuosas para menoscabar su poder, pregonó su cabeza ofreciendo por ella cien talentos y como unas diez mil fanegas de tierra. El riesgo hizo á Sertorio cauto y severo; y el faccioso Perpena formó una conspiracion contra él para apoderarse del mando, y le asesinó en un festin.

73. La caída de Sertorio dió con su partido en tierra. Pompeyo, habiendo derrotado y condenado á muerte á Perpena, sosegó en el espacio de tres años toda la España. Osma y Calahorra que se resistieron, llegando la última hasta el extremo de alimentarse de carne humana, fueron destruidas y asoladas. Sin embargo no debió Pompeyo haber abusado de la victoria, puesto que los españoles defendieron con calor su causa en la lucha que sostuvo con Cesar por la autoridad suprema. Las orillas del Segre fueron teatro de una guerra larga, sin resultado decisivo, entre los tenientes de Pompeyo y el mismo Cesar en persona; y cuando este salió victorioso, la España no se le sometió sino á la fuerza.

45. Muerto Pompeyo, y levantado de nuevo por sus hijos el estandarte de la oposición en España, los naturales engrosaron y sostuvieron su partido en términos, que tuvo Cesar que venir á detener sus progresos. Trasportóse desde Roma á Sagunto en el espacio de diez y siete dias, y en Munda, hoy Monda, cerca de Málaga, experimentó una resistencia digna del conquistador de la Galia. Dióse allí una batalla tan sangrienta, que Cesar hablando de ella solia decir, *que*

si otras veces habia peleado por la honra y la gloria, en Munda habia peleado por la vida. El éxito sin embargo fue bien fatal para los hijos de Pompeyo. El mayor huyó, fue aprehendido y muerto por Cayo Didio, almirante de la escuadra de Cesar; y el menor halló en la fidelidad de los celtiberos un baluarte contra la persecucion del enemigo.

Munda al fin, despues de haber pasado por todas las calamidades de un largo sitio, se entregó á Quinto Fabio Máximo, mientras que Cesar asaltaba á Córdoba pasando á cuchillo á mas de veinte mil de sus contrarios, y tomaba á Sevilla, haciendo espíar á esta y otras ciudades su adhesion á Pompeyo por inmensas contribuciones. Esto no impidió que algunos pueblos dejasen sus antiguos nombres y tomasen por adulacion el del conquistador, como Eborá en Portugal, que se llamó *Liberalitas Julia*, Iliturgi ó Andujar *Forum Julium*, y otros á este tenor.

23. La reduccion total de una provincia tan rica y abundante como la España, era de tal importancia para los romanos, que quando Augusto se vió dueño absoluto del imperio vino á Tarragona, y trató de subyugar la Cantabria y las Asturias, que si bien defen-

dieron su libertad por algunos años, acabó al fin Agripa de apagar hasta la última centella de independencia en la península, reduciéndola á la triste condicion de provincia del imperio romano.

Formó Augusto una nueva division de la España, bajo los nombres de Tarraconense, Bética y Lusitana. Fundó á Zaragoza con el nombre de *Cæsar Augusta*, y á Mérida con el de *Emerita Augusta*, y dió la vuelta á Roma, dejando tan grata memoria en España, que al año siguiente de su fallecimiento, ocurrido en el catorce de la era vulgar, los habitantes de la Tarraconense erigieron un templo en honor suyo.

CAPITULO 6.º

Invasion de los francos y otras naciones del Norte.

Transformada la España en provincia del imperio romano, no solo olvidó insensiblemente en las dulzuras de una larga paz su antigua independencia, sino que dejando sus usos y costumbres adoptó los de sus conquistadores, con cuyo idioma confundió el suyo

propio, formando el que hoy usa, y que por esta razon se llama aun romance. Veinte y cinco colonias romanas establecidas en la Península derramaron por toda ella los beneficios de la agricultura, que ya en el reinado de Tiberio habia hecho grandes progresos, segun la descripcion que hace nuestro Columela.

El acueducto de Segovia, el puente de Alcántara concluido por Trajano, y los muchos monumentos de esta especie que atestiguan el público esplendor y la prosperidad de los individuos en aquellos tiempos, prueban igualmente el genio de los españoles, así para la invencion, como para la ejecucion de las empresas útiles y grandiosas.

No se contentó la España con distinguirse en las obras del arte y en los trabajos mecánicos, sino que aspiró á rivalizar con la gran metrópoli en la elegancia y vigor de las composiciones literarias. Los escritos filosóficos de los dos Sénecas, y el poema épico de Lucano, honrarán eternamente á Córdoba su patria. Bilbilis, cuna de Marcial, conocida apenas bajo el nombre de Bubierca, debe la conservacion de su antiguo nombre al genio

original de este poeta; que fue el primero que dió á conocer la gracia de las sales epigramáticas.

Ultimamente la gloria militar tenia tantos atractivos para los españoles, que mas de una vez obtuvieron los honores del triunfo, siendo inscritos sus nombres entre los de los senadores y consulares mas ilustres. Itálica, hoy Sancti Ponce, inmediato á Sevilla, puede con razon vanagloriarse de haber dado el ser, no solo al emperador Trajano, cuyas virtudes oscurecen las de los Escipiones, sino tambien á Adriano su sucesor en el imperio. Marco Aurelio era igualmente de origen español; y nadie puede disputar á la Península la gloria de haber formado en su seno emperadores filósofos, que han derramado la dicha y la prosperidad por todos los puntos del imperio romano.

Pero cuando los bárbaros del norte invadieron la Italia, no pudo menos de resentirse la España del violento sacudimiento que causó esta tempestad. Los antiguos francos, saliendo de las riberas del Rhin, penetraron por los Pirineos y destruyeron á Tarragona, y en el espacio de doce años sembraron la desolacion por toda la España, que no aban-

donaron sino despues de haber saciado su codicia. Los barcos que encontraron en Cadiz y Cartagena les sugirieron la idea de pasar á la Mauritania, dejando en esta retirada libre á España, pero con tan profundas huellas de su devastacion, que á principios del siglo v Ilerda (Lérida), en otro tiempo floreciente, no presentaba mas que ruinas.

409 años de la era vulgar. Mas adelante la debilidad del emperador Honorio alentó á su general Stilicon para llamar á las Galias á los salvages del norte. Vinieron entónces de la parte de allá del Danubio los vándalos, suevos, alanos y silingos, que despues de la derrota y muerte de Stilicon inundaron la España, estendiéndose por Castilla la Vieja, Asturias, Galicia y Portugal, Estremadura y Andalucía baja. El horror, la desolacion, y todas las plagas juntas vinieron en pos de estos feroces bárbaros, nacidos solo para la destruccion. La guerra, el hambre, la peste, y las bestias carniceras atraidas por el olor de los cadáveres, trasformaron la España en un desierto, y los bárbaros, hartos de sangre y de rapiñas, trataron en fin con los naturales del pais. Establecióse Hermenerico, rey de los suevos, en la mayor parte de la Galicia, que

se estendia entónces á las Asturias y al pais de Campos, ocupando los vándalos el resto hácia la parte occidental. Attace, rey de los alanos, se situó en el Portugal, que abraza todo el pais comprendido entre los obispados de Córdoba, Ciudad-Rodrigo y Salamanca; y Gunderico, rey de los vándalos y los silingos, se tomó la mejor parte de la Bética, que por esta razon se llamó desde entónces Vandalusia, despues Andalucía. El resto de la Península quedó bajo la dominacion de los romanos.

CAPITULO 7.º

Reinado de Ataulfo y sus sucesores hasta Recaredo.

414. Tal era el estado de la España quando Ataulfo, rey de los godos, casado con Placidia, hermana de Honorio, volvió en obsequio de este sus armas contra los bárbaros usurpadores de la Península. Dejando la Galia y atravesando los Pirineos, se apoderó de Barcelona en nombre del emperador, mas apenas tuvo tiempo para saborear el fruto de esta victoria, porque al año siguiente

fue asesinado por uno de los de su séquito. Igual fin tuvo á los siete dias su sucesor Sigerico, en cuyo lugar eligieron á Walia.

417. Este Príncipe, en virtud de un tratado hecho con los romanos, peleó con los vándalos, los silingos y los alanos en la Península, obteniendo sobre ellos varias victorias. Hubiera estendido mas sus conquistas, si Honorio alarmado con el gran poder que los godos iban adquiriendo en España, no le hubiese opuesto un dique ajustando la paz con los bárbaros. Walia cubierto de gloria marchó á ocupar las tierras que le habian cedido en la Galia, y murió en Tolosa.

420. A Walia sucedió Teodoro, que algunos llaman Teodorico, bajo cuyo reinado salieron los vándalos de las fortalezas de la Galicia, á donde se habian retirado, y acometieron á los suevos. Honorio, en vez de dejar que estos bárbaros se destruyesen entre sí, cometió la imprudencia de auxiliar á los suevos; y los vándalos, exasperados con la resistencia, asolaron en su tránsito las costas de Cataluña, demolieron á Cartagena, y tomaron por asalto á Sevilla, abandonándola á la ferocidad y codicia de los soldados.

No se mostraron los suevos mas humanos en la Galicia; pero los naturales vengaron el ultrage con las armas.

427. Habiendo pasado los vándalos á establecerse en el Africa bajo la conducta de su rey Genserico, llamados por el conde Bonifacio, gobernador de aquella provincia, volvieron los suevos á hacer nuevas incursiones en la Galicia, la Andalucía, la Lusitania y la provincia de Cartagena, que despues de la destruccion de esta ciudad, de que acabamos de hablar, fue conocida por el nombre de Reino de Toledo, por haberse trasferido á esta última la metrópoli de Cartagena.

451. Atila, rey de los hunos, llamado comunmente *el azote de Dios*, por los horrores que acompañaron á sus conquistas, llevó la guerra á las Galias, y fue derrotado en la famosa batalla de *los campos Catalaunicos*, en la que pelearon mas de ochocientos mil hombres con cinco reyes á la cabeza. Pereció el rey Teodoredo en esta jornada, dejando por sucesor á su hijo mayor Turismundo, que fue asesinado en una conspiracion tramada al año siguiente por sus propios hermanos.

452. Aumentándose de dia en dia el poder de los bárbaros en España, apeló el emperador Avito al valor de su aliado Teodorico, rey de los godos, hermano y sucesor de Turismundo, que sin embargo de tener una hermana casada con Reciaro, rey de los suevos, le atacó y destrozó en las riberas del Orbigo, cerca de Astorga, condenándole despues á muerte.

467. Eurico ó Evarico, asesino y sucesor de su hermano Teodorico, redujo la España á su dominio, á escepcion de la Galicia, que mediante un tratado quedó en poder de los suevos. Falleció de muerte natural en Arlés, despues de un reinado de 17 años, habiendo hecho compilar un código de las leyes publicadas por él y por sus sucesores. Sucedióle su hijo Alarico por voto de los Grandes.

484. La ambicion y la diferencia de opiniones religiosas entre los visigodos, que profesaban el arrianismo, y los francos que á imitacion de su rey Clodoveo se habian purificado por medio del bautismo de este y otros errores, encendió en la Galia entre este monarca y Alarico una larga y sangrienta guerra, que se terminó por la muerte de

este último á manos de su contrario. En su reinado, que duró por espacio de 23 años, se hizo un compendio del Código Teodosiano, al cual se dió fuerza de ley.

507. La muerte de Alarico volvió á renovar en España las hostilidades que habian estado suspensas por algunos años. Su hijo legítimo Amalarico, de tierna edad, tuvo un competidor poderoso en su hermano bastardo Gesaleico, que siguiéndole á España, adonde habia sido traído por los gefes de los visigodos, se apoderó de Barcelona. Arrojado de aqui por Teodorico, fundador del imperio de los ostrogodos en Italia, que en calidad de tutor sostenia los derechos de su nieto Amalarico, volvió segunda vez Gesaleico sobre Barcelona; mas habiendo sido derrotado á cuatro leguas de esta ciudad, falleció luego, dejando á su hermano en quieta y pacífica posesion del cetro.

510. Conociendo los visigodos las virtudes de Teudis, noble ostrogodo, le confiaron las riendas del gobierno durante la menor edad de Amalarico. Gozó la España de quietud y prosperidad bajo la administracion de Teudis, que acreditó el alto concepto en que se le tenia, colocando él mismo á Ama-

larico en el trono, luego que salió de la menor edad. El matrimonio de este príncipe arriano con Clotilde, hija de Clodoveo, que era ortodoxa, dió lugar á nuevos desastres. El mal trato que Amalarico dió á aquella princesa, por no querer abrazar los errores de su creencia, obligó á Childeverto, rey de Francia y hermano de Clotilde, á acudir á las armas. Dióse una batalla entre estos dos príncipes cerca de Narbona, en la cual fue derrotado Amalarico; y habiendo querido entrar en aquella ciudad para sacar de ella sus tesoros, fue muerto.

531. Elevado Teudis al trono, que tan merecido tenia por sus virtudes y talentos, no pudo impedir que los reyes de Francia Childeverto y Clotario, hijos de Clodoveo, invadiesen la España, y llegasen hasta Zaragoza; pero atacándolos á la retirada, les obligó á dejar la mayor parte del botin que habian cogido en su expedicion. Las eminentes cualidades que adornaban á este príncipe no bastaron á detener la parricida mano de uno de sus súbditos que se habia fingido loco, y le dió de puñaladas en Barcelona dentro de su mismo palacio. En los pocos dias que sobrevivió Teudis á esta ale-

vosía, perdonó de corazon al detestable autor de ella.

548. A Teudis sucedió Teudiselo, que por sus vicios y libertinage murió al año siguiente á manos de los suyos en Sevilla. Apoderóse entonces Agila del cetro por la fuerza; y Atanagildo, auxiliado por Justiniano, suscitó contra él una conspiracion, en la cual pereció Agila cinco años despues en Mérida, ocupando el trono su adversario.

554. Fijó Atanagildo su residencia en Toledo, y gobernó con equidad y dulzura. Como los romanos, saliendo de sus fortalezas, oprimiesen á los pueblos circunvecinos, este monarca, movido de las quejas de sus súbditos, hubo de tomar las armas bien á pesar suyo contra aquellos mismos que le habian ayudado á subir al trono. Quitóles muchas fortalezas, y los obligó á encerrarse en las mas inaccesibles. Falleció Atanagildo en Toledo, despues de un reinado de catorce años, sin dejar mas sucesion que dos hijas célebres por sus infortunios, que fueron Brunechilde y Galsuinda, esposas de los reyes de Francia Sigeberto y Chilperico.

567. Cinco meses de anarquía enseñaron á los españoles á conocer las ventajas

de un gobierno monárquico. Liuva, gobernador de las provincias que los godos conservaban aun en la Galia, fue llamado por sus prendas para ocupar el trono de España. Obligado á permanecer en la Galia para mantener el orden y la tranquilidad, asoció á la corona con el consentimiento de sus súbditos á su hermano Leovigildo.

Este príncipe declaró la guerra á los romanos, que aprovechándose del interregno habian salido de sus fortalezas de las costas, y ocupado algunas plazas del interior. Tomó á Medina-Sidonia, y pasó toda la guarnicion á cuchillo. Córdoba, despues de un largo sitio, le abrió las puertas, y las demas ciudades hicieron lo mismo.

572. Dueño Leovigildo del cetro, por muerte de su hermano, apaciguó los cantabros que se habian levantado, y asoció á la dignidad regia á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. El matrimonio del primero con Ingunde, hija de Sigeberto y Brunehilde, le atrajo una gran persecucion de parte de su padre. El mal trato que Gasuinda, madrastra de Hermenegildo, daba á Ingunde, para obligarla á dejar la fé ortodoxa que profesaba, y abrazar el arrianismo; la

piadosa conformidad con que esta princesa lo sobrellevaba, y las amonestaciones de S. Leandro, obispo de Sevilla, movieron á Hermenegildo á entrar en el gremio de la Iglesia Católica. Acosado por su padre, de resultas de esto, se refugió á Córdoba, en donde fué preso por él y condenado despues á muerte. La Iglesia le tiene por martir de la fé.

Leovigildo fue el primer rey godo que usó del cetro, la corona y demas insignias de la regia autoridad, para hacerse respetar del pueblo. Los vascones de la Navarra y las montañas de Jaca, que á fuer de católicos habian abrazado el partido de Hermenegildo, abandonaron el pais en fuerza del celo por su religion, y se establecieron en la Aquitania, estendiéndose hasta el Garona, y dando nombre á la provincia que aun hoy se llama Gascuña. Leovigildo, despues de haber estinguido con las armas el reino de los suevos en España, pagó en Toledo el comun tributo á la naturaleza.

CAPITULO 8.º

Recaredo y sus sucesores, hasta la invasion de los árabes y la batalla de Guadalete.

585. Colocado Recaredo en el trono abjuró el arrianismo, por cuyo motivo conspiraron contra él algunos obispos arrianos, y muchos de los godos principales; mas habiendo sido castigados, y sofocadas en su origen algunas otras conspiraciones semejantes, se estirpó en toda la España el arrianismo por medio del Concilio III de Toledo, celebrado en 589.

Recaredo, que por su piedad fue llamado el Católico, despues de haber enfrenado á los vascones de la Galia que trataron de hacer una incursion en su antiguo pais, y de haber regido el cetro con valor, moderacion y justicia por espacio de quince años, murió llorado amargamente de sus súbditos.

601. Sucedióle su hijo natural Liuva, á pesar de haber dejado otros dos legítimos. Viterico, general de su padre, conspiró contra el nuevo Monarca, y le quitó la vida á los dos años, ocupando despues el trono.

603. Túvole Viterico por seis años; mas al fin cogió el fruto de su crimen. Los grandes de su corte, que le detestaban por la crueldad de su caracter, le mataron á puñaladas en un festin que él mismo les habia dado, y pusieron en su lugar á Gundemaro.

610. Este príncipe, de cuya edad, virtudes y talentos podia prometerse la España un largo y próspero reinado, fue arrebatado de su seno por una epidemia en el segundo año de su advenimiento al trono.

612. Apenas su sucesor Sisebuto empuñó el cetro, cuando promulgó una ley, obligando á los judíos á que se bautizasen, y arrojando de España á los que no quisiesen hacerlo. Emprendió una guerra para recobrar las plazas que Atanagildo habia cedido á los emperadores de Oriente; y habiendo ganado á los griegos dos batallas, se apoderó de todo el país que ocupaban en las costas del Mediterráneo. Sisebuto, esforzado y prudente en los combates, fue justo y benéfico en el trono, cultivando las letras, y protegiendo el mérito.

621. Su hijo y sucesor Recaredo II falleció á los tres meses de haber ocupado el sόlio, en el cual fue reemplazado por Suin-

tila, hijo de Recaredo I. Obligado el nuevo monarca por otra incursión de los vascones en la Vizcaya y la Navarra, á marchar contra ellos, se le sometieron antes de entrar en batalla, y dejóles regresar á Francia, construyendo una fortaleza para contener sus invasiones en *Oligito*, que se presume que sea Olite. Mas gloriosa fue aun la expedición que hizo Suintila contra los griegos, pues los arrojó enteramente de España.

La nación, reconocida á tantos beneficios, accedió gustosa á la demanda que hizo el monarca de asociar á su hijo Rechimiro á la dignidad regia. Esta medida, que parecia que debia asegurar á Suintila en el trono, fue causa del trastorno que experimentó. Creyéndose afirmado en él, soltó la rienda á las pasiones, hasta entonces reprimidas, y con su orgullo, su rapacidad y sus desórdenes dió margen al descontento general, y á que Sisenando, gobernador de las provincias de los godos en la Galia, le usurpase el trono, auxiliado por Dagoberto, rey de Francia.

631. Aunque Sisenando le ocupó desde luego, su elección no fue confirmada hasta tres años después en el Concilio que se ce-

lebró en Toledo, en el cual se declaró al mismo tiempo á Suintila, su posteridad y la de su hermano Geilan, incapaces de obtener dignidad alguna en el reino.

635. A Sisenando sucedió Chintila por elección confirmada en otro Concilio de Toledo, en el cual se lanzó escomunión contra todo aquel que, muerto el rey, osase aspirar al cetro, *no siendo de la sangre ilustre de los godos*. En este Concilio tuvo su origen el derecho de elección conferido á la asamblea de los grandes y señores, compuesta de los obispos y de los gefes principales de palacio; y en otro, que se celebró despues de haber espelido Chintila á los judíos del reino, se declaró que ningun príncipe podria en lo sucesivo subir al trono, sin jurar antes que observaria las leyes hechas contra aquellos infieles.

640. Muerto Chintila recayó el trono en su hijo Tulga, que solo le ocupó dos años, en los cuales apenas se vió libre de facciones y turbulencias.

642. Las guerras civiles y la suerte de las armas allanaron á Chindasvinto el camino del trono. Prendió á Tulga, y le hizo cortar el pelo, afrenta tan ignominiosa en

aquellos tiempos, que nada bastaba á horrar, y que excluía del trono al que llegaba á padecerla. Parece que esta costumbre singular venia de los germanos, y habia sido consagrada por un canon del VI Concilio de Toledo.

Chindasvinto, uniendo la crueldad á la política, despues de haber restablecido con las armas la calma en el Estado, quiso afirmarla purgándole de todos aquellos gefes de faccion que habian promovido las sediciones, y por simples sospechas hizo degollar á mas de setecientos godos, condenando á la esclavitud á sus mugeres.

649. Recesvinto, asociado á la corona con su padre Chindasvinto, que falleció tres años despues, á los noventa de edad, tuvo un reinado glorioso y dilatado, en el cual se celebraron en Toledo varios Concilios, á que asistió la nobleza y el clero. Falleció en Wamba, á dos leguas de Valladolid, á donde habia ido á restablecer su salud.

672. Sucedióle Wamba, que sin embargo de rehusar el cetro por la gravedad de su peso, hubo de ceder á las instancias y amenazas de la nobleza. Alzóse contra él la Galia Narbonense, y envió á sofocar la rebelion á

Paulo, uno de sus generales, que lejos de pelear por los intereses del príncipe, atendiendo á los suyos propios, hizo que las tropas le aclamasen por rey, apoderándose de todas las posesiones de los viso-godos en la Galia. Marchó Wamba contra él algun tiempo despues de haber apaciguado las Astúrias y la Navarra alteradas, y habiéndole hecho prisionero tuvo la generosidad de perdonarle la vida.

677. Amenazando los sarracenos invadir la España, tripuló Wamba una escuadra, con la cual los derrotó en las costas en un combate naval, en que perdieron los enemigos doscientos setenta buques.

680. Pero ni las virtudes de este monarca, ni el esfuerzo y valor con que supo defender la corona que habia aceptado con repugnancia, le pudieron librar de la alevosía de un pérfido palaciego. Ervigio, atropellando todos los respetos, le dió una bebida ponzoñosa que le condujo al borde del sepulcro; y aprovechándose del estado de debilidad á que le habia reducido, con pretesto de ponerle el hábito de penitencia, como se acostumbraba á hacer entonces con los moribundos, le cortó el cabello, y apo-

derándose de un escrito, en que el mismo rey declaraba por su sucesor al asesino, hizo que le proclamasen Soberano.

Restablecido Wamba de su dolencia, se retiró gustoso á un monasterio de Pampliega, en donde murió ocho años despues.

Confirmóse la eleccion de Ervigio en el Concilio XII de Toledo, en cuyo VI canon se confiere á aquel metropolitano el derecho de ordenar á todos los obispos de España, que es el fundamento de la primacia de Toledo.

En el Concilio XIII se prohibió casarse con las viudas de los reyes: *el que se atreviese á hacerlo, dice este Concilio, aunque fuese el rey mismo, será rayado del libro de la vida.*

687. Por muerte de Ervigio pasó la corona á su yerno Egiza, sobrino de Wamba. Sisebuto, metropolitano de Toledo, trató de envenenar á este príncipe y á su familia; mas habiendo sido descubierta la trama, su autor fue depuesto y desterrado por un Concilio.

694. Los judíos de España, perseguidos por las leyes, se coligaron con los de Africa, y causaron algunos alborotos, que reprimió otro Concilio de Toledo, condenando

á los mas culpados á la pérdida de su libertad y de sus bienes.

700. Witiza, hijo de Egiza, obtuvo por muerte de este príncipe la corona, á que habia estado asociado dos años antes. Dió muestras en un principio de seguir las huellas de su padre, y gobernar con moderacion y dulzura. Pero la lisonja, tan peligrosa para los reyes, corrompió su corazon y sus buenas costumbres. Se volvió duro, cruel é irreligioso, llevando la estravagancia hasta el extremo de publicar una ley permitiendo el matrimonio á los eclesiásticos, y á los seculares todas las concubinas que quisiesen.

709. Esta conducta dió márgen á la rebelion y á una guerra civil. Los rebeldes eligieron por rey á D. Rodrigo, que algunos autores hacen nieto del rey Chindasvinto; y los sarracenos, aprovechándose de estas turbulencias, hicieron un desembarco en las costas de Andalucía, pero fueron rechazados. Por último, la muerte de Witiza dejó á D. Rodrigo en absoluta posesion del reino.

CAPITULO 9.º

Rodrigo : invasion de los árabes , batalla de Guadalete , y destruccion de la Monarquía gótica.

710. No gozó Rodrigo largo tiempo del fruto de su victoria, sin apurar hasta las heces el cáliz de amargura, que plugo al cielo derramar sobre él y sobre sus degradados súbditos. No eran ya estos aquellos godos victoriosos, que abatiendo la soberbia de la reina de las naciones, habian penetrado desde el Danubio al océano Atlántico. Separados del resto del mundo por los montes Pirineos, los sucesores de Alarico habian degenerado entre la ociosidad y las dulzuras de una larga paz. Los muros de las fortalezas yacian por tierra; la juventud, desdeñando las armas, corria en pos de los placeres frívolos de una vida muelle y afeminada. El monarca, por otra parte, autorizaba con la licencia de sus costumbres estos desórdenes; y la facilidad con que se dejaba arrebatar de la memoria de las injurias, siempre presente en su imaginacion; el encono con

que castigaba á los unos y perseguía á los otros; y señaladamente el mal trato que daba á los hijos de Witiza; todo esto atrajo sobre él y sobre la desventurada España el cúmulo de males que lloró por espacio de ocho siglos.

Uno de los primeros que conspiraron contra Rodrigo fue el conde D. Julian, que por su valor y esfuerzo habia defendido hasta entonces contra los sarracenos la fortaleza de Ceuta. Mandaba á la sazón en Africa las fuerzas del Califa Walid-ben Abdelmelic su general Muza-ben Noseir, y dirigióse á él el conde D. Julian, incitándole á que pasase á España, pintándole esta empresa como fácil y segura, y ofreciéndole que le ayudaria en ella con todas sus fuerzas. La mayor parte de los historiadores, copiando la Crónica que mandó escribir D. Alfonso el Sábio, atribuyen esta perfidia del conde al resentimiento de la ofensa, que en la persona de la Caba, su hija, le habia hecho Rodrigo, atropellando su honor; mas esta es una ficción morisca, fundada en las hablillas y canciones vulgares que corrian entre moros y cristianos. De todos modos Muza, á fuer de prudente, envió primero á reconocer el pais, y

esplorar las fuerzas y los ánimos, al caudillo Taric-ben-Zeyad, que pasando con quinientos caballos árabes escogidos desde Ceuta á la opuesta costa de España, corrió, sin que nadie se le opusiese, las tierras de las marismas de Andalucía, y tomando algunos ganados y gente se volvió á Tanger.

711. Con tan feliz presagio reunió Muza en breve tiempo un crecido número de tropas, que bajo la conducta del mismo Taric desembarcaron en Gezira Alhadrá (isla verde), que en honor suyo se llamó desde entonces Gebal-Taric, y conocemos hoy con el nombre de Gibraltar.

Arrollado Teodomiro, que con mil setecientos cristianos defendía aquel paso, juntó Rodrigo sus huestes, y puesto á su cabeza se avistó con las de los moros en los campos de Guadalete, cerca de Jerez. Acometiéronse con igual saña ambos ejércitos, y á pesar de ser muy superior en número el de Rodrigo, se mantuvo la batalla indecisa por todo un día, dando treguas la noche á la sangrienta batalla que hubo de una y otra parte. Renovóse esta al romper el alba del siguiente día, y de nuevo volvió la noche á suspenderla; mas al tercero, viendo Taric

que sus tropas decaian de ánimo, alzándose sobre los estribos del caballo, exclamó: «¿á dónde vais, infelices, con el enemigo al frente y la mar á la espalda?: aqui no hay mas remedio que morir ó vencer, como lo haré yo;» y diciendo esto, arremetió con furor á los cristianos, atropellando á derecha é izquierda á cuantos se le oponian. Imitaron su ejemplo los soldados, y los hijos de Witiza, y su tio D. Opas, arzobispo de Sevilla, abandonando entonces las filas de Rodrigo, como lo tenian premeditado, fueron á unirse con un buen golpe de gente al conde D. Julian, que con muchos de los godos descontentos engrosaba las de los enemigos. Esta defeccion allanó á Taric el camino de la victoria. Rodrigo, que saltando desde su carro de marfil á un caballo peleaba con esfuerzo, procurando alentar á los suyos, no pudo evitar su destruccion y ruina, en la que pereció envuelto, sin que se sepa cómo ni de qué manera. Los historiadores árabes, sin embargo, dicen que murió á manos de Taric, que cortándole la cabeza se la envió á Muza, y este al Califa, que la espuso al público delante del palacio de Damasco.

En esta triste y llorosa jornada pereció

el nombre ínclito de los godos, y quedó abatido su imperio. Taric, aprovechándose del terror que sus victoriosas armas habian difundido, desentendiéndose de la orden expresa que Muza le habia dado para que no pasase adelante, dividió su ejército en tres cuerpos, y se apoderó sucesivamente de Écija, Málaga, Córdoba, Toledo y otras ciudades que le abrieron sus puertas. Tuvo la política de respetar la religion, usos y costumbres de los pueblos subyugados, permitiéndoles el libre ejercicio de la primera, y la administracion de la justicia por sus propias leyes y tribunales, con lo cual acabó de ganarles la voluntad y el afecto.

Llegando entonces Muza á España con un poderoso ejército, corrió la tierra de Sevilla, y tomó esta ciudad por convenio. Continuando su marcha á la Lusitania, ocupó de paso á Carmona y otros pueblos y ciudades de aquella provincia, llegando sin dar batalla alguna hasta las puertas de Mérida. Opúsole esta fuerte resistencia, mas al cabo entró en ella, bajo una capitulacion que aseguraba á los moradores sus bienes y personas, y tomó en rehenes á la reina Egilona, viuda del rey D. Rodrigo, que con otras

gentes de la primera nobleza se habia refugiado á Mérida, y partió para Toledo.

713. Su hijo Abdelaziz, despues de haber sofocado algunos alborotos en Sevilla, marchó contra Teodomiro, que habia podido reunir en los campos de Lorca las reliquias del ejército godo. Atacóle Abdelaziz con denuedo, obligándole á encerrarse en Auriola (Murcia), que se rindió al fin bajo una capitulacion honrosa, y el caudillo árabe estendió despues sus conquistas por las comarcas de las sierras de Segura, tomando á Jaen, Granada, Málaga y otras ciudades de la costa del mar, sin hallar la menor resistencia.

Taric por otra parte atravesando las sierras de Molina, descendió á las Vegas del Ebro, y puso cerco á Zaragoza, que á la llegada de Muza, que habia estado allanando las tierras de Salamanca hasta Astorga, tuvo que entregarse.

Llamados Muza y Taric por el califa para dar cuenta de sus empresas, quedó Abdelaziz en su ausencia por amir ó gobernador de España, y estableció la corte de los árabes en Sevilla, casándose por aquel tiempo con la reina Egilona viuda de Rodrigo.

714. Muerto el califa Walid, su herma-

no Suleiman ó Soliman, que le sucedió en el imperio, confirmó á Abdelaziz en el mando y gobierno de la España, y adelantó entonces este sus conquistas hasta las estremidades de la Lusitania, mientras que sus caudillos corrian las tierras del norte y ocupaban á Pamplona.

715. El poder de Abdelaziz infundió tan grandes recelos al califa, que le mandó deponer y quitar la vida. Corrieron estas noticias entre los suyos, y estando en su cuarto haciendo la oracion del alba, le asesinaron, nombrando interinamente en su lugar á Ayub su primo.

CAPITULO IO.

Dominacion de los Arabes, y origen de la restauracion de la Monarquia bajo D. Pelayo.

717. Depuesto Ayub del mando por el califa Omar, sucesor de Soliman, y encargado de él Alahur ó Alahor, marchó á la conquista de la Galia gótica. Mientras que estaba ocupado en esta espedicion, algunos godos y españoles refugiados en las montañas de Asturias, trataron de sacudir el yugo, y nom.

braron por su gefe á D. Pelayo, hijo de Favila, muerto por orden de Witiza. En la historia de los árabes de Conde no se hace mencion de este príncipe, cuyo reinado por otra parte, segun Masdeu, no dió principio hasta el año de 755. Sin embargo, extractando á los autores que refieren sus proezas, diré que D. Pelayo con un puñado de gente, favorecido por la aspereza del terreno, hizo frente á Alcama, que con un cuerpo de árabes trató de penetrar en las Asturias por Cangas de Onís. Dejóle Pelayo atravesar libremente el monte Auseba, y luego que vió á los enemigos en el valle, cuya estrechura no les permitia maniobrar, descargó sobre ellos desde las alturas tal multitud de piedras, flechas y dardos, que perecieron la mayor parte sin poder hacer uso de sus armas. Acometiéndolos despues los cristianos en medio de la confusion y el desórden, acabaron de destruirlos, haciendo prisionero á D. Opas, que se hallaba entre ellos. Los que tuvieron la dicha de salvarse de esta matanza, perecieron al paso del Deva, sepultados por el peso de una montaña que se desprendió de su asiento, cuyo prodigio fue mirado como una señal evidente de la proteccion del cie-

lo en favor de los cristianos. Se venera aun hoy en aquel lugar el famoso Santuario de Ntra. Sra. de Covadonga.

719. Jecid, que por muerte del califa Omar ocupó el imperio, destituyó á Ahahor del mando de la España, confiriéndole á Alsama. Llevó este la guerra á la Aquitania, y fue derrotado y muerto en una batalla por Eudon, duque de esta provincia.

721. Sucedió á Alsama, por voto del ejército, Abderrahman, que apaciguó algunas alteraciones, imponiendo á los sublevados crecidos tributos, de los cuales reservó el quinto para el califa, repartiendo todo lo demas entre las tropas.

723. La popularidad que adquirió Abderrahman con este desprendimiento, le atrajo la envidia de los otros caudillos, que lograron al fin desacreditarle con Hixem, que acababa de suceder á su hermano el califa Jecid, y le depuso, nombrando en su lugar á Ambisa ó Ambasa.

Pasó éste á Córdoba, adonde se había trasladado la corte de los árabes desde el tiempo de Ayub. Allí impuso á los pueblos subyugados á la fuerza la contribucion de un quinto, y á los que se habian sometido

espontáneamente la de un décimo. Pasó despues á tierra de Narbona, y mas allá del Ródano fue herido peleando contra los cristianos, y falleció de resultas á los pocos dias.

724. Sus sucesores Yahie-ben-Zalema, Otman-ben-Abu-Neza, ó Munuza, Hodaifa y Alhaitam, no hicieron cosa que de contar sea.

727. Nombrado segunda vez Abderrahman para el gobierno de la España, de que habia sido depuesto cuatro años antes, despues de haber reparado algunas injusticias cometidas por sus antecesores, marchó contra Munuza, gobernador de la Celtiberia, que habiéndose casado con una hija de Eudon, duque de Aquitania, se habia ligado con éste y enarbolado el estandarte de la rebelion. Sorprendido Munuza hácia Puigcerdá y decapitado, penetró Abderrahman en las Galias, pasó el Ródano, y ocupó las plazas de la Borgoña. Marchó de aquí á la Aquitania y derrotó á Eudon; pero en la sangrienta batalla que sostuvo entre Tours y Poitiers por espacio de dos dias contra Carlos Martel, cayó al segundo del caballo en tierra muerto á lanzadas, despues de haber hecho inútiles esfuerzos para alentar á sus tropas desmayadas.

733. No fue mas feliz su sucesor Abdelmelic. Habiendo reunido un nuevo ejército para pasar á las Galias, fué destruido en los Pirineos por los cristianos, que estaban allí emboscados, y Carlos Martel se apoderó de todas las plazas de la Borgoña que habia tomado Abderrahman.

736. Depuesto Abdelmelic, le reemplazó Ocba, entre nosotros Aucupa, que por su justificacion se grangeó el amor y respeto de las tropas y de los pueblos. Depuso á los caudillos crueles y avaros, llenó las cárceles de malversadores de las rentas públicas, y de exactores injustos y arbitrarios; estableció cadies ó jueces en todas las ciudades y grandes poblaciones; puso escuelas para la enseñanza de las letras, y las dotó competentemente; empadronó los vecinos de todas las poblaciones de España, y por último administró constantemente recta y severa justicia, hasta su fallecimiento ocurrido de allí á cinco años.

CAPITULO II.

*D. Favila y sus sucesores hasta Alfonso II,
llamado el Casto.*

737. Mientras tanto D. Pelayo, despues

de haber fatigado por muchos años á los árabes que ocupaban las Asturias, tomándoles á Gijon, Tineo y algunos otros pueblos del reino de Leon, pasó á mejor vida en Cangas, dejando por sucesor á su hijo D. Favila, que pereció á los dos años en la caza, á manos de un oso.

739. Eligieron entonces los principales señores á D. Alfonso, duque de Cantabria, esposo de Ormesinda ú Ormisinda, hija ó hermana de Pelayo. Su celo por la religion le adquirió el sobrenombre de *el Católico*, y el amor de sus súbditos fué la recompensa de su valor y de su prudencia.

742. La discordia que ardía entre los walies Baleg ó Balesio, y Thaababa, y el amir Abdelmelic, acarreó una guerra civil en España; y mientras que los árabes y berberiscos se despedazaban entre sí, Alfonso aprovechándose de estas turbulencias, penetró en la Galicia y tomó á Lugo. Volviendo despues á las llanuras de Leon y de Castilla, le abrieron las puertas Saldaña y Vitoria. Muerto el califa Hixem, fué reemplazado por Walid, que por su impiedad murió á manos de los suyos, sucediéndole en el trono Jecid, y á este, á los cinco meses, su hermano Ibrahim.

744. Continuaba la guerra civil entre los mahometanos, y estendia Alfonso á favor de ella sus conquistas, aumentando su ejército con los muchos cristianos que á la fama de ellas acudian á unírsele de todas partes. Hízose dueño de todo el pais entre Duero y Miño, y hasta las montañas de Burgos; y por último, dejando las fuertes posiciones de las Asturias, pasó á establecerse en Leon y Astorga, reparando sus fortificaciones.

Falleció despues de un glorioso reinado de diez y nueve años, y la historia, haciendo justicia á sus eminentes cualidades, le colocó en el catálogo de los héroes de España al lado de los mas grandes reyes que ha tenido.

758. Sucedióle su hijo Froila ó Fruela, que se señaló en el trono á poco tiempo, espidiendo un decreto contra el matrimonio de los clérigos, que en virtud del permiso de Witiza vivian públicamente con sus mugeres. Alterada la Navarra y la provincia de Alava, tuvo Froila que apaciguarlas con las armas; y Pamplona, que nueve años antes habia sacudido el yugo de los mahometanos, temiendo el castigo de Froila, se entregó de nuevo á ellos.

Mientras tanto, depuesto el califa Ibrahim á los dos meses de su advenimiento al trono, le sucedió Meruan, que falleció á los cinco años, concluyendo en él el imperio de los Beni-Omeyas ú Omniadas. Continuaba la guerra civil en España con el mayor encarnizamiento, sostenida y alentada por el amir Jusuf ó Jucef, cuando Abderrahman, hijo del califa Hixem, de veinte y dos años de edad, perseguido como todos los demás omeyas por el nuevo califa Abdala-Abulabas Asefah, desembarcando en Almuñecar en 755, fué proclamado rey de España por los xeqes principales de los árabes de Andalucía, reuniéndosele mas de veinte mil hombres. Sostuvo Jucef la guerra contra Abderrahman con valor y esfuerzo, si bien con adversa fortuna, pues murió en una sangrienta batalla dada en los campos de Lorca, en los primeros meses del reinado de Froila.

760. Ganó este monarca por aquel tiempo en Galicia una señalada victoria sobre las tropas de Abderrahman, en cuya conmemoracion fundó la ciudad de Oviedo, estableciendo en ella una silla episcopal y su residencia. De aqui se llamaron reyes de Oviedo.

Intentando los musulmanes volver por el honor de sus armas, fueron nuevamente deshechos por Froila en Castilla la vieja, viéndose Abderrahman obligado á hacer con él un tratado de paz.

Oscureció no obstante Froila tan distinguidos hechos, con la muerte que dió por su propia mano á su hermano Bimarano, cuya popularidad, y el partido que por ella se habia adquirido, hicieron concebir á aquel monarca graves sospechas de que aspiraba al trono. Esta crueldad produjo una conspiracion, en la que pereció Froila despues de haber reinado once años.

768. Aunque dejó un hijo de corta edad, llamado D. Alfonso, subió al trono su hermano ó primo D. Aurelio, en cuyo reinado de seis años no ocurrió cosa notable, como no sea el haber apaciguado un levantamiento de los esclavos moros contra sus señores.

774. Sucedióle Silo ó Silon, casado con Usenda ó Adosinda, hija del rey D. Alonso I, que mantuvo el reino por nueve años en la mayor tranquilidad. Procuró dar á Don Alfonso, hijo de Froila, la educacion que convenia al heredero del trono que pensaba transmitirle á su fallecimiento. Renovó la paz con

Abderrahman y estableció su corte en Pravia, en donde fundó la Iglesia de San Juan Evangelista, á la que hizo trasportar desde Mérida el cuerpo de Santa Eulalia.

783. Apoderóse del reino con el auxilio de los musulmanes Mauregato, hijo natural de D. Alfonso el I, viéndose obligado el hijo de Froila á refugiarse á la Cantabria. El usurpador se sostuvo en el trono por cerca de seis años, y su muerte fué considerada como un acontecimiento favorable para sus súbditos.

788. Llamado al cetro D. Bermudo, el Diacono, sobrino del rey D. Alfonso, apenas le habia empuñado cuando dió muestras de su generosidad, trayendo á su lado al hijo de Froila, poniéndole en el consejo, y confiéndole el mando del ejército. Invadiendo los moros el territorio de los cristianos, marchó Bermudo contra ellos, acompañado de Alfonso, y los deshizo en Bureba cerca de Burgos. El valor que desplegó Alfonso en esta jornada, produjo en los suyos una admiracion y entusiasmo, que aprovechó Bermudo para resignar en él la corona que habia ceñido por tres años.

En esta época dió principio el siglo de

la galantería y la magnificencia árabe, que distinguió los moros de España, é hizo célebre la ciudad de Córdoba. Abderrahman, despues de un reinado de cerca de treinta años, murió en el del advenimiento de Bermudo, tiernamente llorado de sus súbditos.

Este héroe, que debia el cetro á su espada, consagró todos sus desvelos á la prosperidad de los pueblos sujetos á su dominio. Fomentó la agricultura y el comercio; protegió las artes y las ciencias; y el país que por tantos años habia sido teatro de la desolacion, pasó con la mayor rapidez bajo su gobierno al estado mas floreciente. Córdoba fué el centro de la industria, de las artes y de las ciencias. Allí iban los nobles y los valientes, no solo de la Península, sino de toda la Europa, á mostrar sus fuerzas, y á disputar en las justas y torneos el premio de la destreza. En fin, la España era entonces el único reino de Occidente, en que se conocian los encantos de la música, y se estudiaba la geometría, la astronomía y la física,

CAPITULO 12.

Alfonso II, llamado el Casto, y sus sucesores hasta Alfonso III el Grande.

791. Alfonso II, llamado el *Casto* por la pureza de sus costumbres, no consintió, así por afecto como por gratitud hácia Bermudo, que saliese de su palacio, mostrándole siempre la misma deferencia, y tratándole con el mismo respeto que cuando ocupaba el trono. Mientras que partía así con su bienhechor los honores de la soberanía, sustentaba Alfonso solo el grave peso de sus deberes. Habiendo inundado repentinamente la Galicia un diluvio de musulmanes, Alfonso, á la cabeza de los compañeros de su primera victoria, marchó contra ellos y los deshizo cerca de Ledos. Pasando luego á Portugal reparó los muros de Braga, cuya ciudad enriqueció con los despojos de Lisboa que tomó mas adelante. Pero ni estas victorias, ni la que obtuvo despues sobre un ejército enemigo que talaba los campos de Burgos, pudieron impedir algunas alteraciones civiles, que obligaron á Alfonso á retirarse al monasterio Abeliense en la Galicia,

de donde salió poco tiempo despues con la ayuda de Teudis, uno de los principales señores de su reino.

Transportado el monarca en triunfo á su corte de Oviedo, mientras que concluía la suntuosa iglesia de San Salvador, hoy catedral, y edificaba otras nuevas, afirmaba con los triunfos obtenidos sobre los infieles en otras tres batallas sucesivas, la superioridad de sus armas y el fruto de sus conquistas. No pudo sin embargo gozar de reposo por largo tiempo, porque un moro principal, llamado Mahomet, á quien habia protegido y dado asilo en Galicia contra el poder de Abderrahman II, deseoso de reconciliarse con este, le ofreció allanarle la conquista de aquel reino, para la cual envió Abderrahman un poderoso ejército. Alfonso, á pesar de su avanzada edad, marcha contra los infieles, y los derrota en Burgos. Ultimamente, despues de un largo y glorioso reinado de cincuenta y dos años, señalado con la invencion del cuerpo del Apostol Santiago, falleció á los ochenta y cinco de edad, habiendo designado por sucesor á D. Ramiro, hijo de Don Bermudo, que se hallaba á la sazón en la Navarra.

Los amores y casamiento del conde de Saldaña con Doña Jimena, hermana de Alfonso, el nacimiento de Bernardo y sus decantadas proezas, son una novela para entretener á los niños.

843. La ausencia de Ramiro dió alas al conde Nepociano para disputarle el trono en Asturias, reuniendo un gran número de partidarios. Pero volando el monarca á sostener sus derechos, le deshizo á las orillas del Narcea en Cangas de Tineo, y despues de haberle sacado los ojos, castigo muy usado en aquellos tiempos, le encerró en un monasterio. Pasando luego á Galicia, con motivo de haber hecho un desembarco en la Coruña unos aventureros normandos, los obligó á reembarcarse, cogiéndoles gran parte de sus naves.

Un enemigo mas poderoso y temible se presentó entónces en campaña contra Ramiro. Abderrahman II, elevado en 821, por muerte de Alhaken, al trono de Córdoba, en el cual habia sucedido á Abderrahman I su hijo Hixem ó Hescham, y á este el referido Alhaken en 796, invadió las Asturias con un ejército tan numeroso, que puso en grande aprieto á los cristianos. Sin

embargo redoblando estos sus esfuerzos, acometieron á los infieles con valor y denuedo y los derrotaron. Ordoño, hijo de Ramiro, acreditó en esta batalla que era digno de ocupar algun dia el trono de Oviedo.

Abderrahman, léjos de desmayar por esta derrota, pasó con nuevas y mas crecidas fuerzas á la Navarra; mas en la famosa batalla de Clavijo, en la Rioja, pagó bien caro su atrevimiento. Fue tan señalada la victoria que sobre él obtuvieron los fieles, y tan fuera del orden natural, atendiendo á su corto número, que se ha dicho y repetido por muchos escritores que Santiago peleó por los cristianos.

Ramiro, en fin, despues de un reinado de seis años, turbulento aunque glorioso, pasó de esta á mejor vida, dejando el cetro á su hijo D. Ordoño.

850. Una insurreccion de la Vizcaya dió bien pronto ocasion á este monarca para desplegar su actividad; y apenas la habia sofocado, cuando llegó á su noticia que los infieles penetraban en el centro de sus estados con un numeroso ejército. Marchó Ordoño con la mayor celeridad á su encuentro, y los des-

truyó en las fronteras de Galicia. Pasando luego contra Muza gobernador de Zaragoza, que entrando en la Ribja se habia apoderado de la fortaleza de Alvelda, la arrancó de sus manos, despues de haber hecho una gran matanza en su gente.

853. Mahomad, que en el año anterior habia sucedido á su padre Abderrahman II en el trono de Córdoba, sintió tanto esta derrota que depuso del mando á Muza, el cual resentido se levantó abiertamente contra él y se apoderó de Toledo, Zaragoza y otras ciudades. Ordoño tuvo la política de mantener la animosidad entre los infieles socorriendo á Toledo, y dando asi lugar á que se destruyesen. Reparó luego las ciudades de Tuy, Astorga y Leon, apoderóse de Coria y Salamanca, y despues de haber asociado á la corona á su hijo Alfonso, falleció generalmente llorado de sus súbditos.

CAPITULO 13.

Alfonso III el grande y sus sucesores hasta Ramiro II.

866. Alfonso III, que por sus hechos y virtudes adquirió el dictado de *el Grande*, tu-

vo un concurrente al trono en D. Froila conde de Galicia. Apenas el jóven monarca habia recibido en la capital el juramento de fidelidad de sus súbditos, cuando amenazado por el usurpador que venia contra él con un crecido ejército, tuvo que abandonar á Oviedo y retirarse á Alava. Mas la caida del tirano fue tan rápida como su triunfo. El mal uso que hizo del poder, vejando y oprimiendo al pueblo, produjo una conspiracion en la cual perdió la vida. Volviendo entónces D. Alfonso á las Asturias, fue recibido en Oviedo con universal aplauso y regocijo, y corrió un velo sobre todo lo pasado. Esta generosidad parece que alentó á los condes de Alava para sublevarse contra el monarca; pero sorprendidos de la presteza con que marchó sobre ellos, procuraron templar por medio de la submission su justa cólera. No apetecia mas Alfonso; mas no bien habia emprendido la vuelta á Asturias cuando los rebeldes se alzaron de nuevo. Tornando entónces atrás, hubo de apaciguarlos Alfonso con la fuerza, y castigar á los culpados, cediendo en esta ocasion su natural dulzura á los derechos de la justicia, y al resentimiento del monarca injuriado.

Treinta campañas gloriosas grangearon á Alfonso el renombre de *el Grande*, monumento mas sólido y lisonjero que los trofeos que acababa de erigir sobre sus vasallos. Dos ejércitos mahometanos que habian intentado invadir sus estados por Leon y Galicia, fueron sucesivamente destruidos. El vencedor pasó el Duero al frente de sus temidas huestes, tomó á Coimbra, restableció sus muros, repobló á Braga y Oporto, puso en buen estado á Lamego y á Viseo, y se apoderó de todo el pais comprendido entre Duero y Miño.

884. Cuando ajustadas unas treguas con Mahomat pareció que iba á gozar Alfonso el sazonado fruto de sus victorias, tres levantamientos sucesivos en la Galicia alteraron su reposo. Ano, autor del primero, fue despojado de sus bienes; Hermenegildo que lo habia sido del segundo, sufrió el último suplicio, y Witiza, cabeza del tercero, fue condenado á cárcel perpétua. No tuvo mejor suerte en Castilla un nuevo Froila, que auxiliado por sus hermanos Nuño, Veremundo y Odoario, atentó al trono y á la vida de Alfonso: perseguido por el monarca, vino á su poder, y fue privado de la libertad y de la vista.

897. Salvóse Veremundo y pudo refugiarse á Astorga, llamando desde allí á los infieles en su ayuda; pero Alfonso los derrotó completamente en los llanos de Grajal en las riberas del Esla. Consagróse dos años despues la iglesia de Santiago, aumentada y mejorada por Alfonso, y en el inmediato fue erigida en metropolitana la de Oviedo, con el consentimiento del Papa Juan IX.

Ocupaba entonces el trono de Córdoba Abdalla, hermano y sucesor de Almondhir, que habiéndole heredado de su padre comun Mahomad en 886, solo le habia disfrutado dos años. Estaba Alfonso en paz con este monarca, mas esto no impidió que el caudillo árabe Ahmed, apellidado Abulcasin, entrase con mucha gente por Zamora robando los pueblos asi de cristianos como de moros. Marchó Alfonso en persona contra él, y cerca de aquella ciudad acometió á los sesenta mil infieles que contaba, haciendo en ellos una horrorosa carnicería, en la cual pereció el rebelde.

No esperaba Alfonso en medio de tantas y tan señaladas victorias la nueva conspiracion, que su desnaturalizado hijo D. García, favorecido por su madre Jimena, trama-

ba contra sus laureles, fomentando las quejas y murmuraciones del pueblo por los impuestos, como si no se invirtiesen en atender á su seguridad y esplendor. Arrestado el príncipe, y no pudiendo la reina obtener de Alfonso su libertad, apeló á la fuerza, valiéndose de Nuño Hernandez, conde de Castilla y suegro de D. García.

910. Pero Alfonso, por no derramar la sangre de sus vasallos, tuvo la generosidad de ceñir con su victoriosa corona las sienas de un hijo ingrato. Hizo mas; invadiendo los moros poco tiempo despues la Castilla, Alfonso, destrozándolos, añadió á los timbres ganados sobre ellos como rey, otro nuevo y mas glorioso aún como súbdito de su propio hijo. De vuelta de esta expedicion puso la muerte fin á los largos y gloriosos trabajos de este monarca, por tantos títulos *Grande*.

D. García, naturalmente emprendedor y esforzado, fue el terror de sus enemigos; pero tan severo é inexorable con sus súbditos, que no pudo grangearse su estimacion y afecto. Al paso que aplaudian su valor, temian su severidad, y no se puede amar á aquel á quien se teme. Asi murió en el breve térmi-

no de tres años, sin que el pueblo diese la menor muestra de sentimiento.

913. Tuvo García por sucesor á su hermano Ordoño II, que habia gobernado hasta entónces la Galicia con absoluta independencia. Este príncipe, heredero del valor y actividad de su padre, se señaló por dos victorias seguidas, ganadas sobre los árabes en Talavera, y apoderándose del castillo de Montanches. El orgullo de Abderrahman III, que en el año anterior habia sucedido á su abuelo Abdalla en el trono de Córdoba, se vió abatido por la rapidéz y prosperidad de las empresas de Ordoño. Reforzado con algunos socorros de Africa, trató Abderrahman de asolar con un ejército de ochenta mil hombres las fértiles riberas del Duero; pero atacado por Ordoño en S. Estevan de Gormaz, despues de un combate sangriento y obstinado, fueron rotas las filas de los árabes por los guerreros de las Asturias, que hicieron en la multitud desordenada y dispersa grande carnicería. Leon, testigo de este triunfo, participó de la gloria de su soberano, que estableció allí su corte, abandonando el título de rey de Oviedo, para tomar el de rey de Leon, que llevaron desde entónces sus sucesores.

921. Cansóse la fortuna de proteger á Ordoño. Llamado al socorro de D. Sancho Abarca, rey de Navarra, atacado por los mahometanos que se habian apoderado ya de una gran parte de sus estados, si bien pelearon los dos monarcas con valor y firmeza contra los infieles, fueron derrotados en la sangrienta y reñida batalla del valle de la Junquera, en la cual quedaron prisioneros Dulcidio, obispo de Salamanca, y Hermogio, que lo era de Tuy. Sin embargo, mientras que los vencedores pasaban á Francia á cometer nuevas hostilidades, Ordoño, rehaciendo sus huestes, llevó la desolacion hasta una jornada de Córdoba, y los navarros apostados en las gargantas de los Pirineos destruyeron á los moros á su vuelta á España.

Empañó Ordoño la gloria que habia adquirido, repudiando sin razon á su segunda muger Argonta, de alto linage en Galicia, y dando la muerte sin causa averiguada á los condes de Castilla. Por último, acabadas de contraer sus terceras nupcias con Sancha ó Sanctiva, hermana del rey de Navarra Don Sancho, cortó la parca en Leon el hilo de sus dias.

923. A pesar de que dejaba dos hijos habidos en su primera esposa Doña Elvira, lla-

mado el uno D. Alfonso y el otro Ramiro, se apoderó del cetro su tío Froila II, hijo tercero de Alfonso el Grande. Era este príncipe, por su genio cruel y feroz, poco digno de la ilustre sangre que corría por sus venas. Felizmente solo vivió un año, en cuyo tiempo, sin embargo, dió hartas pruebas de su crueldad. Respetando á su muerte los derechos de primogenitura, subió al trono su sobrino Alfonso.

924. Alfonso IV, por sobrenombre el *Monge*, se disgustó bien pronto del cetro que no se hallaba en estado de regir. La aversion que tenia á los negocios y cargos del gobierno le atrajo el desprecio de sus súbditos, y renunciando la corona en favor de su hermano Ramiro II, se retiró al monasterio de Sahagun. Pero arrepintiéndose de allí á poco tiempo, abandonó el claustro para empuñar de nuevo el cetro, apoderándose de él y del palacio real de Leon, mientras que su hermano reunia fuerzas en Zamora para marchar contra los infieles. La noticia de este acontecimiento obligó á Ramiro á bloquear á Leon, cuyos habitantes acosados del hambre le abrieron las puertas entregándole á Alfonso. Puesto este en seguridad, marchó el

monarca sobre las Asturias, en donde se habían rebelado igualmente los tres hijos de Froila, que le fueron igualmente entregados, y condenados por Alfonso á perder la vista y concluir sus dias en reclusion en el convento de S. Julian de Leon, en donde falleció el último al siguiente año.

CAPITULO 14.

Ramiro II, y sus sucesores hasta Alfonso V.

932. Sofocada la discordia civil, volvió Ramiro sus armas contra los infieles, y sus empresas rivalizaron las de sus mas ilustres predecesores. Atacó y tomó por asalto á Madrid, venció á los enemigos en las llanuras de Osma, y por último cerca de Simancas, en la confluencia del Duero y el Pisuerga, sostuvo una sangrienta y reñida batalla contra mas de cien mil hombres mandados por Abderrahman III en persona, de los cuales triunfó Ramiro completamente. En la Historia de los Arabes de Conde se atribuye á estos la victoria, añadiendo no obstante que se decia haber muerto en esta espedicion cuarenta ó cincuenta mil musulmanes.

940. Dos años despues de esta batalla, mientras que Ramiro atendia á los negocios del estado, fundando varios conventos y monasterios de ambos sexos, se levantaron contra él los condes de Castilla Fernan Gonzalez y Diego Nuñez. Atacólos el rey y los hizo prisioneros; pero considerando cuán necesaria era la concordia para el bien de sus estados, no solo procuró entablarla dándoles libertad, sino que la estrechó con los vínculos de la sangre, casando á su hijo primogénito Ordoño con Doña Urraca, hija del conde Fernan Gonzalez. Ultimamente habiendo salido victorioso en otra espedicion contra los moros, á los cuales derrotó en los campos de Talavera, sintiéndose Ramiro gravemente enfermo, abdicó la corona en favor de su hijo Ordoño, y falleció en Leon, despues de un glorioso reinado de diez y nueve años.

930. Ordoño III no tuvo en el suyo de poco mas de cinco años un momento de reposo. No bien se habia sentado en el trono, cuando aspiró á él su hermano menor Don Sancho, sostenido por su tio D. García II, rey de Navarra, y por su padre político el conde Fernan Gonzalez. Sin embargo, esta tentativa solo sirvió para exasperar el ánimo

de Ordoño, que indignado contra la agresion de Fernan Gonzalez, repudió á su hija, casándose con Doña Elvira, en la cual tuvo luego á D. Bermudo y á Doña Teresa que tomó el hábito de religiosa.

952. Despues de haber sofocado con su presencia algunas alteraciones en la Galicia, pasó Ordoño á Portugal, y tomó á Lisboa de asalto, haciéndola desmantelar. Inva-dieron entonces los moros la Castilla como por via de represalia, y recurrió Fernan Gonzalez á la clemencia de aquel monarca, que bajo un nuevo juramento de fidelidad le prestó auxilios, con los cuales ganó el conde una señalada victoria sobre los enemigos. Sorprendido de allí á poco Ordoño en su gloriosa carrera por una fiebre maligna, murió á los pocos dias en Zamora.

955. Su hijo D. Bermudo era demasia-do débil para luchar con su ambicioso tio D. Sancho, llamado *el Gordo*, que sin mucha dificultad logró subir al trono por que tanto ansiaba. Pero Hernan Gonzalez con no menor ambicion, y mucha mas osadía que D. Sancho, obligó á este á refugiarse á la corte de su tio D. Garcia II, rey de Navarra, poniendo el cetro en manos de Ordoño IV.

957. Este príncipe, sobrino de Ramiro II, é hijo de su hermano Alfonso *el Ciego*, empañó con el epiteto de *el Malo*, que le grangearon sus perversas acciones, un nombre que las virtudes de tres monarcas habian hecho glorioso. Casóse con Doña Urraca, repudiada por Ordoño III, con lo cual esperaba Hernan Gonzalez participar del trono, y reinar en nombre del monarca. Parecíale esto tanto mas facil, quanto que D. Sancho habia pasado á Córdoba á consultar sobre una grave dolencia que padecia á los médicos árabes, que eran en aquel tiempo los mas famosos de la Europa; pero el magnánimo Abderrahman, no contento aun con haber abrigado en su seno y restituido la salud á D. Sancho, quiso tambien restablecerle en el trono, para lo cual le prestó los auxilios necesarios. Partió D. Sancho con ellos y con los que le facilitó el rey de Navarra para sus estados de Leon, cuyos pueblos, fatigados con la tiranía del usurpador, recibieron al legítimo monarca con los brazos abiertos. Ordoño, cargado de imprecaciones, se refugió al gobernador moro de Aragon, y Hernan Gonzalez fue hecho prisionero por el rey de Navarra.

961. Restablecido D. Sancho en el trono, lejos de usar de rigor con sus contrarios, procuró desarmarlos con la clemencia, como que en la escuela de la adversidad se habia acostumbrado á desconfiar de las sonrisas de la fortuna.

La tranquilidad que gozó por algun tiempo fue alterada por un desembarco que hicieron los normandos en las costas de Galicia, á los cuales arrojó prontamente del pais, obligándolos á volverse á sus naves. Marchó luego contra Gonzalo, gobernador de las plazas de Portugal pertenecientes al reino de Leon, y habiéndole arrollado, no solo le perdonó, sino que le restituyó á su gracia. Esta generosidad fue pagada con la mas negra alevosía. El traidor envenenó á su rey y bienhechor, abreviando el término de su carrera.

967. Sucedióle su hijo Ramiro III, en cuya menor edad, que duró por espacio de doce años, rigieron el estado su madre Doña Teresa y su tia Doña Elvira, con una prudencia y acierto, y sobre todo con una union y concordia de que ofrece pocos ejemplares la historia de las regencias. Mantuvieron por todo este tiempo la mejor armo-

nía con el rey de Córdoba Alhaken, hijo de Abderrahman, á quien habia sucedido en 961. Batieron á los normandos que habian hecho otro desembarco en la Galicia, y destruyeron sus naves, condenando á la esclavitud á los que pudieron librarse del filo de la espada.

970. Falleció en este tiempo el célebre Hernan Gonzalez, despues de haber hecho independiente la Castilla, que legó á su hijo García Hernandez, con el esfuerzo necesario para continuar defendiendo su independencia del reino de Leon. Pasó igualmente en la misma época á mejor vida el rey de Navarra D. García, á quien sucedió en el trono su hijo D. Sancho García; y seis años despues ocupó el de Córdoba por muerte de Alhaken, su hijo Hixem II, de edad de cerca de once años, en cuya minoría se hizo célebre Almanzor, acosando en calidad de regente á los cristianos.

979. Contando ya Ramiro diez y siete años, tomó las riendas del Estado que no podia regir, casándose poco tiempo despues con Doña Urraca. Pero ni este nuevo vinculo, ni los sabios consejos de las princesas sus tias, pudieron contener el torrente de

las pasiones del joven monarca. Su orgullo y aspereza con los nobles, su caracter suspicáz y duro, y sus demasias, fomentaron una conspiracion casi general entre sus súbditos, que en la opresion en que gemian pusieron los ojos en D. Bermudo, hijo de Ordoño III. Su airosa persona, su afabilidad y buenos modales, le grangearon la estimacion pública; y la grata memoria de su padre le sirvió de título de recomendacion con los nobles, que le proclamaron en Galicia. Defendió no obstante Ramiro con valor y firmeza la corona en la sangrienta batalla que sostuvo en el puerto de Arenas, sin mas resultado ventajoso para una ni otra parte, que la mucha sangre inútilmente derramada. Volvió Ramiro á Leon, y su temprana muerte puso fin á la contienda.

983. Antes que Bermudo II pudiese reparar las fuerzas del Estado, quebrantadas por la guerra civil, los moros, que á las órdenes del valeroso Almanzor habian hecho repetidas incursiones en las tierras de los cristianos, invadieron en crecido número la Castilla. El rey de Leon vió, sin poder impedirlo, desolado el pais de las orillas del Duero, destruidos los muros de Simancas, y los

estandartes enemigos ondeando en las torres de Zamora. Mas no por eso le abandonó la esperanza, antes bien levantando, aunque con dificultad, un ejército capaz de hacer frente á los infieles, y confiando en la justicia de su causa mas bien que en el número y denuedo de sus tropas, vino á las manos con las del enemigo en las orillas del Ezla. Pelearon los cristianos con su acostumbrado valor, y rompieron las filas de los infieles; pero alentados estos por la desesperacion que mostró Almanzor y por su ejemplo, volvieron á la carga con tal ímpetu y vigor, que Bermudo arrollado tuvo que refugiarse á Leon. No considerándose aun seguro allí por el mal estado de las fortificaciones, se trasladó á Oviedo con las cenizas de sus predecesores y algunas reliquias. Leon fue despues tomada de asalto, y demolida por Almanzor, que en tres campañas sucesivas se apoderó de Astorga, Coimbra, Viseo, Lamego y Braga, y llevó el terror y la desolacion á Galicia, donde suspendió una peste el rápido curso de sus victorias. Obligado Almanzor por esta causa á retirarse, no se descuidó Bermudo en picarle la retaguardia, y los cristianos vengaron en los moros

dispersos y errantes parte de los males que habian sufrido.

998. El terror que infundieron las armas de Almanzor siempre victoriosas, unió por fin las de los cristianos para salir á la comun defensa, y cerca de Calacanzor, en las fronteras de Castilla y Leon, esperó Bermudo con un ejército respetable de leoneses, castellanos y navarros, las huestes de aquel caudillo. Trabóse la batalla con igual encarnizamiento de una y otra parte, animando Bermudo á los suyos con su presencia, ya que la gota no le permitia montar á caballo: prolongóse esta sangrienta lucha desde el rayar el dia hasta bien entrada la noche, y fue tal la mortandad que hubo en ella, que los cristianos no conocieron que la victoria habia coronado su esfuerzo, hasta que á la nueva aurora observaron que los enemigos les habian abandonado el campo. Almanzor oprimido del peso del dolor por este desastre, descuidó sus heridas, y transportado á Begalcorax, cerca de Medinaceli, terminó su gloriosa carrera. Mas de cincuenta batallas ganadas, mayor número de plazas fuertes rendidas, una multitud inmensa de pueblos subyugados, y sobre todo sus vir-

tudes, si las acciones dirigidas por un falso celo merecen este nombre, hicieron el de Almanzor célebre en el catálogo de los héroes, á par que ominoso para los cristianos.

CAPITULO 15.

Alfonso V, hasta la reunion de Leon y Castilla bajo Fernando I.

1001. No gozó Bermudo largo tiempo el fruto de esta victoria, pues su constitucion débil le condujo de allí á poco al sepulcro. Sucedióle su hijo Alfonso V de menor edad, bajo la regencia de su madre Elvira, que dedicó sus primeros cuidados á la buena educacion del joven monarca. Como tenia buena índole, supo aprovecharse de las lecciones de su ayo Melendo Gonzalez, conde de Galicia, remunerándolas con dar la mano de esposo á su hija Elvira.

Las disensiones de los moros, no solo dieron lugar á Alfonso para reparar los muros de Leon, fortificar á Zamora, y ocuparse del bien de sus estados, sino que le animaron á embestir á Viseo en Portugal. Como fatigado por el calor de la estacion sa-

liese Alfonso á pasearse sin cota de malla por delante de la ciudad sitiada, una flecha enemiga le hirió mortalmente, y espiró pocas horas despues, dejando un hijo único de once años, que heredó sus virtudes con la corona.

1029. Bermudo III, á favor de la discordia civil que continuaba aun entre los moros, no experimentó el menor contratiempo en el principio de su reinado; mas cuando á la edad de diez y seis años tomó las riendas del gobierno, ocupó toda su atencion un vecino poderoso y formidable. Pelayo y sus sucesores no fueron los únicos príncipes cristianos que reinaron en España al mismo tiempo que los moros. Carlo Magno, por sus conquistas sobre los sarracenos, habia añadido á sus dominios de Francia los de Cataluña, Navarra y Aragon; pero la debilidad de sus descendientes dió lugar á que se desmoronase el edificio levantado por el esfuerzo y valor de aquel gran monarca. Formóse de sus escombros del lado de acá de los Pirineos el reino de Navarra, del cual fue dependiente el Aragon con el título de condado, del mismo modo que dependia del reino de Leon el condado de Castilla. Los navarros espuestos á las incursiones de los

sarracenos resolvieron elegir un rey, y Aznar, conde de Gascuña, se hizo en 831 independiente en la Navarra. Despues de su muerte ocurrida en 836, le sucedió su hermano Sancho, y aumentó sus estados. D. García, hijo de este, segun se presume, hizo reconocer su soberanía en toda la Navarra en 853, y murió cuatro años despues en la batalla de Albelda.

Tuvo este príncipe por sucesor á D. García Iñiguez ó Jimenez, que reinó hasta 880, pasando la corona á Fortun, hijo primogénito de D. García, que naturalmente devoto, y para abrazar el estado monástico, la cedió al cabo de algunos años á su hermano D. Sancho Abarca. Este, valiente y emprendedor, estendió las conquistas de su bisabuelo mas que ninguno de sus predecesores, vengando en las victorias que obtuvo sobre los sarracenos la muerte de su padre. Duró su reinado hasta 926, y tuvo por sucesores dos príncipes llamados García y Sancho II, de los cuales apenas hace mencion la historia, sin embargo de haber reinado hasta 994. En esta época floreció D. García III, llamado el *Tembloso*, príncipe esforzado, que solo reinó seis años, dejando

en el de 1000 el trono á Sancho III, nombrado el *Grande*, que cambió la faz de la España cristiana.

Habia aumentado este príncipe sus estados con el reino de Aragon y una gran parte de la Vizcaya, no solo por la fuerza de las armas, sino tambien por medio de alianzas; y con el pretesto de vengar el asesinato de D. García, conde de Castilla, con cuya hermana mayor estaba casado, entró en esta provincia y se apoderó de ella, despues de haber castigado á los asesinos con el último suplicio. Estendió luego D. Sancho su autoridad desde los montes de Sierra-morena hasta la estremidad del norte de los Pirineos; pero D. Bermudo se opuso á sus pretensiones sobre Palencia, y fué preciso recurrir á las armas. Despues de algunos pequeños encuentros, vinieron los dos monarcas á una transaccion, cediendo el de Navarra á su segundo hijo Fernando la Castilla, y Bermudo á su hermana Sancha, por via de dote, el territorio comprendido entre el Pisuerga y el Cea, todo lo cual reunió Fernando en su cabeza casándose con Doña Sancha, y dando origen al reino de Castilla.

1035. Duró poco esta reconciliacion, por-

que á la muerte de D. Sancho cayó por tierra todo el edificio de su poder con la particion que hizo de sus estados entre todos sus hijos. Sucedióle el mayor D. García III en la corona de Navarra, á la cual agregó una parte de la Vizcaya. Fernando I de este nombre conservó la Castilla: Gonzalo obtuvo los estados de Sobrarve y Ribagorza en las fronteras del Aragon; y este último reino le heredó Ramiro. Bermudo, aprovechando esta coyuntura, sitió y tomó á Palencia, y en una campaña sola se apoderó sin la menor oposicion de todo el país situado entre el Pisuerga y el Cea. Fernando, incapaz de resistir por sí solo al rey de Leon, llamó al de Navarra en su socorro y marcharon juntos contra Bermudo, que se acercaba á Carrion en el valle de Tamara. Allí trabaron una sangrienta batalla, en la cual Bermudo, impaciente por pelear cuerpo á cuerpo con los dos hermanos sus rivales, se metió entre las filas contrarias, y cayó del caballo atravesado de una lanza y sin vida. Fué el último de los descendientes de Pelayo por la línea masculina, y reconocido el derecho de Fernando, le sucedió en la corona de Leon, que se unió por entonces á la de Castilla.

CAPITULO 16.

Fernando I de Castilla y VI de Leon.

1037. Dedicó Fernando sus primeros cuidados al bien del estado, restituyendo á las leyes su vigor, formando otras nuevas, y estableciendo en sus dominios el orden que requerian, con lo cual aumentó su poder hasta hacerse temer de los moros, y escitar los celos y la envidia de su hermano D. García, rey de Navarra. Dícese que habiendo enfermado este en Najera, y pasado D. Fernando á visitarle, trató de apoderarse de su persona, de lo cual informado el monarca de Castilla, dió la vuelta á sus estados disimulando el agravio; y que como enfermase Don Fernando algun tiempo despues, y viniese D. García á verle á Burgos, le prendió, si bien logró escaparse en breve y volverse á Navarra. Tal es la causa á que atribuyen nuestros historiadores la guerra que se encendió entre los dos hermanos. Lo cierto es, que peleando en el valle de Atapuerca á dos leguas de Burgos, fué vencido y muerto el rey de Navarra en la batalla, sucediéndole en el trono su hijo D. Sancho IV.

1054. Volvió Fernando poco tiempo después sus armas contra los moros, que divididos entre sí habian ido desmembrando sucesivamente el reino de Córdoba, erigiéndose los gobernadores de Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza y otras varias ciudades, en otros tantos régulos independientes. Las armas castellanas hallaron poca ó ninguna resistencia, pues en el espacio de dos años conquistaron en el Portugal todas las plazas y castillos que ocupaban los moros, siendo las mas señaladas Viseo, Lamego y Coimbra, con lo cual volvió Fernando á Leon colmado de riquezas y coronado de laureles.

1059. Renovando sus expediciones contra los moros en los años siguientes, les tomó muchos pueblos en los confines de la Castilla, en la provincia de Cartagena, y en el reino de Sevilla; y restituido á su capital, sintiendo el peso de los años, resolvió con acuerdo de la reina dividir sus estados entre sus hijos, asignando á D. Alfonso, que era su favorito, el reino de Leon, al primogénito D. Sancho el de Castilla, y al menor D. García la Galicia y el Portugal, dando á sus hijas Urraca y Elvira el infantado de las ciudades de Zamora y Toro. Finalmente, habiendo

hecho otra incursion contra los mahometanos en la Mancha, Murcia y Valencia, y adolecido delante de esta última ciudad, se volvió Fernando á Leon, en donde concluyó sus dias entregado á la piedad, y llenando con un fervor ejemplar todos los deberes de nuestra santa religion. Fue uno de los reyes mas grandes que ha tenido España, en cuyo número le coloca la historia. Su esposa Doña Sancha, no menos grande y virtuosa, murió dos años despues en el de 1067.

Antes de entrar en los reinados de sus hijos, diremos de paso, que los hermanos de Fernando no habian sido tan favorecidos como él de la fortuna. D. Gonzalo viniendo de caza un año despues de haber tomado las riendas de sus estados de Sobrarve y Ribagorza, fué atravesado de un dardo por uno de sus monteros, llamado Ramonet, sin que se sepa la causa. D. Ramiro, si bien añadió á su reino de Aragon el estado de D. Gonzalo, y algunas plazas que tomó al rey moro de Zaragoza, murió en el sitio de Graos dos años antes que D. Fernando, dejando la corona á su hijo D. Sancho.

CAPITULO 17.

D. Sancho, D. Alfonso, D. García.

1068. La muerte de la reina de Leon, Doña Sancha, fue para sus hijos como la señal de las hostilidades que se siguieron casi inmediatamente á ella. Considerando D. Sancho la particion hecha por su padre, como una violacion de sus derechos de primogenitura, invadió el estado de Leon con un poderoso ejército, y peleó con su hermano Alfonso en Llantada, á orillas del Pisuerga, obligándole á retirarse á su capital. Reparadas las fuerzas perdidas en esta batalla, se dieron otra los dos hermanos en Bolpellar, cerca de Carrion, en la cual llevó D. Sancho la peor parte. Adormecido sin embargo Don Alfonso con la victoria, se dejó sorprender de su hermano, que aconsejado por el famoso Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid, le atacó cuando mas descuidado estaba, y le hizo prisionero. Puesto en libertad por la intercesion de su hermana Doña Urraca, y la promesa de abrazar el estado eclesiástico, se salió del monasterio de allí á poco tiempo, y auxiliado por aquella infanta y por los ca-

balleros Ansurez, se refugió á la corte de Alcmemon, rey de Toledo.

Apoderado D. Sancho del reino de Leon, marchó contra su hermano Don García, á quien despojó sin resistencia del reino de Galicia, y venció despues cerca de Santaren en Portugal, en cuyo punto habia llegado á reunir algunas fuerzas. Sitiando despues D. Sancho á Zamora, donde se habia encerrado su hermana Doña Urraca, fue muerto á traicion por un caballero llamado Bellido Dolfos, que habia salido de la ciudad con este intento, y puesto en ejecucion se volvió á ella.

Informado D. Alfonso por su hermana Doña Urraca de esta catástrofe, pasó de Toledo á Zamora, y asegurando la persona de su hermano D. García, que parece habia pasado de Sevilla á Galicia por el mismo tiempo, tomó posesion de todos los estados de su padre, si bien para entrar en el de Castilla hubo de prestar juramento en manos del Cid de no haber tenido parte en la muerte de D. Sancho.

1074. Mientras que D. Alfonso en union con su hermana Doña Urraca, á la cual hizo tomar el título de reina, gobernaba con moderacion y justicia sus reinos, protegien-

do el culto católico y haciendo largas donaciones á las iglesias, se vió atacado su antiguo bienhechor Alcmenon, rey de Toledo, por el de Córdoba Aben-Abed, y voló espontáneamente á su socorro á fuer de agradecido. Este generoso hecho desvanece la acusacion que varios escritores extranjeros hacen á D. Alfonso, de haber destronado algunos años despues, solo por engrandecerse, á su hijo y sucesor Hiaya, pues no es creible que quien tenia los beneficios de Alcmenon tan profundamente grabados en su pecho, como lo muestra la accion referida, persiguiese al hijo sin una causa muy poderosa.

1085. Los vicios y crueldades de Hiaya, y las repetidas súplicas que hicieron sus súbditos á Alfonso, para que los librase de su yugo, fueron los que obligaron á este monarca á sitiar á Toledo, que se rindió á sus armas, refugiándose Hiaya á Valencia. El monarca castellano permaneció en la plaza conquistada, hasta que habiendo sido nombrado al año siguiente en un Concilio arzobispo de ella D. Bernardo, abad de Sahagun, francés de nacion, y puestas en orden todas las demas cosas, volvió á Castilla á levantar gente

para marchar á la primavera inmediata contra los régulos de Badajoz y Sevilla. Entró Alfonso en Estremadura haciendo muchos estragos en los campos y poblaciones; pero atacado por los enemigos en un lugar llamado *Sacralias*, á cuatro leguas de Badajoz y Mérida, fue vencido en una sangrienta batalla, igualmente costosa á vencedores y vencidos.

1091. El fruto de esta victoria fue bien amargo para Aben-Abed, que no tardó mucho tiempo en conocer, por una dolorosa experiencia, cuán poco cuerdo habia andado en llamar á los almoravides en su socorro. Eran estos originarios de la Arabia, y ocupaban entonces los reinos de Fez y de Marruecos conquistados por sus armas. Su rey Jucef, cediendo á las reiteradas súplicas de Aben-Abed, habia venido en su socorro; pero convertido de auxiliar en señor le privó del trono, transportándole con toda su familia á Africa, en donde murió cuatro años despues en la mayor miseria. Por el contrario, Alfonso se consoló en parte de la pasada derrota con el feliz éxito de una incursion hecha despues contra los moros de Portugal, á los cuales tomó á Lisboa de asalto, y á

Cintra por capitulación, cediendo al año siguiente estas conquistas á Enrique de Besanzon, que habia venido en su socorro, y dándole ademas, en recompensa de sus servicios, la mano de su hija Doña Teresa. Tal fue el origen del reino cristiano de Portugal.

1093. Los hermanos y el hijo de D. Sancho de Navarra, despeñado por su hermano D. Ramon en 1073, que huyendo de este tirano se habian refugiado á Castilla, instaron al rey D. Alfonso para que vengase aquel asesinato, y en efecto marchó con sus tropas sobre Navarra, que rehusando la dominacion de D. Ramon, se habia puesto bajo la de D. Sancho I, rey de Aragon. Tomó el castellano sin oposicion toda la Rioja, la Bureva y las provincias vascongadas; mas hubo de abandonar despues estas conquistas al valor de D. Sancho, que saliendo al encuentro á las tropas que enviaba Alfonso de socorro á Abderramen, rey de Huesca, contra aquel monarca, obligó á los castellanos á retirarse á Toledo.

1098. Los rápidos progresos que hacian las armas de Jucef en los estados de los moros, contra los cuales parecia que únicamente se dirigian, no podian dejar de llamar la

atencion de Alfonso, que no menos prudente que avisado trató de detener el curso de sus conquistas. Reuniendo, pues, un crecido número de tropas, marchó sobre la Mancha, adonde acudió con las suyas Jucef, que se hallaba en Murcia. Acometiéronse los dos ejércitos, y pelearon con obstinacion y denuedo; pero la victoria se declaró por los infieles. Mientras tanto, asesinado Hiaya en Valencia por los suyos, conquistaba el Cid, con los caballeros que militaban bajo sus banderas, y un refuerzo que le habia enviado Alfonso, aquella ciudad, que defendió con una corta guarnicion hasta su muerte de los reiterados y vigorosos ataques de los enemigos.

1108. Amenazaron estos á Toledo mas adelante, y Alfonso, agoviado con el peso de la edad, envió contra ellos á su hijo Don Sancho, que solo contaba de diez á once años. Hábiale tenido D. Alfonso en su cuarta ó quinta muger Doña Isabel, hija del rey de Sevilla Aben-Abed, que abrazando el cristianismo, habia dejado su nombre de Zaaia para tomar el que queda dicho. Iba D. Sancho bajo la tutela del conde D. García de Cabra, mas bien para animar á los soldados con su

presencia que para dirigirlos. Acometiéronse castellanos y almoravides en los llanos de Uclés con igual encarnizamiento, mas fueron vencidos los castellanos, pereciendo en la batalla siete condes y el tierno infante con su ayo D. García, que despues de haber hecho inútiles prodigios de valor para salvarle, cayó muerto á su lado.

1109. Viendo D. Alfonso que su fin se acercaba, dispuso que heredase los reinos de Castilla y Leon su hija Doña Urraca, viuda del conde D. Ramon, quedando con la Galicia D. Alfonso, fruto de este matrimonio, en los mismos términos que la habia tenido D. Ramon su padre, y llamándole á la corona despues de los dias de su madre. Doña Urraca, si no dejase hijos en las segundas nupcias á que acababa de pasar con el rey de Aragon. Dadas estas disposiciones, falleció despues de un largo y glorioso reinado, en el cual, en medio de las tempestades de que se vió combatido, jamás perdió de vista el bien de sus vasallos, reparando las poblaciones arruinadas, restableciendo su vigor á las leyes, y protegiendo el culto sagrado.

CAPITULO 18.

Doña Urraca.

Muerto D. Alfonso, el rey de Aragon auxiliado por el de Navarra entró con un fuerte ejército en Castilla, para defender los derechos de su esposa que nadie le disputaba, con lo cual no hizo mas que exasperar el ánimo de la reina, que naturalmente dominante no queria tener por rey á su marido, sino por súbdito. En vano este monarca le recordó, por medio del conde D. Pedro Ansurez, compañero de su padre en el destierro, la obligacion en que estaba de vivir subordinada á él. La reina irritada desterró de la corte al conde mediador; y el rey, mirando este agravio como un ultraje hecho á su persona, no solo restableció á aquel en todos sus honores, sino que despues hubo de poner á su esposa en el castillo de Castellar, para contener el desorden y escándalo que causaban sus demasías.

1110. Esta violenta medida, lejos de sofocar la discordia, la encendió de manera que Castilla y Leon fueron por espacio de diez y seis años, sin intermision, el teatro

de las facciones y de las calamidades que vienen en pos de ellas. La reina, restituida á la libertad por sus partidarios, trató de anular su matrimonio por razon del parentesco que tenia con su esposo. Entró este en Castilla con un ejército, y acometiendo al de la reina en el campo de Espina, cerca de Sepúlveda, le deshizo completamente, apoderándose en seguida de Búrgos, Palencia, Carrion, Sahagun y Leon. Reconciliáronse despues momentáneamente los dos esposos, y volvieron de allí á poco con mas animosidad á las hostilidades. Los de Galicia proclamaron al tierno infante por rey, y esto produjo nuevos desórdenes, que por prolijos y calamitosos pasamos en silencio, y á los cuales solo pudo poner término la muerte de Doña Urraca, ocurrida en Saldaña.

CAPITULO 19.

Don Alfonso VII.

1126. Dos dias despues de este acontecimiento entró su hijo D. Alfonso VII en Leon, en medio de las aclamaciones del pueblo, si bien D. Pedro de Lara, y D. Ro-

drigo González, su hermano, se opusieron á entregarle la ciudadela. Tomóla el rey de asalto, y se contentó con desterrar á aquellos caudillos: ejemplo de clemencia que hallamos repetido á cada paso en su largo reinado. Fue este tan tranquilo en el interior, como borrascoso el que le habia precedido, pues hasta una ligera insurreccion en las Asturias se disipó, digámoslo así, por sí misma.

Como el ardor marcial del monarca se acomodaba perfectamente al espíritu guerrero de sus súbditos, acudió de todas partes la flor de la nobleza á ponerse bajo el estandarte real, para reparar la humillacion que habian sufrido los cristianos en la jornada de Uclés. Pasó el ejército el Guadiana en dos divisiones, la una por cerca de Badajoz al mando de D. Rodrigo González, que correspondió en esta ocasion á la clemencia que habia usado con él el monarca en el asalto de la ciudadela de Leon, y á la nueva confianza que de él hacia; y el rey, á la cabeza de la otra columna, penetró en las montañas de Sierra-morena, asolando entrambas todo el pais por donde marchaban sin oposicion alguna. Esta empresa fue tan bien dispuesta y concertada, que las dos co-

lumnas llegaron el mismo día, aunque por diversos caminos, á reunirse delante del castillo de Gallelo. Marchó de aquí el ejército, dejando en cada paso profundamente estampadas las huellas de la mas sangrienta desolacion. No pudiendo sitiar á Sevilla por falta de las máquinas de guerra necesarias, arrasó sus alrededores, recorrió los famosos campos, testigos de la destruccion del imperio godo, y penetró hasta la isla de Cádiz; destruyó á su vuelta un cuerpo de moros que halló al paso; y por último, atravesando las assoladas provincias de Estremadura, el ejército triunfante dió vista á las torres de Talavera.

1134. El rey de Aragon, menos feliz en sus expediciones, perdió el ejército y la vida en el sitio de Fraga, con cuyo motivo se separaron de nuevo los reinos de Aragon y Navarra, que habia reunido por medio de las armas. El primero reconoció la autoridad de su hermano D. Ramiro, y el último se sometió á su pariente D. García. Alfonso, no pudiendo mirar con indiferencia, ni la muerte de un príncipe á quien habia respetado como padre, ni el triunfo que sobre él habian obtenido los infieles, entró en

Aragon, se apoderó de las plazas que habia al mediodia del Ebro, fue recibido como rey en Zaragoza, y á su regreso á Leon fue proclamado emperador.

1136. Este nuevo título, que por tantos respetos merecia Alfonso, le acarreó la enemistad de D. García Ramirez, rey de Navarra, y de D. Alfonso Enriquez, príncipe de Portugal, que movidos de la envidia se ligaron contra él. Forzóles el Monarca castellano á pedir la paz, y otorgóselo bajo condiciones que acreditan la moderacion del conquistador, dispuesto siempre á evitar la efusion de sangre cristiana, y reservar sus fuerzas para pelear contra los infieles. Cayó al año siguiente sobre la Andalucía, talando el pais indefenso; mas su triunfo no fue de larga duracion, pues un destacamento, que sin orden alguna se habia separado del ejército, fue pasado á cuchillo por los moros á la vista de Alfonso, sin que pudiese impedirlo, y esto le obligó á dar la vuelta á Toledo. Pasados algunos dias sitió á Coria, que defendieron los moros con valor; y habiendo sido muerto en un ataque D. Rodrigo Martinez, gobernador de Leon, uno de sus mejores generales, levantó el sitio para

ir á atacar el castillo de Oreja, al Este de Toledo, que se le rindió al cabo de algun tiempo.

1141. Volviendo Alfonso de nuevo sus armas contra Coria, se apoderó por último de ella. Sitió mas adelante á Mora, que al fin tuvo tambien que capitular y entregarse. El ejército cristiano, continuando sus conquistas, tomó á Calatrava; y pasando á Andalucía, despues de haber ocupado muchas plazas y ciudades, se puso sobre Almería, la mas fuerte que tenian los moros en España. Asaltada por Alfonso por la parte de tierra, mientras que las fuerzas marítimas unidas del de Aragon, del duque de Mompeller y de las repúblicas de Génova y Pisa la bloqueaban por la de mar, fue tomada á viva fuerza, la guarnicion pasada á cuchillo, y el botin repartido entre los aliados.

1148. Destruido en Africa el imperio de los almoravides por los almoadas, vinieron estos á España, y atacaron á los moros apoderándose de todas sus posesiones. Esta discordia hacia mas necesaria que nunca la reunion de las fuerzas de los cristianos en una sola mano, para sacar partido de ella; mas sin embargo, la ternura paternal pudo

mas con Alfonso que otra consideracion alguna. Convocando córtés en Leon, declaró reyes á sus hijos D. Sancho y D. Fernando, dando al primero la Castilla, Búrgos, Vizcaya y Toledo, y al último el reino de Leon, Asturias y Galicia. Hecha esta particion, se puso de nuevo Alfonso en campaña en union con el rey de Navarra, y marchando contra el enemigo comun, al salir de las montañas de Sierra-morena se vieron cargados de improviso por los escuadrones infieles. La presencia de los reyes alentó á los cristianos, que redoblando el esfuerzo, no solo rechazaron á los enemigos, sino que acosándolos por todas partes tomaron á Jaen, llegaron hasta las puertas de Sevilla, y convirtieron en desierto todo el pais situado entre el Guadalquivir y el Guadiana.

La muerte del rey de Navarra, que le asaltó en Pamplona á la vuelta de esta gloriosa espedicion, aguló todo el triunfo de ella. Alfonso sin embargo, deseoso de obtener otros mayores, volvió á atravesar las montañas de Sierra-morena, y apoderándose de Andujar regresó á Toledo. No hizo aqui larga permanencia, pues animado de la lisonjera esperanza de completar la conquis-

ta de Andalucía, se puso de nuevo en marcha, y destruyó cerca de Jaen las fuerzas reunidas de los infieles, acompañado constantemente de la victoria; pero acometido de una enfermedad, hubo de dejar el ejército al mando de su hijo D. Sancho, y regresando á Castilla murió en la Fresneda. Lloráronle amargamente sus súbditos, como que su justicia, su clemencia, su valor, el amor que tenia á sus pueblos, y el celo con que procuraba labrar su felicidad, estaban tan profundamente grabados en los corazones, que le miraban como á un verdadero padre.

CAPITULO 20.

D. Sancho III de Castilla y su hijo Alfonso VIII: D. Fernando de Leon.

1157. Los hijos de Alfonso, entrando en quieta y pacífica posesion de sus estados, dieron una muestra de virtud, de que no ofrece muchos ejemplos la historia, pues ni la diversidad de intereses, ni la emulacion, ni la miras ambiciosas pudieron alterar el amor fraternal que habia reinado siempre.

entre ellos. Los moros, persuadidos de lo contrario, creyeron que los primeros momentos del nuevo reinado eran los mas favorables para reconquistar la Andalucía y enarbolar el estandarte de Mahoma en las almenas de Andujar; pero Sancho III, volando hácia ellos con sus huestes, les dió á conocer en una obstinada y sangrienta batalla que era digno sucesor de su illustre padre. Huyeron los moros precipitadamente, y D. Sancho hubiera seguido sin duda las huellas del emperador Alfonso, si la muerte no le hubiera sorprendido al primer paso de su carrera.

1158. Legó el trono á su hijo Alfonso, III de Castilla, que respecto de Leon llaman VIII, y que solo tenia tres años, bajo la tutela de D. Gutierre de Castro, que se encargó de la regencia del reino. Su administracion fue breve y borrascosa. La prudencia y desinterés con que ejercia la autoridad no pudieron libertarle de la envidia; y la casa de Lara, no menos célebre por sus riquezas y distinguido origen, que por su ambicion y osadia, se declaró abiertamente contra Castro. Cedió este sin repugnancia las riendas del gobierno, y apoderándose los La-

ras de la persona del príncipe, sostuvieron por la fuerza sus pretensiones á la regencia. Reconocido formalmente D. Manrique de Lara por regente de Castilla, resistió con vigor las pretensiones del rey de Aragon; pero el odio implacable que profesaba á la familia de los Castros, y la tentativa que hizo para desposeer á Fernando, hermano de Gutierre, del gobierno de Toledo, le arrastraron al precipicio. La animosidad de las dos facciones dió márgen á una reñida batalla, entre Garcinarro y Huete, en la cual fue muerto Manrique, y desvanecidos sus ambiciosos proyectos. Mas no por eso se arredró en los suyos su hermano Nuño, antes bien sucediéndole en la regencia gobernó por algun tiempo bajo auspicios mas favorables que Manrique. Levantó un ejército en nombre del rey, y los Castros fueron declarados rebeldes con todos sus partidarios. Toledo, sometiéndose á las órdenes de su soberano, le abrió las puertas, y el gobernador Fernando de Castro se vió obligado á salvarse entre los enemigos de su religion y de su patria.

1170. Nuño de Lara ejercia en nombre de Alfonso una autoridad absoluta. Negoció

y concluyó el matrimonio de su soberano con la princesa Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra. Sin embargo, la casa de Castro existía, aunque proscripta. Su jefe Fernando, dejando á Sevilla, á donde se habia refugiado, pasó á la corte de Leon, y fue tanto mas bien acogido de este monarca, cuanto tenia justos motivos para quejarse de la arrogancia de Nuño de Lara. Fernando de Castro, aprovechándose de las buenas disposiciones del rey de Leon, obtuvo de él, sin mucho esfuerzo, que permitiese á la juventud guerrera alistarse en sus banderas, y reforzado por sus muchos partidarios entró en Castilla á la cabeza de un ejército, á solicitar su perdon y el castigo de su rival. Salióle Nuño al encuentro, y se terminó la diferencia de estas dos familias en una batalla, funesta para los Laras, pues perecieron dos en ella, y Nuño quedó en poder del vencedor. Tratóle este con todo género de consideracion y miramiento, y tuvo la grandeza de alma de restituirle la libertad, venciendo segunda vez con tan generosa accion al que habia vencido ya con las armas. Castro, satisfecho con esta victoria, regresó á Leon, y casándose con la her-

mana natural del rey, renunció á su país para siempre.

1174. La cautividad de Nuño de Lara puso en las manos de Alfonso VIII las riendas del Gobierno; pero la poca firmeza con que las manejó causó graves males á sus súbditos, y dió lugar al desprecio de sus enemigos. Provocó el resentimiento de los príncipes cristianos, y estuvo en continua guerra con los reyes de Leon, de Aragon y de Navarra, sin obtener ventaja alguna. Las que logró sobre los infieles en los años siguientes, tomando á Cuenca, y á Trujillo y Medellin, en Estremadura, desaparecieron con la derrota que sufrió en esta última provincia.

1188. Muerto en Benavente el rey de Leon D. Fernando de vuelta de visitar al apóstol Santiago, le sucedió su hijo D. Alfonso IX, que hubo de confederarse con los reyes de Aragon, de Portugal y de Navarra, que recelosos del gran poder que iba adquiriendo el de Castilla, se declararon contra él. Sin embargo, esta coalicion no solo no llegó á tener efecto alguno, sino que los grandes preparativos que hacian los moros unieron á todos estos monarcas para acudir á la comun defensa. El de Castilla, de-

jándose llevar con poca prudencia del espíritu de rivalidad, voló al combate sin esperar á sus aliados, temiendo que le arrancasen de las manos un triunfo que contaba ya por seguro. El éxito desgraciadamente castigó esta loca presunción, pues fue enteramente destruido por los infieles cerca de Calatrava y Alarcos. Es preciso confesar que el monarca castellano, no queriendo sobrevivir á este desastre, buscaba en lo mas recio de la batalla una muerte gloriosa, que hubiese encontrado sin duda, si la nobleza castellana, tan fiel como denodada, no le hubiese sacado á la fuerza de enmedio de los enemigos, retirándose con él á Toledo.

1195. Apenas habia entrado en esta plaza, cuando llegó el rey de Leon con sus tropas, y despues de haberle echado en cara el de Castilla que por culpa suya se habia perdido la batalla, se separaron los dos monarcas, tan poco satisfechos uno del otro, que mientras que los infieles, tomada Calatrava y Alarcos por capitulacion, cometian en el pais los mayores estragos, y sitiaban á Toledo, se ocupaba el rey de Castilla en asolar el territorio de un príncipe cristiano, su pariente y aliado.

Alfonso de Leon, demasiado generoso para vengar este insulto, sacrificó su propio resentimiento al interés general de los cristianos, y se adelantó hácia la Castilla al frente de un ejército, para dar mayor peso á las ofertas de reconciliacion que hizo á su adversario. Forzado este, por las murmuraciones y quejas de la nobleza, á suscribir á un tratado justo y honorífico, nuevos vínculos de sangre estrecharon mas y mas los de la política, casándose el rey de Leon con Berenguela, hija del de Castilla. Este matrimonio fue disuelto por el Papa algunos años despues, en razon del parentesco que mediaba entre los contrayentes, como lo habia sido por la misma causa el que habia contraido antes de él este mismo monarca con la infanta de Portugal Doña Teresa. Sin embargo los hijos de Doña Berenguela fueron declarados legítimos, y reconocidos formalmente los derechos al trono de Leon del primogénito D. Fernando, que en el espacio de treinta años reunió de un modo indisoluble los dominios de su padre á los de su abuelo.

1212. La rivalidad que reinaba entre los príncipes cristianos, y que tan pronto unia las armas de Aragon y de Castilla para hos-

tilizar la Navarra, como movia las de Leon para recobrar las plazas que se le retenian por los castellanos, continuó debilitando por algunos años las fuerzas que deberian haberse empleado contra los infieles. El poder que estos habian adquirido á favor de la discordia, llamó por fin la atencion de los monarcas cristianos. Sabedores de que Mahomad Aben-Jacob, conocido por el nombre de el *Miramolin*, hijo y sucesor del rey de Marruecos Jacob-Aben-Jucef, hacia grandes armamentos en Africa con el objeto de venir á esterminarlos, formaron una alianza general para acudir á la defensa. El Papa Inocencio III, condolido de la calamitosa situacion de los príncipes de España, llamó á su socorro por medio de una cruzada los valientes guerreros de Francia, Alemania é Italia, que en número de mas de sesenta mil se reunieron á los ejércitos españoles en Toledo. Movieron de aqui todas estas fuerzas hácia Malagon, cuya guarnicion fue pasada á cuchillo, tomando despues á Calatrava, y obligando á sus defensores á encerrarse en la ciudadela. Los príncipes confederados, no teniendo por oportuno detenerse á sitiaria, propusieron una capitula-

cion honrosa que fue aceptada. Murmuraron los extranjeros de la dulzura que usaban los españoles con los infieles; y aunque los despojos de Calatrava hubieran acallado sin duda sus clamores, el rey de Castilla se opuso con firmeza á ellos. Cuando los auxiliares vieron desaparecer ante sus ojos la perspectiva del botin, empezaron á decaer de ánimo, y pretestando el calor de la estacion se empeñaron en retirarse, sin que las reconvencciones y súplicas de Alfonso fuesen poderosas á detenerlos. Solo Arnaldo, arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blazon, permanecieron firmes bajo el estandarte de la fé.

La que animaba á los cristianos los alentó en términos, que lejos de desmayar por la gran desmembracion que acababan de experimentar sus fuerzas, continuaron su marcha, y tomando á Alarcos, Caracuel y otras poblaciones, camparon cerca de Salvatierra. Desde aqui, no teniendo por acertado forzar las gargantas de Sierra-morena defendidas por los enemigos, atravesaron estas montañas por una senda oculta que les enseñó un pastor, y hallaron á aquellos campos al pie de ellas. Permanecieron quietos los cristianos por espacio de dos dias, des-

cansando de las fatigas de la penosa marcha que acababan de hacer, y preparándose para atacar al enemigo al tercero, como lo verificaron, despues de haber recibido los reyes los santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y los soldados la absolucion de los obispos. Dióse la señal del combate, que fue prontamente obedecida. Esperábanle los moros á pie firme, formados en batalla cerca de Tolosa. Distinguíase entre todos el Miramolín por el resplandor de sus armas y atavíos, y por el alcoran que tenia en una mano, mientras que con la otra blandia el acero, para recordar á los suyos el premio y el castigo. Reclamó el rey de Castilla el puesto del centro, como el mas arriesgado, encargándose el de Navarra del ala derecha, y el de Aragon de la izquierda. En el momento en que Alfonso rompió la marcha hácia el enemigo, enarboló el arzobispo de Toledo la santa cruz, á cuya vista cayeron los cristianos sobre los infieles con el mayor ímpetu. Hízose el combate general á pocos instantes, y despues de haber peleado unos y otros con igual encarnizamiento por algunas horas, los cristianos, cargados por los escuadrones de refresco con que el Miramolín renovaba á

cada paso la pelea, se vieron amenazados de una derrota, que solo pudiera evitar el generoso ardimiento del rey de Castilla. Reparó Alfonso en esta memorable jornada las faltas de los primeros años de su reinado. Recorriendo las filas, y mostrando con su denodado arrojo á los soldados el camino de la gloria, su ejemplo los condujo á ella. Acometiendo al enemigo con todo el ardor que inspira el desprecio de la vida, no tardaron mucho tiempo los cristianos en sembrar por todas partes la mortandad y el desorden, poniendo á los infieles en precipitada fuga, y alcanzando uno de los mas señalados triunfos que se refieren en los anales de la historia. Dióse esta famosa batalla, conocida generalmente con el nombre de las *Navas de Tolosa*, el lunes 16 de julio del año 1212.

Refugiados en Ubeda los restos del ejército del Miramolin, y sitiados por los cristianos, ofrecieron por el rescate de sus vidas y haciendas un millon de escudos, que no fueron admitidos. Esta repulsa redobló sus fuerzas para prolongar la defensa, hasta que el hambre y las enfermedades obligaron á los sitiadores á levantar el asedio. Los reyes de Aragon y de Navarra volvieron á sus

estados colmados de las mas sinceras demostraciones de gratitud y reconocimiento que les hizo el rey Alfonso, el cual entró triunfante en Toledo en medio de las aclamaciones públicas, y dispuso que se celebrase anualmente en la Iglesia una fiesta solemne, bajo el nombre del *Triunfo de la Cruz*, como en accion de gracias, y para perpetuar la memoria de una victoria tan señalada.

Los años y la esperiencia hicieron á Alfonso mas prudente y circunspecto en adelante. Cultivó la amistad del rey de Leon, fue su mediador en las diferencias que tenia con el de Portugal, y le cedió algunas plazas. El celo paternal con que procuró aliviar las calamidades del hambre que affligió entonces á Castilla, le grangeó las bendiciones del pueblo. La cosecha del siguiente año restableció la abundancia en sus estados y en los de Leon, y los dos soberanos marcharon de acuerdo contra los infieles. El de Castilla sitió á Baeza inútilmente, pues tuvo que abandonar la empresa, mas el de Leon se apoderó de Alcántara.

1214. Pensaban los dos monarcas renovar las hostilidades á la campaña siguiente; mas el de Castilla, pasando á Plasencia á

conferenciar con el de Leon sobre el plan que habian de adoptar, cayó enfermo en un pequeño lugar del camino, y pasó á mejor vida, auxiliado en sus últimos momentos por el arzobispo D. Rodrigo, que habiendo sido su compañero en las victorias, fue su consuelo y apoyo en la muerte.

CAPITULO 21.

Enrique 1: Doña Berenguela, y su hijo Fernando.

Sucedióle su hijo Enrique, de edad de once años, bajo la tutela de la reina viuda Doña Leonor, como Alfonso lo habia dispuesto; mas el jóven príncipe se vió bien pronto privado de la proteccion de su augusta madre, que no pudiendo sobrevivir á la pérdida de su esposo, le siguió á los dos meses al sepulcro. Tomó las riendas del gobierno, como lo habia ordenado el difunto rey en su testamento, su hija y hermana mayor de Enrique, Berenguela; pero las intrigas de la casa de Lara se las arrancaron de las manos socolor del bien público, en cuyo obsequio esta señora, tan sencilla como bondadosa, las puso formalmente en las de D. Alvaro de Lara, en las

córtes que se celebraron al efecto. El nuevo regente, no contento con atentar contra la libertad y los bienes de los seculares, atacó las inmunidades eclesiásticas exasperando al clero. Cundió el descontento por todas las clases del estado, y D. Alvaro para conjurar la tempestad, negoció el casamiento de Enrique con la hija mayor del rey de Leon, impidiendo así que abrazase este monarca la causa de su antigua esposa Doña Berenguela. La tiranía del regente, siempre en aumento, hubiera acarreado una guerra civil espantosa, si la desgraciada muerte de Enrique en Palencia no hubiera destruido sus ambiciosas miras.

1217. Reconocidos en córtes los derechos de Doña Berenguela al trono de Castilla, y proclamada reina, abdicó á los pocos dias la corona en favor de su hijo Fernando, habido en su matrimonio con el rey de Leon, que acababa de entrar en los diez y seis años.

Fernando II de Castilla y III de Leon, cuyas virtudes le adquirieron el dictado de *el Santo*, subió al trono con universal aplauso de sus súbditos. Parecia que la prudencia y magnanimidad de su madre, el destierro

de la casa de Lara, y el derecho natural que tenia á la proteccion de su padre y vecino el rey de Leon, deberian asegurar la tranquilidad de su reinado; pero la ambicion sofocó hasta la ternura paternal misma, como lo habia previsto Alvaro de Lara refugiándose á la corte del rey de Leon. Este monarca, mas atento á su propio engrandecimiento que al deber, sofocando los gritos de la naturaleza, trató de aguar el júbilo y regocijos de la coronacion de su hijo, adelantándose con un vasallo rebelde hácia Burgos, al frente de un crecido ejército. Pero la fidelidad de la nobleza castellana, saliendo á la defensa de su monarca, hizo pasar á Alfonso por la mortificacion de haber de abandonar una empresa tan poco honrosa, y reconocerse de su pasado error. Solicitó la amistad de su hijo; mas apenas la obtuvo, cuando la rompió de nuevo haciendo una segunda tentativa, tan inútil como la primera. Ultimamente la muerte prematura de Alvaro de Lara, que hizo al rey de Leon entrar en sí mismo y deplorar su pasada conducta, libró á Fernando de un enemigo implacable, á quien sin embargo trató despues de muerto con tanta generosidad, que hizo que se celebrase á sus

espensas un funeral correspondiente á su nacimiento.

1219. Mientras tanto el arzobispo D. Rodrigo publicó una cruzada contra los infieles, y puesto al frente de ella les tomó algunas plazas, si bien la pérdida que experimentó delante de Requena le obligó á levantar el sitio que le habia puesto. Celebró entonces el rey su enlace con Doña Beatriz, hija de Felipe, duque de Suabia y emperador de Alemania; mas la hermosura y las gracias de esta princesa no le impidieron atender á los negocios del estado. Habiéndose apoderado de varias plazas de la Rioja su gobernador Rodrigo Diaz de Cameros, las recobró Fernando mediante cierta suma, perdonando ademas á este rebelde por intercesion de su madre Doña Berenguela. Despues de haber trasladado la universidad de Palencia á Salamanca, marchó de nuevo contra los infieles, y obligó al rey moro de Valencia y á otros gobernadores de la Andalucía, á que le rindiesen vasallage; tomó á Baeza y despues de diez campañas sucesivas en los reinos de Valencia, Murcia y Granada, volvió á Burgos colmado de gloria y de despojos. En esta ciudad recibió la triste nueva del fallecimiento

del rey de Leon su padre, que despues de haber vencido gloriosamente á los infieles en Mérida, habia muerto yendo en peregrinacion á Santiago. El testamento de Alfonso se resintió de su caracter inconstante y vario: despues de haber hecho reconocer en córtes por su heredero á Fernando, legó el reino á sus hijas del primer matrimonio con Doña Teresa de Portugal, Doña Sancha y Doña Dulce. Avanzó Fernando hácia Leon para asegurar sus derechos, y uniéronsele en el camino los nobles de Asturias y de Galicia, que celosos por el bien de la patria respetaron su primer juramento. La moderacion de aquellas princesas las indujo á renunciar sus pretensiones, poniendo de este modo término á la contienda. Esta reunion definitiva de los reinos de Castilla y Leon, bajo el poder de Fernando, fue el cimiento de la prosperidad y grandeza á que despues se elevó la España.

CAPÍTULO 22.

Fernando II de Castilla y III de Leon.

1230 Mas de quinientos años habian tras-

currido desde que los cristianos salieron de Asturias bajo la conducta de Pelayo á combatir á los infieles. El buen resultado de sus primeras expediciones los llenó de confianza, y la division que reinaba entre sus enemigos aceleró los progresos de sus armas. Los descendientes de aquellos guerreros árabes que habian venido á España bajo los estandartes de Tarik y Muza, habian perdido en el seno de los deleites, no solo su primitiva simplicidad, sino tambien el valor. Los límites del imperio musulman fundado por el fanatismo se habian ido estrechando insensiblemente, á medida de los progresos que hacian las artes y las ciencias. Cuando Fernando reunió los reinos de Leon y de Castilla, las posesiones de los moros reducidas á una parte de Andalucía, al reyno de Granada, y á las provincias de Valencia y Murcia, se veian frecuentemente atacadas por los naturales, á quienes podia decirse que habia pasado el entusiasmo y ardor que animaba á los primeros musulmanes.

Si se examina con ojos filosóficos el espíritu caballeresco, se verá que léjos de ser un capricho extravagante, como se ha querido decir con poco fundamento, no fue si-

no el resultado de los sentimientos mas nobles y generosos. El poder limitado de los monarcas no les permitía proteger á los débiles contra los insultos á que en medio de una guerra contínua estaban espuestos. Los robos y vejaciones inseparables de la anarquía que producía á cada paso el feudalismo, necesitaban un dique, y este solo podia oponerle el valor y la generosidad de algunos particulares poderosos, que uniendo sus esfuerzos ahuyentasen la opresion y la violencia. Semejantes virtudes, que solo pueden anidar en pechos nobles y magnánimos, acostumbrados por largo tiempo á mirar el punto de honor como el móvil principal de todas las grandes acciones, fueron las que dieron origen á las órdenes de caballería. No se admitieron en ellas en sus principios, sino á los hijos de familia que pudieron presentar cuatro cuarteles de nobleza pura y sin tacha; pero un simple caballero podia comunicar el caracter de que estaba revestido á quien le agradase. La ceremonia era en su origen simple y puramente profana. Al candidato, despues de una prueba preliminar, se le ceñía la espada y se le calzaban las espuelas, y luego se le daba un ligero golpe en la me-

jilla ó en el hombro, para recordarle que esta era la última afrenta que podia sufrir un caballero. Mas adelante acompañaron á estas ceremonias otras sagradas, pues los ministros de la religion bendecian la espada del caballero novel, precedian á su recepcion solemne vigiliass y ayunos, y se le armaba caballero en el nombre de Dios, de S. Jorge y de S. Miguel arcángel. Juraba llenar los deberes de su profesion, castigar la insolencia de los opresores, proteger y vengar á las mugeres, á los huérfanos y á los eclesiásticos, que no podian defenderse por la via de las armas, y reparar todo linage de agravios. El valor, la cortesía, la justicia y el honor, formaban las cualidades esenciales de los caballeros. Marchaban al campo de la gloria, acompañado cada uno de un escudero, joven de igual nacimiento, y aspirante á la misma dignidad que ellos, y llevaban ademas cuatro ó seis soldados. Peleaban á caballo y su arma ordinaria era la lanza. La religion, móvil principal de todos los grandes acontecimientos de aquel siglo, tuvo sobre esta institucion la mayor influencia: casi todos los caballeros de Europa pusieron su conato en la conquista de la Tierra Santa; pero los de España pu-

dieron ejercitar su valor sin salir de su casa.

Cuando Fernando subió al trono, se habían instituido ya varias órdenes de caballería en España, y entre ellas la de Santiago, fundada al fin del siglo XII bajo los auspicios de Alfonso III, y confirmada por una bula. Su objeto era el de oponerse á los enemigos de la religion cristiana y castigar á los perturbadores del orden público. Esta institucion no podia menos de ser bien recibida del pueblo, en un tiempo en que el pais indefenso se veía frecuentemente devastado por el enemigo, y afligido por el crecido número de bandidos que le infestaban. En el siglo siguiente eran ya tales las riquezas y la consideracion que habia adquirido esta orden, que el gran maestre de Santiago era despues del rey la persona mas poderosa y mas respetada de toda España. Los caballeros añadian á los votos de pobreza y demas que hacian, el de una obediencia implícita al gran maestre. La orden podia poner en campaña mil caballeros, que con las personas de su séquito formaban un cuerpo de caballería respetable. Esta orden habia acumulado, en menos de cincuenta años, ochenta encomiendas, doscientos prioratos y un

crecido número de beneficios. No es pues de extrañar que el mando de una fuerza tan considerable, el manejo de unos fondos tan crecidos, y la distribución de beneficios tan pingües, hiciesen al que disponia de todo esto casi tan temible á los enemigos como al rey mismo. Las órdenes de Calatrava y Alcántara, aunque no eran ni tan distinguidas, ni tan ricas como la de Santiago, no dejaban de ser numerosas, y de estar liberalmente dotadas. Cuando se limitaron á seguir estrictamente y en toda su pureza su primer instituto, sin tomar parte en la ambicion ó en los resentimientos de los grandes maestros, dieron á las operaciones del gobierno una fuerza y energía, que no pudieron resistir los musulmanes débiles y divididos.

1233. El genio activo y emprendedor de Fernando no le permitió permanecer largo tiempo en la inaccion. Despues de haber enviado contra los infieles un ejército al mando de su hermano el infante D. Alfonso y de D. Alvaro Perez, los cuales entrando por tierra de Córdoba llegaron hasta Sevilla, y destrozaron en una batalla á su rey Aben-Hut, se puso Fernando en campaña al año siguiente. Tomada Trujillo por el obispo de

Plasencia, y Montiel con otros pueblos inmediatos por el gran Maestro de Santiago D. Pedro Gonzalez, fue el rey con todo el ejército reunido á sitiarse á Ubeda, que se le rindió al fin despues de una vigorosa defensa. Acibaró el gozo de esta conquista la muerte de la reina Doña Beatriz, ocurrida en Toro. Sintióla Fernando en tal manera, que no pudieron distraerle del dolor por todo un año, ni los gritos de la gloria, ni los ecos marciales.

1236. Cediendo al cabo de este tiempo la afliccion del esposo á los deberes del Soberano, volvió Fernando á las armas, y marchó sobre Córdoba, en cuyas almenas, despues de seis meses de ataques y de refriegas enarboló la bandera de nuestro Redentor, ocupando el palacio del gran Abderramen, construido tres siglos antes. El tiempo y la razon templaron el dolor que habia derramado en el pecho de Fernando la muerte de Doña Beatriz, y al cabo de tres años la memoria de esta reina hizo lugar á los atractivos de una nueva compañera. Fue esta Doña Juana, hija de Simon, conde de Pontieu, cuyas gracias naturales realzaban hasta lo sumo la pureza de sus costumbres, y la dulzura de su caracter.

1238. Celebradas las bodas, se ocupó Fernando de los negocios del Estado; y habiendo sofocado la rebelion causada por D. Diego de Haro, perdonándole y restituyéndole á su gracia, tomó á Jaen, despues de un sitio de ocho meses, obligando á los reyes moros de Murcia y de Granada á que le rindiesen vasallage. Volvió luego su atencion sobre Sevilla, cuya adquisicion era de la mayor importancia, asi por su situacion, como por la fertilidad de sus campos y riqueza de sus producciones. Dos años de preparativos fueron necesarios para esta árdua empresa, en cuyo tiempo construyó el hábil marino Raimundo Bonifacio trece embarcaciones grandes, y un gran número de barcos pequeños. No se limitó el clero á bendecir este armamento, antes bien contribuyó á la destruccion de los enemigos de la cristianidad, cediendo gustosamente para ella, con la autorizacion del Pontífice, la tercera parte de las décimas eclesiásticas.

1247. Ancló Bonifacio con la flota de su mando en la embocadura del Guadalquivir, mientras que Fernando se ponía sobre Sevilla con un numeroso ejército, en el cual sirvió como auxiliar Haben-Halamar, rey de

Granada. Pasóse todo aquel año en escaramuzas y ataques parciales, en los cuales sin embargo se quebrantaron las fuerzas de los sitiados, que no podían reparar las pérdidas con la facilidad que los sitiadores. Pero á la primavera siguiente, derrotados ya por Bonifacio los bajeles africanos que defendían la entrada del río, y aumentado el ejército de Fernando con los refuerzos de su hijo el infante D. Alfonso, de D. Lope de Haro, y del arzobispo de Santiago, se estrechó el sitio. Rompiendo á poco tiempo la escuadra el puente de barcas, por el cual se comunicaba Triana con la plaza, hubo de capitular esta, á condicion de que saldrian de ella libremente los moros con todos sus efectos. Entró pues Fernando en Sevilla, dedicando toda su atencion á purificar las iglesias, y reparar los daños que habia causado en la poblacion el azote de la guerra.

1249. La toma de Sevilla facilitó al monarca castellano la conquista de todo el país comprendido entre esta ciudad y la embocadura del Guadalquivir, y le sugirió el proyecto de pasar al Africa. Pero mientras que se preparaba para esta gloriosa expedición, un nuevo ataque de la hidropesía que le

aquejaba hacia tiempo, le dió á entender que su fin se acercaba. Preparándose entonces para morir del modo que convenia á un rey tan grande como cristiano, encargó á su hijo y sucesor Alfonso que gobernase con dulzura y humanidad, despojóse de las insignias reales, mandó que no se le tratase ya como á rey, sino como á un humilde cristiano ocupado en reconciliarse con el Ser Supremo, y en estos piadosos sentimientos le entregó su espíritu en 30 de mayo de 1252. Fue sepultado en la iglesia catedral de Sevilla, donde existe, mirándole como santo desde este tiempo todos los pueblos de España; y fue canonizado en 1671 por el Papa Clemente X.

CAPITULO 23.

Alfonso el X.

Subió al trono Alfonso X con aplauso general del pueblo, que reconocia sus virtudes, la instruccion que tenia en las ciencias y bellas artes, y el amor y proteccion que las dispensaba, por cuya razon fue llamado *el Sabio*. Sin embargo sus pretensio-

nes á la Gascuña provocaron en el primer año de su reinado una ruptura por parte del rey de Inglaterra Enrique III; y á pesar de haberse restablecido la armonía entre los dos monarcas, por la mediacion de la corte de Roma y el casamiento de Leonor, hermana de Alfonso, con Eduardo hijo de Enrique, los vasallos del rey de Castilla no fueron mas felices durante la paz, pues hubieron de sufrir la carga de nuevos impuestos. La falta de fondos obligó á Alfonso á alterar el valor de la moneda, y á valerse de todos los medios para aumentarlos. El celo religioso podia aun hacer á sus súbditos soportar con resignacion las contribuciones que los agoviaban, como destinadas á la expedicion que meditaba contra los infieles del Africa; pero cuando vieron que Alfonso se proponia prodigar el fruto de los sudores de sus vasallos para sostener sus pretensiones á la dignidad imperial, se llenaron de indignacion y resentimiento. Conspiró contra él hasta su propio hermano D. Enrique, si bien derrotado por Nuño de Lara se refugió á Tunez, en donde vivió algunos años sin volver á España hasta el reinado siguiente. Trataba Alfonso de ha-

cer valer los derechos que tenia por su madre, hija del duque de Suavia, emperador de Alemania, á esta dignidad; y en tanto que tuvo dinero, no le faltaron amigos y partidarios. Pero la codicia de los príncipes alemanes agotó bien pronto sus tesoros, que hubieran sido mejor empleados en lanzar los moros de España, y la elevacion de Rodolfo de Hapsbourg al imperio desvaneció definitivamente sus esperanzas.

1261. Mientras que Alfonso se ocupaba en sostener estas pretensiones y cultivar las ciencias, formaban los moros el proyecto de una revolucion general, con tanto secreto, que su esplosion fue la primera noticia que tuvo de ella. Los principales motores eran Mahomet-Aben-Hut, rey de Murcia, y Mahomet-Alcadila-Alhamar, rey de Granada. Marchó Alfonso contra ellos auxiliado por su suegro el rey de Aragon, y los destruyó. A la campaña siguiente sitió á Jerez, que se le rindió por capitulacion, evacuando los habitantes de Bejar, Medina-Sidonia, Rota y S. Lucar estas poblaciones, y entregándose los de Lebrija y Arcos, á condicion de que se les dejase ir libremente donde quisiesen. Poniéndose entonces los alcaides de Málaga y

de Guadix bajo la proteccion del rey de Castilla, hubo de rendirle tambien vasallage de nuevo el rey de Granada. Mientras tanto, habiendo conquistado el rey de Aragon todo el reino de Murcia para Alfonso, le avisó que enviase á tomar posesion de él, y envió en efecto al infante D. Manuel, su hermano, para que le gobernase, espeliendo de él á los moros, y poblándole de aragoneses y castellanos.

1270. No fue tan puro el gozo que esperimentó Alfonso con el buen éxito de estas espediciones, que no lo enturbiase una poderosa liga formada en secreto contra su autoridad dentro de sus mismos estados. Las casas de Lara, Haro, Castro y Mendoza protegidas por el infante D. Felipe, clamaron contra los abusos del gobierno de Alfonso, que para aquietarlos ofreció convocar córtes, y darles satisfaccion en ellas. Empero los descontentos, no esperando de los estados una decision favorable, y no sintiéndose por otra parte con fuerzas suficientes para resistir á las del soberano en sus propios dominios, se retiraron á los del rey de Granada. Desde allí consiguieron entorpecer con intrigas y continuas incursiones por espacio de tres

años la marcha del gobierno de Castilla, desolando sus fronteras; y cuando cansados del destierro obtuvieron de Alfonso el perdón, miraron la clemencia del monarca como una nueva prueba de su debilidad.

1274. Apenas puede concebirse que un príncipe, tan ilustrado como lo era Alfonso, diese tanto valor á la dignidad del imperio de Alemania, que sacrificase al título vano y aéreo de emperador, no solo la gloria con que le convidaban en sus estados la poca union y quebrantadas fuerzas de los enemigos de la fé, sino tambien hasta la de regir estos estados mismos, á cuya conservacion y prosperidad habia sido llamado por el cielo. Sin embargo, no bastando á contener su hidrópico deseo, ni la eleccion de Rodolfo verificada en el año anterior, ni las amonestaciones del Papa, pidió á este una conferencia para tratar del negocio, y declarando en las córtes, que celebró en Toledo, por regente del reino á su hijo primogénito D. Fernando, pasó á visitar á aquel soberano.

Informado el rey de Granada de esta partida, solicitó y obtuvo sin dificultad los auxilios del rey de Marruecos Aben-Jucef,

que desembarcando al frente de diez y siete mil hombres escogidos en Tarifa y Algeciras, marchó con una parte de ellos sobre Córdoba, enviando la otra á Jaen para unirse con las tropas del rey de Granada. Nuño de Lara, gobernador de Écija, salió al encuentro á Aben-Jucef con poca gente y menos prudencia, y así fue derrotado y muerto. El infante D. Sancho, arzobispo de Toledo, que habia atacado con la misma temeridad las fuerzas de Granada cerca de Martos, sufrió la misma suerte. El ejército cristiano hubiera perecido sin duda, si no hubiese llegado oportunamente D. Lope Diaz de Haro con un gran refuerzo, con el cual recobró las cruces de arzobispo de que se habian apoderado los enemigos, y reuniendo las pocas tropas que habian quedado se retiró con ellas.

1275. El infante D. Fernando, que habia salido de Burgos á pequeñas jornadas para dar tiempo á que se le unieran los señores del país con sus gentes, apresuró la marcha con la noticia de esta derrota, y llegando á Ciudad Real le acometió una grave enfermedad que puso fin á sus dias. Su muerte abrió á su hermano D. Sancho la carrera de la

ambicion y de la gloria. Tomó el mando de las fuerzas reunidas de los cristianos, equipó una numerosa armada, amenazó los estados del rey de Marruecos, y obligó al rey de Granada á abandonar el sitio de Jaen. Los aplausos que merecieron sus primeras expediciones le hicieron concebir la lisonjera esperanza de empuñar un cetro, que por su tierna edad no podian disputarle sus legítimos sucesores los hijos de su hermano Fernando, que en efecto tuvieron que retirarse al año siguiente con su abuela Doña Yolanda á la corte de Aragon.

Estos acontecimientos obligaron á Alfonso, que estaba en Bocayre tratando con el Papa acerca de su malhadado imperio, á regresar á sus estados. Trasladado á Toledo, y reunidas córtes para tratar de la sucesion de la corona que reclamaba D. Sancho en su favor, declararon en efecto que le correspondia por haber fallecido su hermano mayor en vida del rey su padre.

D. Sancho, no menos idolatrado del ejército por su valor, que generalmente estimado por su liberalidad y profusion, adquirió nueva fama y nombradía con las ventajas que obtuvo en otra segunda expedicion con-

tra los moros de Granada. La prosperidad parece que es incompatible con la moderación, como se mostró en este príncipe, que no contento con haber usurpado á los hijos de su hermano mayor los derechos que tenían al trono, trató de sentarse en él en vida del rey su padre, hollando los sagrados deberes de hijo y de vasallo. Las necesidades del estado habian reducido á Alfonso á echar mano, con poca prevision á la verdad, de los medios mas violentos para remediarlas. La proposicion que hizo de alterar la ley y valor de la moneda, aunque consentida por las córtes celebradas en Sevilla, fue generalmente mirada como una infraccion manifiesta de la fé pública. El descontento que causó esta medida favoreció en gran manera las ambiciosas miras de D. Sancho, que convocando sus partidarios en Valladolid, y pintándoles con los mas negros colores la debilidad de Alfonso, y la deplorable situacion del estado, consiguió que le confiriesen la autoridad real, aunque bajo el modesto título de regente.

1282. Hallábase Alfonso en Badajoz cuando llegó á su noticia este atentado y la trascendencia que habia tenido, pues todas

las ciudades de Castilla y Leon habian abierto ya las puertas á su rebelde hijo, y reconocido su autoridad los reyes de Francia, Portugal y Aragon. En el acceso de la cólera acudió Alfonso á la corte de Marruecos á solicitar el apoyo de aquel monarca, que considerando la causa del príncipe cristiano como la de todos los reyes y de todos los padres, vino en su socorro con crecidas fuerzas. Uniéronse Alfonso y Aben-Jucef en los confines de Granada, y marcharon juntos á sitiar á Córdoba; mas no habiendo podido tomarla, se retiró el rey de Marruecos á Africa, y Alfonso desheredó á D. Sancho, fulminando contra él y sus partidarios maldiciones y anatemas que apoyó el Papa.

1283. Sintiéndose Alfonso enfermo poco tiempo despues, confirmó la exclusion de D. Sancho á la corona por medio de un testamento, en el cual instituia por herederos á los hijos de Fernando, llamado de la Cerda, por haber nacido con una en uno de los hombros, y en su defecto, y en el de sus descendientes, al rey de Francia. Procuró D. Sancho aplacar á su irritado padre, que enterado por D. Gomez Fernandez de su arrepentimiento y de la enfermedad que le te-

nia postrado en Salamanca, no solo olvidó la ingratitud de su hijo, sino que el sentimiento de la dolencia que padecía le llevó al sepulcro, perdonándole antes y retractándose de las maldiciones que le habia echado. Tenia este príncipe grandes talentos, penetracion extraordinaria, conocimientos vastos y superiores á su siglo, mucho valor y aventajadas prendas militares, y una bondad tan escesiva que le hizo incurrir en la nota de débil, que con harta severidad le echan en cara, particularmente nuestros historiadores. La España sin embargo le debe entre otras obras el código de las Partidas, empezado á redactar por S. Fernando, y la Europa las tablas Alfonsinas, monumentos que eternizarán su gloria.

CAPITULO 24.

D. Sancho IV, llamado el Bravo.

1284. Luego que D. Sancho supo la muerte de su padre, pasó á Toledo, en donde fue coronado por el arzobispo Gonzalez, marchando despues á Andalucía. El infante D. Juan, su hermano, á quien habia le-

gado Alonso por medio de un codicilo los reinos de Sevilla y Badajoz, quiso apoderarse del de Castilla; mas como viese que los señores se oponian, desistió de su intento y rindió homenaje á su hermano.

Las correrías que las tropas de Jucef hicieron entonces por los estados de D. Sancho, ofrecieron á este príncipe una nueva ocasion para desplegar el valor, que desde sus primeros años le habia grangeado el epiteto de *el Bravo*. Su flota, unida á otra de Génova, deshizo las escuadras de los moros en las costas de Africa, y Jucef, que sitiaba á Jerez, tuvo que retirarse precipitadamente á Granada.

1287. La prodigalidad que usó D. Sancho con la casa de Haro, acumulando en la persona de D. Lope puestos, títulos, honores y riquezas, dando á su hermano D. Diego el mando de toda la frontera de Andalucía, y casando con Doña María, hija de Don Lope, á su propio hermano el Infante Don Juan, fue un manantial de disturbios y calamidades para el Estado. Sucedió á tantos favores la desconfianza, como sucede de ordinario, pues la altanería y el escesivo poder del favorito, alarmaron al soberano. Don

Lope no vió en el llamamiento que hizo Don Sancho de D. Alvaro de Lara, enemigo hereditario de la casa de Haro, y en la confianza con que le honró, mas que los anuncios precursores de su propia caída; y lejos de esmerarse en conservar el favor del soberano por su porte respetuoso, tuvo la loca presuncion de aspirar á sostenerlo por la vía de las armas.

Halló un apoyo en su yerno el infante D. Juan, que procuraba reunir sus partidarios en la frontera de Portugal, para sostener sus derechos á la herencia que su padre le habia dejado, mientras que D. Lope llamaba en Castilla á las armas á sus numerosos vasallos. Parecia que los conspiradores habian tomado todas las medidas necesarias para asegurar el buen éxito de su empresa; mas antes de esgrimir las armas, tuvieron una conferencia con el monarca en Alfaró. Pidió este á D. Lope que evacuase las ciudades de que se habia apoderado por la fuerza ó por la intriga, y tuvo la avilantez de contestar echando mano á la espada. Un ultrage de esta naturaleza no podia quedar impune: los que acompañaban al rey vengaron la dignidad del soberano ofendida, lavando el des-

acato con la sangre del que le habia cometido. Respetó Sancho la de su cómplice el infante D. Juan, limitándose á asegurar su persona.

Pusieron las suyas en cobro el hijo y hermano de D. Lope retirándose al Aragon, á cuyo monarca pudieron inducir á que sostuviese el partido de los infantes de la Cerda, mientras que la mayor parte de la Andalucía, arrastrada por la influencia y los manejos de D. Diego, se declaraba en favor de los pretendientes.

1288. Entró el rey de Aragon con un crecido ejército en Castilla; pero obligado á retirarse por algunos alborotos de su reino, y por temor de D. Sancho, llegó este con sus tropas hasta las riberas del Ebro desolándolo todo. Habíanse declarado los de Badajoz por los infantes de la Cerda; y sitiados por D. Sancho, se rindieron á condicion de que se les salvase la vida; mas los soldados luego que entraron en la ciudadela, pasaron la guarnicion á cuchillo.

1292. Volviendo D. Sancho despues sus armas contra los infieles, derrotó nuevamente con las escuadras combinadas de Castilla y Génova la flota africana, apoderándose

de Tarifa al cabo de un largo y penoso sitio. Las prendas militares de este monarca hubieran sido de grande utilidad para sus súbditos, si las disensiones civiles no hubiesen alterado la paz interior del reino.

Cuatro años de reclusion, lejos de templar el ambicioso espíritu de D. Juan, no hicieron mas que irritarle. Apenas habia recobrado su libertad, cuando la memoria de la pérdida de ella sofocó la que debia conservar eternamente por la generosidad con que D. Sancho le habia perdonado la vida. Renovando pues sus intrigas, pudo D. Juan reunir un gran número de aventureros, y ponerse al frente de ellos, si bien derrotados por D. Sancho, obtuvieron de su magnanimidad un perdon que no merecian. Procuró D. Juan refugiarse á Lisboa, pero privado de este asilo por las reclamaciones de Don Sancho, y por la política del rey de Portugal, pasó á implorar la proteccion del rey de Marruecos, ofreciéndole que si le daba algunas fuerzas le entregaría á Tarifa. Vino en ello el monarca africano, y sitió D. Juan á Tarifa, que defendió con heróica intrepidez su gobernador Alonso Perez de Guzman. Desesperando ya de tomarla, hizo el infante

que le trajesen un niño hijo de Guzman, que se estaba criando en uno de los pueblos vecinos, y presentándose con él delante de las murallas, intimó á su padre que le daría muerte si no le entregaba la plaza. El magnánimo Guzman protesta que nada será capaz de apartarle de la fidelidad que debe á su soberano, y aquel monstruo empedernido hizo degollar el niño á la vista del desventurado autor de sus dias. Si esta atrocidad es un borron para el nombre español, la fidelidad heróica de Guzman, única en la historia, es un timbre de que solo puede gloriarse la España.

1294. Vino entonces D. Sancho al socorro de Tarifa, y D. Juan, precipitando su retirada, justificó la opinion generalmente recibida de que la cobardía y la crueldad son dos vicios que van casi siempre unidos. Al año siguiente enfermó D. Sancho, y nombrando por heredero á su hijo primogénito D. Fernando, y por gobernadora de los estados á la reina Doña María su madre, hizo que la reconociesen y jurasen fidelidad en su presencia el infante D. Enrique su tio, vuelto ya de Africa, y los demas señores, y falleció de allí á pocos dias en Toledo.

CAPITULO 25.

D. Fernando IV el Emplazado.

1295. Una nobleza belicosa y turbulenta, avezada á oponerse á la autoridad de un príncipe firme y esforzado, no era fácil que se sometiese espontáneamente á la de un tierno infante como D. Fernando IV, que apenas contaba diez años, ni al gobierno de una muger sin esperiencia. Sin embargo, Doña María reunia prendas muy eminentes, y sus súbditos tuvieron mas de una ocasion para admirar su política, y aplaudir su magnanimidad y su prudencia. D. Juan, á pesar del horror que habia inspirado á los moros con la atrocidad cometida en el tierno hijo de Guzman, halló en ellos un apoyo para renovar sus antiguas pretensiones. La reina, no obstante, restituyéndole los bienes y honores de que habia sido despojado en el reinado anterior, le hizo entrar en su deber y reconocer el nuevo soberano. Detuvo además los preparativos hostiles del rey de Portugal, cediendo las plazas fronterizas que reclamaba, y por medio de una transaccion pudo reconciliar las casas de Haro y de La-

ra, que habian suspendido su hereditaria enemistad para unirse contra la autoridad del monarca, y atraerlas á la sumision debida. Doña María, sacrificando los dominios y estrechando los límites del imperio de su hijo, no tuvo mas objeto que el de mantener la tranquilidad, satisfaciendo los impulsos de su corazon humano y compasivo, puesto que mirando con indiferencia sus propios derechos, á trueque de no encender una guerra civil, resignó el título y poder de regenta que obtenia, no solo por el testamento de su marido, sino tambien por el voto de las córtes, en un nuevo pretendiente. Era este el infante D. Enrique, el cual, segun queda dicho, habia conspirado contra su hermano D. Alfonso el Sabio. Los castellanos olvidando este atentado, espiado en parte por tantos años de padecimientos, no vieron en Enrique mas que el hijo de San Fernando, cuyas virtudes recordaban aun con veneracion, y sostuvieron con calor sus pretensiones á la regencia. Cedió Doña María de su derecho, como se ha dicho, por no fomentar una rivalidad que podia ser perjudicial á los intereses de su hijo, y solo se reservó el cuidado de su educacion y persona.

1296. Vióse antes de mucho tiempo el trono conmovido hasta en sus propios cimientos, por la secreta y formidable liga tramada por los reyes de Francia, Aragon y Portugal, para sostener los derechos de Don Alfonso de la Cerda, los cuales favorecia igualmente el rey de Granada, creyendo sacar partido de estas disensiones. Entró tambien en esta confederacion el Infante D. Juan, halagado por la esperanza de obtener los reinos de Galicia y de Leon en recompensa de su perfidia, y la casa de Lara por vengar la preferencia que habia dado la corte á la de Haro. Llegaron á conocimiento de la reina y del regente los designios de estos revoltosos, al mismo tiempo que la noticia de hallarse en poder de D. Juan los reinos de Leon y de Galicia, y de haber sido proclamado en Sahagun rey de Castilla D. Alfonso de la Cerda por los ejércitos de Aragon y de Portugal. Pero lejos de marchar sobre la capital, Alfonso, mal aconsejado, se detuvo á sitiar á Mayorga, ocupada por las tropas de la reina, y la vigorosa defensa que hicieron estas, unida á la epidemia que sobrevino, le hizo abandonar la empresa. D. Juan despues de la posesion momentánea de Leon

y Galicia, perdida la esperanza de entrar triunfante en Burgos, se fue con D. Juan de Lara á unir con el rey de Portugal que habia tomado algunas plazas.

El infante D. Enrique, que se hallaba en Andalucía defendiendo esta provincia contra los moros, acreditó con una dolorosa experiencia, cuán poco digno era del difícil y honroso puesto que habia usurpado. Destruído en la primera batalla, hizo la paz con el enemigo á tan duras condiciones, que la reina no quiso ratificarlas, prefiriendo el éxito eventual de la guerra á una paz ignominiosa y cierta.

El rey de Aragon, reparadas las fuerzas de su ejército, entró en Murcia, y se apoderó de Alicante y algunos otros pueblos. Al año siguiente se concluyó la paz á condicion de que el rey D. Fernando se habia de casar con Doña Constanza, infanta de Portugal, y Don Alfonso con Doña Beatriz, infanta de Castilla. El rey de Granada llegó hasta las puertas de Jaen y quemó los arrabales; pero no pudiendo tomar la ciudad, se retiró despues de haberse apoderado de Quesada.

1300. Si las miras de la reina no hubiesen sido contrariadas por los manejos de los

revoltosos, hubiera hecho con su moderacion y prudencia la felicidad de sus pueblos. Para disipar la tempestad que movian contra ella sus enemigos, apeló á la nacion, y dando cuenta de sus operaciones en las córtes de Valladolid, fueron unánimemente aprobadas y aplaudidas, con lo cual intimidado el infante D. Juan abandonó la vana esperanza de reinar en Leon y Galicia, y renovó el juramento de fidelidad al monarca de Castilla. Parecia haber llegado el momento en que sosegadas las facciones que habian agitado el reino, pudiese Doña María restablecer la gloria del pais, enseñando á su hijo joven y sin esperiencia el modo de contener á sus enemigos y labrar la prosperidad de sus súbditos; mas algunas disensiones que amenazaban la Castilla por la parte de la Navarra, llamaron la atencion de esta señora, que con su prudencia pudo disiparlas. A su vuelta vió con harto dolor que las pérfidas suggestions del infante D. Juan, y de la casa de Lara, le habian enagenado el corazon de su hijo, induciéndole á desconfiar de su propia madre, y arrastrándole á declarar que estaba resuelto á tomar las riendas del gobierno. La multitud, amiga siempre de innova-

ciones, aplaudió esta presuntuosa medida, y los favoritos procuraron deslumbrar al pueblo, celebrando con la mayor pompa y magnificencia el concertado enlace del rey con la infanta de Portugal Doña Constanza.

1305. Si la dulzura natural de la reina no la permitia contrastar abiertamente y por la fuerza la voluntad de su hijo, tampoco la dejaba la ternura maternal permanecer tranquila espectadora de las imprudencias que cometia: así que procuró ayudarle con sus consejos, si bien fueron desechados, y hubo de pasar por la amargura de ver á su hijo tomar al rey de Portugal por árbitro de sus diferencias con el de Aragon. La decision de la corte de Lisboa fue favorable á este último, pues ademas de haber señalado el Jucar por límite entre los reinos de Castilla y Aragon, quedó á favor de este Alicante y otras plazas al norte de dicho rio.

Aunque la muerte del infante D. Enrique, ocurrida poco tiempo antes, habia libertado á Fernando de un rival inquieto y peligroso, quedaban aun los infantes de la Cerda, cuyas pretensiones eran un manantial perenne de discordias. Para apaciguarlas, cedió el rey de Castilla al primogénito D. Al-

fonso varios pueblos hasta completar la renta de cuatrocientos mil maravedis, y señaló á su hermano D. Fernando la de infante de Castilla, con lo cual le prestaron entrambos el debido homenaje. Estas concesiones alentaron á las casas de Haro y de Lara para suspender de nuevo una enemistad hereditaria, y unirse contra el monarca. Ganó Fernando á la primera haciendo donacion á D. Diego de la provincia de Vizcaya por sus dias; pero la familia de los Laras conservó su independencia á mano armada, y atrajó á su partido al infante D. Juan, al cual abandonó poco tiempo despues. Este príncipe no sacó de su rebelion mas ventaja que el oprobio de haber vendido á su monarca, mientras que los Laras obtuvieron en recompensa de su perfidia el perdón y la gracia de Fernando.

1309. Sin embargo, reconciliándose con D. Juan por mediacion de la reina, aprovechó este momento de tranquilidad para marchar contra los moros, tomó á Gibraltar, y fue á sitiar á Algeciras, que hubiera tomado sin duda, si el infante D. Juan no se hubiese retirado con sus tropas, induciendo con su pernicioso ejemplo á otros muchos señores á imitarle. No hallándose el rey en estado de continuar

la guerra, aceptó la paz que le ofreció el de Granada con la cesion de las plazas de Bezmar y de Quesada, y una gran suma de dinero.

1310. Habia ofendido el infante D. Juan tantas veces la magestad del soberano, y abusado de su generosa piedad tan frecuentemente, que Fernando, olvidando en un momento de cólera lo que á su propia dignidad debia, resolvió librarse de él por un medio que repugna á la humanidad y á la justicia. Sabiendo que venia á Burgos, apostó gentes armadas en el camino para asesinarle; pero avisado por la reina de esta horrible trama, no solo pudo evitarla, sino que la indignacion que causó su publicidad aumentó el número de sus partidarios. Esto no impidió que al año siguiente se reconciliase D. Juan con el rey, que deseoso de continuar la guerra contra los infieles, levantó tropas en las fronteras de Andalucía, con las cuales su hermano el infante D. Pedro puso sitio á Alcaudete. Acababa de suceder en Granada una revolucion, cuyo resultado fue el de arrojar del trono á Mahomet-Aben-Alhamar, substituyendo en su lugar á su hermano Mahomet-Nazar-Aben-Lemin. D. Fernando pasando al

ejército, hizo prender á D. Pedro y D. Juan de Carvajal, como culpables del asesinato cometido en Palencia en la persona de D. Juan Alfonso de Benavides al salir de palacio; y sin preceder proceso, ni forma alguna judicial, los hizo precipitar de una roca escarpada. Los dos hermanos, á cuyas protestas de inocencia y ofertas de justificarla no habia querido el rey dar oídos, le citaron para ante el tribunal de Dios dentro de treinta dias. Falleció en efecto Fernando en el mismo dia en que espiraba este término, y por esta razon se llamó *el Emplazado*.

CAPITULO 26.

D. Alfonso XI.

1312. Las mismas turbulencias que habian agitado el reino en la menor edad de Fernando, se renovaron con mayor animosidad y encarnizamiento en la de su hijo y sucesor D. Alfonso, que no contaba aun tres años cuando fue reconocido con el nombre del XI. Habiendo rehusado su abuela Doña María la regencia, se la disputaron entre sí con calor sus tios D. Juan y D. Pedro, hermanos

del monarca difunto, y al cabo la ejerció cada uno en las ciudades en que quisieron reconocerlos, segun se estableció en las córtes de Valladolid, encargándose la reina de la educacion del príncipe.

1320. Las fuerzas de Granada, que aumentadas con los socorros de los moros de Fez amenazaban á los cristianos, unieron las de los dos regentes, haciendo olvidar á Don Juan la envidia con que miraba á su hermano, por el buen éxito que habia tenido anteriormente en sus espediciones contra los infieles. Juntáronse los dos ejércitos en Baena, y entraron por tierra de Granada hasta la capital, desolándolo todo. Mandaba las fuerzas de los moros Ofmin, no menos prudente que esforzado, y no se detuvo en presentar la batalla á los cristianos. Tampoco nos detendremos en referirla menuda y circunstanciadamente, pues al cabo fue fatal para los estandartes de la fe, pereciendo en ella los dos infantes con la mayor parte de los suyos, á pesar de haber peleado todos con valor y denuedo. Apoderáronse los vencedores de Huesca y otras plazas, desolaron las cercanías de Jaen, y tomaron de asalto á Martos.

La muerte de los regentes dió lugar á

que aspirasen á esta dignidad, y la disputasen con el mayor furor, el infante D. Felipe, tío del rey; D. Juan Manuel, casado con una hija del rey de Aragon; D. Juan, hijo del regente del mismo nombre, llamado *el Contrahecho*, y por último D. Fernando de la Cerda.

No pudiendo la reina con toda su madurez y prudencia mitigar la ira y rencor con que cada uno de los pretendientes sostenía sus derechos, les insinuó que por medio del Legado del Papa, que habia venido á pacificarlos, les haria saber su resolución. Mas su salud estaba algo delicada para poder resistir tantas inquietudes y disgustos, y hubo de sucumbir á ellos terminando sus dias, con no poco sentimiento de todas las gentes que conocian sus prendas y virtudes. Hasta los partidos mismos pagaron el debido tributo de veneracion á la memoria de esta virtuosísima princesa, suspendiendo las armas por aquel año.

1323. Empero al siguiente, sin miramiento alguno por las censuras del Vaticano, ni detenerse en los medios de hacer valer sus pretensiones, apelaron al fraude y á la violencia, sembrando por todas partes la calamidad y el desorden. D. Juan *el Contrahe-*

cho y D. Fernando de la Cerda abandonaron sus designios, y se unieron á D. Juan Manuel, para impedir que los derechos naturales de D. Felipe prevaleciesen sobre los de sus competidores. En el espacio de trece años, contados desde el fallecimiento de Fernando IV, pasó el reino de Castilla y de Leon por todas las calamidades inseparables de la anarquía; pero durante este tiempo se habia madurado el juicio de Alfonso aun mas de lo que su edad permitia. Luego que cumplió tres lustros, declaró que estaba resuelto á romper los grillos que habia arrastrado hasta entonces, y ejercer por sí solo la régia autoridad. Las turbulencias del estado favorecian su intento, y así las córtes reunidas en Valladolid reconocieron su soberanía.

Si esta medida desbarató por entonces las esperanzas de los facciosos, no tardó mucho tiempo D. Juan Manuel en retirarse de la corte y atraer á su partido á D. Juan *el Contrahecho*, proponiéndole el matrimonio con su hija Doña Constanza para estrechar mas su union. Procuró Alfonso desbaratarla, dando á entender que intentaba casarse con Doña Constanza; con lo cual loco de contento D. Manuel, volvió á la corte, y se mostró muy celoso en servicio del monarca.

1324. Entre los desórdenes á que la division y animosidad de los partidos habia dado margen, ninguno exigia mas pronto remedio que el de las cuadrillas de bandidos que infestaban el pais. Marchó Alfonso contra ellas, recorriendo con un cuerpo de tropas escogidas las provincias, persiguiendo por todas partes á los foragidos, y condenándolos á muerte en el acto mismo de aprehenderlos: severidad, que por mas contraria que parezca á las fórmulas protectoras de la justicia, era necesaria en aquellas circunstancias. La compasion, que suele ser un mérito en los particulares, no siempre sienta bien á la justificacion de los reyes; y la indulgencia con los culpables rara vez deja de ser un insulto hecho á la inocencia. Los perturbadores que pudieron evitar el castigo del monarca, hallaron un asilo en D. Juan el Contrahecho, que reforzado con el crecido número que se alistó bajo su estandarte, trató de contrarestar el poder de Alfonso, negociando con las córtes de Aragon y de Portugal, y apremiando á D. Alfonso de la Cerda para que hiciese revivir sus pretensiones á la corona. No fueron tan secretas estas intrigas que pudiesen ocultarse á la pene-

tracion de Alfonso, el cual, despues de haber tentado inútilmente todos los medios que podia sugerirle la generosidad para atraer á D. Juan á su deber, resolvió deshacerse de él de un modo poco honroso á la verdad, pero seguro. Propúsole su hermana Leonor en casamiento, y vino D. Juan á Toro; mas apenas habia entrado en el palacio del rey, cuando unas gentes que estaban allí apostadas le mataron á puñaladas con otros dos señores que quisieron defenderle. El rey declaró al dia siguiente que él le habia hecho dar muerte por rebelde y perturbador de la tranquilidad del estado: confiscó sus bienes, apoderóse de las plazas que tenia, y por último compró á su madre el señorío de Vizcaya, que desde entonces quedó agregado á la corona para siempre. Receloso D. Juan Manuel de correr la misma suerte que Don Juan el Contrahecho, hizo la paz con el rey de Granada, sobre el cual acababa de obtener una victoria, y encerróse en la fortaleza de Chinchilla, resuelto á defenderse en ella á todo trance, antes que ponerse en las manos de un rey que cometia tales atentados.

1326. Alfonso, vigilante siempre, y siem-

pre infatigable, pasó al año siguiente á Segovia á castigar una rebelion que habia habido dos años antes, y de allí á Madrid, en donde falleció el infante D. Felipe que le acompañaba. Pasando de aqui á Toledo, supo que D. Juan Manuel fomentaba sediciones, y le privó del cargo de adelantado del reino de Murcia, que habia heredado de su padre. Despues derrotó la flota de los moros que habia salido de los puertos de Africa; y como D. Juan Manuel tratase de levantar el reino de Murcia, le despojó de todos sus cargos, y puso en seguridad á su hija Doña Constanza. Irritado con esto el padre, entró haciendo destrozos en los estados de Castilla con los auxilios que le prestó el rey de Aragon, declarándose en su favor el prior de S. Juan, y haciendo que se rebelasen contra el rey las ciudades de Toro, Zamora y otras, bajo el pretesto de que se dejaba gobernar por D. Alvaro Nuñez Osorio, á quien habia hecho poco antes conde de Trastamara.

Pasando Alfonso desde Córdoba á Sevilla con su ejército, hizo decapitar á D. Juan Ponce de Cabrera, y otros cómplices con él en una sedicion que habia habido en su me-

nor edad, y despues pudo separar á D. Alfonso, nuevo rey de Aragon, del partido de D. Juan Manuel, y tomó la plaza de Escalona. Su gran canciller Garcilaso de la Vega, en cuyas manos habia puesto el gobierno de Soria, fue asesinado con otros veinte y cuatro señores de su séquito estando oyendo misa. Enviando en este tiempo Alfonso á buscar á su hermana Doña Leonor á Valladolid, para que asistiese á sus bodas con Doña María, infanta de Portugal, se sublevó aquella ciudad, por haber corrido la voz de que el rey queria casar á su hermana con el conde de Trastamara. Para haber de apaciguar la insurreccion, fue preciso que Alfonso separase de su lado á este favorito, el cual resentido se retiró al castillo de Belver, rebelándose contra su rey y bienhechor. Pagó bien cara su ingratitude, pues Juan Ramirez, fingiéndose agraviado por el rey, se acogió al conde, y le mató á puñaladas. Apaciguada la Castilla, hizo el monarca la paz con el rey de Aragon, dándole á su hermana Doña Leonor en matrimonio, y vengó la muerte de Garcilaso de la Vega, haciendo un castigo ejemplar en los asesinos á su paso por Soria. A pesar de los actos de despotismo, de que

se puede hacer cargo á Alfonso, es preciso confesar que obró siempre mas bien por amor de la gloria que por espíritu de venganza. Ofreció aun al rebelde D. Juan Manuel el perdón y la restitucion de sus bienes, exhortándole á que abrazase la causa comun, y se reuniese á él para marchar contra los infieles, mas nada pudo conseguir. Preparándose entonces para acometer á los moros, el rey de Granada, creyendo mas prudente prevenir por medio de una sumision una guerra que podria destruir todo su poder, rindió vasallage á Alfonso, ofreciéndose á pagar un tributo anual de doce mil piezas de oro. Este tratado, sugerido por el temor, no fue de larga duracion. El rey de Granada, coligado con los moros de Africa y con D. Juan Manuel, puso sitio á Gibraltar de allí á poco tiempo.

1332. Mientras tanto habia corrompido D. Juan la fidelidad de la casa de Lara, de modo que Alfonso se vió casi sin recursos, en el momento en que mas los necesitaba para oponerse á la invasion de los infieles, que habian puesto sitio á Gibraltar, como acaba de decirse. Marchó Alfonso al frente de sus tropas á socorrer esta plaza,

y fue invitado en el camino á una entrevista con los señores que tan ofendido le tenían. Desechando todo recelo entró en Berril, y su grandeza de alma intimidó á los rebeldes, que despues de un festin, á que asistió el rey, entregándose sin reserva alguna al regocijo, ofrecieron entrar en su deber, mediante una suma de dinero que les prometió el monarca. Alfonso cumplió sus promesas, pero D. Juan Manuel no se avergonzó de quebrantar las suyas, empleando el dinero que habia recibido en fomentar nuevos disturbios, y levantar gente para oponerse al soberano.

Quando llegó este á Gibraltar estaba ya en poder de los enemigos; y aunque intentó recobrarla, hubo de abandonar la empresa para atender á la quietud de sus estados. La rebelion habia contagiado la casa de Haro, que uniéndose á la de Lara y á D. Juan Manuel, sembraba por las fronteras de Castilla la desolacion y el desorden. El rey, para librar á sus subditos de este azote, se vió precisado á transigir con los moros, dejándolos en posesion de Gibraltar, y relevando al rey de Granada del tributo que le pagaba. Huyeron los rebeldes al aproximarse el

monarca, que se apoderó de la Vizcaya, y sorprendiendo en su mismo castillo á D. Juan Alfonso de Haro, le hizo quitar la vida. Don Juan de Lara, escarmentado en cabeza ajena, entró en servicio del rey, cediéndole la Vizcaya con muchas plazas.

1335. Hizo lo mismo al año siguiente D. Juan Manuel, y fue tratado del monarca con tanta indulgencia, que facilitó el matrimonio de su hija Doña Constanza con el infante D. Pedro de Portugal. Presentóse entonces un nuevo enemigo por la parte de Navarra, pues el virey con pretesto de vengar algunas injurias de los castellanos, entró por Tudela en los estados de Castilla. Envió Alfonso contra él á D. Martin Fernandez Portocarrero, y habiéndole derrotado, se hizo la paz de allí á poco por la mediacion del rey de Francia.

1336. Condenado Alfonso á no tener un momento de tranquilidad, y noticioso de que D. Juan Manuel y D. Juan de Lara habian formado una nueva conspiracion, protegidos por el rey de Portugal, irritado de esta nueva perfidia los delató á las córtes, que los declararon rebeldes y traidores, y concedieron subsidios al rey para que los per-

siguiese hasta esterminarlos. Sitiado D. Juan de Lara en Lerma, propuso al monarca que entregaria la plaza, conservándole la vida á él y á toda su gente; y otorgado, fue restituido en su antigua dignidad, y permaneció fiel al soberano por el resto de sus dias.

Siguió su ejemplo D. Juan Manuel, y apagada la guerra, que sus manejos habian encendido entre el Aragon y el Portugal con la Castilla, pudo Alfonso oponerse á los progresos de los infieles de Africa y de Granada.

1339. Desplegó en Sevilla el estandarte real, y las facciones, que por tanto tiempo habian afligido al Estado, marcharon contra el enemigo comun con una emulacion tan noble como generosa; pero forzado el ejército á retirarse por falta de subsistencia, fue atacado por los mahometanos de Ronda, sobre los cuales cayeron con tal ímpetu y valor D. Juan Manuel, D. Juan de Lara y el gran maestro de Santiago, que los hicieron pedazos. Abul-Malik, hijo y heredero del rey de Marruecos, que mandaba las tropas infieles, quedó en el campo de batalla.

Parecia que todo estaba tranquilo, cuando el gran maestro de Alcántara se rebeló contra el rey, y pagó con su cabeza la obs-

tinacion en no reconocer su falta y entrar en la debida obediencia. Mientras tanto el rey de Marruecos, levantando nuevas tropas, vino á España con una poderosa flota, deshizo la del almirante que intentó disputarle el paso, y uniendo sus fuerzas con las de Granada sitió la plaza de Tarifa. Tuvo Alfonso que invitar á la corte de Lisboa á la defensa de la cristiandad, y el rey de Portugal, apresurándose á tomar parte en tan justa causa, vino á Sevilla al frente de sus mas escogidos guerreros, y marchó con Alfonso al socorro de Tarifa. Introducidos en la plaza en una noche mil caballos y cuatro mil infantes del ejército cristiano, atacó el resto al dia siguiente á los sitiadores. Cayó Alfonso sobre los numerosos escuadrones de Marruecos en las llanuras del rio Salado, mientras que el rey de Portugal marchaba contra los de Granada; y despues de un reñido y sangriento combate de muchas horas, se declaró la victoria en favor de los cristianos. El rey de Marruecos huyó precipitadamente, y se embarcó en Algeciras para el Africa; y el de Granada se refugió á su capital.

Ofreció Alfonso á su aliado los ricos des-

pojos ganados en esta batalla; pero el rey de Portugal los rehusó con tanta generosidad, que fue preciso obligarle, bien á su pesar, á que recibiese algunos prisioneros, y varios objetos de gusto y curiosidad. La conducta noble y desinteresada de este monarca hizo una impresion muy profunda en el pecho de Alfonso. Su vida privada habia sido hasta entonces menos pura que su vida pública. Como su matrimonio con la princesa de Portugal habia sido dictado por el interés mas bien que por el amor, el monarca castellano hacia largo tiempo que estaba apasionado de Doña Leonor de Guzman, viuda de D. Juan de Velasco, en la cual tenia algunos hijos, y cuya hermosura y amabilidad disculpaban hasta cierto punto este extravío tan frecuente en aquellos tiempos.

La gratitud al cielo con que Doña Maria habia proporcionado á Alfonso los auxilios de su generoso padre en los momentos mas críticos, suplió por el amor, y la religion esforzó la resolucion que tomó el monarca castellano de renunciar á Leonor, y vivir de allí en adelante en buena union con su legitima compañera.

1341. Levantado el sitio de Tarifa, asoló Alfonso con su ejército las fronteras de Granada, tomó á Alcalá, Molina y otras plazas, y al año siguiente, despues de haber sido derrotada la escuadra de los moros por la de Aragon y la de los aliados, pasó á poner sitio á Algéciras. Toda la Europa fijó la atencion en esta empresa, tanto mas árdua, quanto la solidez de los muros de esta plaza y una guarnicion numerosa la hacian casi inexpugnable. El estrépito de la artillería, que se oyó entonces por primera vez en España, llenó de espanto á los sitiadores; pero estos, pasado el efecto de la primera descarga que fue terrible, temieron menos el mortífero fuego del cañon, que la hambre que los amenazaba. Seis meses de sitio habian puesto á prueba la paciencia de los auxiliares, y agotados los almacenes de víveres empezaba ya á sentirse el hambre en el campo. El rey para satisfacer á las demandas de los aliados y remediar la necesidad de sus tropas, envió su bajilla y la de otros señores á Sevilla con orden de convertirla en moneda corriente, aumentando el valor que tenia. El celo de las principales ciudades paralizó este ruinoso proyecto,

haciendo al rey cuantiosos donativos: enviáronle igualmente socorros pecuniarios el Papa y el rey de Francia, el de Navarra vino á ayudarle con sus tropas, y muchos señores ingleses y franceses acudieron á participar del peligro y de la gloria de la empresa. Continuó el sitio hasta el año siguiente, que vencidos los moros en una fuerte refriega entregaron la plaza, saliendo libres la guarnicion y los habitantes, y haciendo treguas con Castilla por diez años los reyes de Granada y de Marruecos.

1344. Los grandes hechos de Alfonso le grangearon los aplausos no solamente de sus súbditos, sino tambien de sus enemigos; pero su desmedida ambicion de gloria fue muchas veces nociva á la tranquilidad del estado. Cuatro años de paz apenas habian cerrado las llagas abiertas por la guerra, y los castellanos gemian todavia bajo el azote de la peste y del hambre, cuando el rey hizo desplegar su estandarte, llamando á sus guerreros á nuevas espediciones. No pudiendo recordar sin indignacion la pérdida de Gibraltar, que en su reinado habia pasado de sus manos á las de los moros, marchó á embestir esta plaza. Despues de un año de si-

tio, cuando trataban ya los moros de capitular, una peste que sobrevino en el campo de los sitiadores mudó el semblante de las cosas. Alfonso, por mas que los señores de su séquito le conjurasen á que se retirase del cerco, se obstinó en permanecer en él, y atacado del mortífero contagio falleció en medio de las lágrimas de todo el ejército. Tal fue el fin de Alfonso XI, el mas acreedor entre los sucesores de Fernando *el Santo* á nuestra admiracion. Las turbulencias que agitaron su reinado contribuyeron en algun modo á su gloria. Su vigor abatió las facciones que intentaban poner trabas á la autoridad regia, y su esfuerzo escarmentó á los enemigos exteriores, que á favor de la anarquía y del desorden habian intentado invadir sus dominios. Dificil sería justificar á Alfonso en punto á los medios de que se valió para deshacerse de D. Juan *el Contrahecho*; pero tampoco se podrá aplaudir nunca bastante la confianza que mostró á D. Juan Manuel, ni la clemencia que usó con D. Juan de Lara. Parece que la pasion dominante de este monarca fue la de adquirir reputacion de gran guerrero, pues sacrificó á ella su propia vida, en el momento en que podia hacer

la suerte de sus súbditos venturosa. Últimamente, su pasión por Doña Leonor de Guzman es la única flaqueza de esta especie que se le puede echar en cara. Un hijo llamado D. Pedro, conocido despues por el nombre de *el Cruel*, fue el único fruto de su matrimonio con Doña María de Portugal; pero tenia de Doña Leonor de Guzman cuatro hijos, llamados D. Sancho, D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello.

CAPITULO 27.

D. Pedro el Cruel.

1350. Heredó el trono de Alfonso, mas no las virtudes; su hijo D. Pedro, que contando solos diez y seis años, no tardó mucho tiempo en adquirir por sus hechos el infausto epiteto de *el Cruel*.

Bien quisiera yo pasar en silencio este reinado, para no angustiar el tierno corazón de mis lectores jóvenes; mas ya que la dignidad de la historia no permita paliar los vicios de los personajes ilustres, cuyas acciones influyen tan directamente en la suerte de los imperios, procuraré trazar con ligereza y ra-

pidéz el cuadro de este periodo funesto, cargado sin duda por el cronista, que además de ser enemigo personal de D. Pedro, escribió bajo los auspicios de su victorioso competidor D. Enrique.

Siguiendo pues á casi todos los escritores, que en la imposibilidad de averiguar los hechos y desentrañar las causas se habrán visto tal vez precisados á atenerse á la crónica de este monarca, diré que sentado apenas en el solio, sus pasiones desenfrenadas y el espíritu de venganza que se apoderó de su madre Doña María, dulce y paciente hasta entonces, de tal modo alteraron la tranquilidad del estado, que no volvió á recobrarla hasta que la muerte violenta de este príncipe puso fin á un reinado de diez y nueve años de horrores y desastres. La primera víctima del resentimiento de Doña María y de la crueldad de D. Pedro, fue Doña Leonor de Guzman, que habiendo venido á Sevilla bajo las mas solemnes promesas de seguridad y muestras de estimacion, fue presa por el Rey, y conducida despues á Talavera, en donde á persuasion de su madre hizo darle muerte; y para eternizar la memoria de este asesinato, se dió

á esta poblacion el nombre de Talavera de la Reina. Pasó luego á Burgos, y porque los habitantes mostraron repugnancia en recibir dentro de sus muros á D. Juan de Alburquerque, su favorito, llamando á palacio á Garcilaso de la Vega, hijo del canciller, le mandó matar á puñaladas y arrojar su cuerpo á la calle. Estos atentados alarmaron á muchos señores ilustres, que considerando el peligro que corrian en la corte, se salian de ella para poner su vida en salvo. D. Enrique, conde de Trastamara, y D. Tello, hermanos de D. Pedro, se fueron á Asturias.

1352. Una pasion fatal armó entonces al tirano contra su propia familia, y fue la señal de la sangrienta guerra civil que afligió al reino por muchos años. Al mismo tiempo que la reina Doña María trataba de casar á su hijo con Doña Blanca, hija del duque de Borbon, vió D. Pedro en Sahuaguin en menguada hora á Doña María de Padilla, joven de rara belleza, dama de la muger de Alburquerque. Este, lleno de ambicion, y valiéndose de una política infame para saciarla, fomentó la desordenada pasion que el rey habia concebido por la Pa-

dilla, y la llevó á tal extremo, que se decia públicamente que estaba hechizado. Esto no le impidió que despues de haber asaltado el castillo de Aguilar, donde se habia encerrado D. Alfonso Fernandez Coronel, y dándole muerte como á otros muchos señores, pasase á Valladolid á celebrar su matrimonio con Doña Blanca, á la cual abandonó al dia siguiente para volar á los brazos de su concubina, mandando á Alburquerque que le siguiese. Temió este el humor inconstante y atroz del rey, con lo cual enfurecido D. Pedro volvió á Valladolid, donde estaba la reina, deteniéndose solo dos dias con ella, para no volverla á ver mas. Pasó luego á Olmedo, á donde hizo ir á la Padilla, y llamó tambien á Alburquerque con el pretesto de reconciliarse con él, y el ánimo firme de hacer que le asesinasen con todos sus partidarios. Su querida, que estimaba á algunos de ellos, los avisó con secreto, y se retiraron todos á Portugal. Poco tiempo despues puso á Doña Blanca en un encierro, y destituyó de sus empleos á todos los favoritos de Alburquerque. Llamando á D. Nuñez de Prado, gran Maestro de Calatrava, que se hallaba en Aragon, y ofreciéndole las mayores seguri-

dades, le mandó matar para conferir su dignidad á D. Diego, hermano de la Padilla. Hizo luego que dos obispos declarasen nulo su matrimonio con Doña Blanca, y se casó públicamente con Doña Juana de Castro, de quien se habia enamorado, y que abandonó antes de muchos dias.

1354. La desventurada Doña Blanca pasó á Toledo por orden del rey, y habiendo entrado en la catedral, declaró que no queria salir de allí. Los habitantes de esta ciudad, compadecidos de su desgracia, se sublevaron á favor de ella, mientras que la reina Doña María entraba por el mismo principio en una liga secreta con los hijos de Leonor, su víctima, y otros muchos señores, contra D. Pedro. Aunque murió entonces D. Juan de Alburquerque envenenado por un médico italiano, estaban los confederados tan resueltos á obrar contra D. Pedro, que se vió este precisado á pasar á Toro, donde se hallaban aquellos reunidos, y accedió á todo cuanto le pidieron con ánimo de no cumplir nada. Pasó luego á Burgos, y con los auxilios que le facilitaron las córtes levantó gente, y habiendo hecho quitar la vida á todos los señores que le eran sospechosos, se fue

á atacar á Toro defendida por D. Enrique; pero rechazado por este, marchó con toda diligencia á Toledo, sin poder evitar que llegase D. Enrique primero que él por otro camino. Sin embargo, diciendo que solo venia á buscar á Doña Blanca para unirse con ella, los sencillos habitantes de aquella ciudad cayeron en el lazo y abrieron las puertas á D. Pedro, mientras que D. Enrique pasaba á Talavera, cogiendo en el camino las cajas y el bagage del ejército del rey. Doña Blanca fue trasladada al castillo de Sigüenza por orden de D. Pedro, que hizo cortar la cabeza á muchos señores, y ahorcar á veinte y dos ciudadanos de los mas principales.

1356. Tomó despues á Toro, y retirándose la reina su madre con otras señoras y caballeros de distincion al alcázar, les intimó la rendicion. En vano Doña María suplicó á su desapiadado hijo que perdonase la vida á los que con ella estaban, pues los hizo matar á casi todos en su misma presencia. Luego proscribió á sus hermanos D. Fadrique y D. Tello, y permitiendo á D. Enrique pasar á Francia, trató de asesinarle en el camino; como lo hubiera hecho, si este, conociendo su crueldad y mala fé, no hubiera prevenido las ase-

chanzas. La presa de dos galeras genovesas, hecha por el almirante del rey de Aragon á presencia de D. Pedro, dió margen á una guerra entre estos dos monarcas, y D. Enrique, aprovechando esta coyuntura, vino á servir al primero. Rebeláronse en el mismo tiempo contra D. Pedro sus dos generales D. Juan de la Cerda y D. Alvaro Perez de Guzman, porque habia violado á sus mugeres; y habiendo cogido al primero, le mandó matar inmediatamente. Tembló D. Enrique por su esposa que se hallaba en poder de su enemigo; mas D. Pedro Carrillo, noble castellano, valiéndose de una stratagemas, la sacó de Toro y la condujo á poder del conde.

1358. Al año siguiente hizo dar muerte á su hermano D. Fadrique en el palacio de Sevilla, comiendo despues en la misma sala donde estaba el cadáver, y dando orden para quitar la vida á otros muchos señores en distintos lugares. El infante D. Juan, hermano del rey de Aragon, que refugiado á Castilla habia hecho grandes servicios á este monarca, pasando á verle desde Bilbao, fiado en las promesas que le hizo de contribuir con todo su poder para que la provincia de Vizcaya le eligiese por su señor, apenas ha-

bia entrado en su cuarto, cuando fue asesinado por orden de D. Pedro, que se dice le acabó de matar con su daga, arrojando su cuerpo á la calle, y mirando desde la ventana á las gentes que se paraban á ver el cadaver.

1359. Mientras que D. Pedro equipaba en Sevilla una flota para hacer un desembarco en los estados de Aragon, trató el Papa por medio de su legado de reconciliar á los dos monarcas, mas no pudo conseguirlo. El rey de Castilla declaró entonces por rebeldes y traidores á D. Fernando, infante de Aragon, hermano de D. Juan, á quien acababa de asesinar, al conde D. Enrique y á sus hermanos con todos los castellanos que los seguian; y antes de pasar con la escuadra á desolar las costas de Cataluña, hizo dar muerte á su tia Doña Leonor, reina viuda de Aragon, y envenenar á Doña Isabel, viuda del infante de Aragon D. Juan. Habiendo D. Enrique vencido y muerto en una batalla á D. Juan Fernandez Inestrosa, tio de Doña María Padilla y favorito de D. Pedro, lleno este de furor marchó sobre Najera contra su victorioso hermano; y como en el camino le dijese un presbítero que Santo Domingo se le habia aparecido, encargándole que le advirtiese que

se guardase del conde D. Enrique, porque habia de morir á sus manos, el rey le mandó quemar vivo. Pocos dias despues hizo matar al judío Samuel Levi, su tesorero general, solo porque era rico, y para apoderarse de sus bienes.

1361. La desdichada Blanca, encerrada en el castillo de Jerez, era para su desnaturalizado esposo una especie de reconvencion viva y permanente de su atrocidad, y así trató de abreviar sus dias. Negóse el gobernador de aquella fortaleza á cometer este parricidio, pero el reinado de D. Pedro habia multiplicado los malvados, y no faltó un ministro que llenase tan atroz mision por medio de un veneno. La muerte de la Padilla ocurrida entonces, si bien hizo grande impresion en el ánimo de su amante, no fue tan permanente, ni de tal naturaleza, que templase su ferocidad, pues volvió á renovar antes de mucho tiempo las sangrientas escenas que cubrieron su nombre de eterno oprobio.

1362. Habiendo usurpado Mahomet Barroja el trono de Granada, y refugiándose á Ronda el monarca legítimo, trató Don Pedro de aprovecharse de esta division para sacar algun partido, y envió á sus generales

el gran maestro de Calatrava, y D. Diego Enriquez á embestir á Cádiz, creyendo que esta plaza no estaba bien defendida. Llegaron las tropas cerca de ella sin ver ningun enemigo; pero atacadas repentinamente por los moros, pereció la mayor parte, quedando prisioneros entre otros el gran maestro y Enriquez. Mahomet, deseoso de captarse la benevolencia de D. Pedro, le envió al gran maestro con muchos presentes; mas como á pesar de esto continuase las hostilidades, pasó el mismo Mahomet en persona á Sevilla á rendirle homenaje, acompañado de muchos moros principales. Recibiélos el monarca castellano con mucho agrado, y los convidó á comer; mas acabada la comida los mandó sacar á todos por las calles, montando á Mahomet en un asno para mayor escarnio, y en el campo de Tablada le hizo quitar la vida como á otros treinta y siete señores de su comitiva, enviando la cabeza de Barbaroja al destronado monarca Mahomet Yago, y mandando á este que fuese á tomar posesion del reino de Granada.

Deseoso D. Pedro de asegurar la sucesion del reino juntó córtes, y declarando en ellas que Doña María Padilla habia sido su

legítima muger, fueron reconocidos por sucesores al trono los hijos habidos en ella, D. Alfonso, Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel. Pasó luego á Soria, á donde vino á visitarle el rey de Navarra D. Carlos, que receloso de su perfidia le ofreció ayudarle contra el rey de Aragon. Aunque la muerte de su hijo D. Alfonso, ocurrida entonces, affligió mucho á D. Pedro, no le impidió continuar los preparativos para la campaña siguiente, ni entablar negociaciones al efecto con las córtes de Navarra, Granada y Portugal. Empero la medida de sus crímenes se habia llenado hasta el colmo, y su nombre inspiraba un odio universal. Los soberanos de Aragon y de Navarra se coligaron contra él; el conde de Trastamara aspiró al trono abiertamente, y la política de la corte de Francia, justamente irritada por el asesinato de Doña Blanca, contribuyó á sostener sus pretensiones.

365. Auxiliábalas en gran manera el rey de Aragon, como que de su buen éxito dependia la seguridad de su trono, y para llevarlas á cabo tomó á su servicio veinte mil hombres de tropas veteranas, que concluida la guerra entre Inglaterra y Francia come-

tian en este último reino los mayores desórdenes. Entrando pues por Cataluña bajo el mando del famoso Bertran de Guesclin, pasó el conde D. Enrique con ellas á Castilla. Abrióle Calahorra sus puertas, proclamándole por rey; reuniéronsele despues en Burgos la mayor parte de los señores castellanos, y le coronaron, siguiendo Toledo su ejemplo. D. Pedro, que se hallaba en Sevilla, se fue á Portugal despues de haber embarcado su tesoro, que apresado por D. Giles de Bocanegra, y entregado á D. Enrique, facilitó á este los medios de premiar á todos los que habian seguido su partido, con tan generosa prodigalidad, que pasó aun mas allá de sus esperanzas.

1366. El monarca fugitivo, no hallando en Portugal el apoyo que esperaba, y viendo que Alburquerque le cerraba las puertas, siguió á Galicia, en donde fue admitido á persuasion del arzobispo de Santiago; pero habiendo sabido que este prelado tenia muchas riquezas, le hizo asesinar para apoderarse de ellas. Embarcóse luego en la Coruña, y se fue á Bayona á solicitar la amistad y amparo del príncipe de Gales, llamado *el Negro*, por ser este el color de sus armas. Mientras tanto

D. Enrique, reconocido en toda Andalucía, marchó con sus tropas á Galicia, ocupando las plazas y fuertes, á escepcion de Lugo que defendia D. Fernando de Castro; y no pudiendo tomar esta ciudad, se encaminó á Burgos á donde habia convocado las córtes, que le cedieron cuantiosos socorros para la defensa de su persona y estados.

1367. El príncipe de Gales, ya fuese por compasion hácia un rey desgraciado, ó ya por temor de que el nuevo monarca de Castilla se ligase con la Francia, auxilió á Don Pedro con un numeroso ejército, y vino con él á España acompañado de su hermano menor Juan de Gaunt, recientemente creado duque de Lancaster, y de Chandos no menos célebre entre los ingleses que de Guesclin lo era en Francia. Aunque el rey de Navarra habia pactado con D. Enrique impedir á las tropas de D. Pedro y del príncipe de Gales el paso por sus estados, no obstante, halagado por las promesas que estos le hicieron, no les opuso el menor obstáculo en su marcha. Las tropas inglesas que D. Enrique tenia á su servicio, le abandonaron al acercarse las del príncipe de Gales para incorporarse con ellas, mas esto no impidió que los dos hermanos

se acometiesen entre Nájera y Navarrete. La batalla fue reñida, y dudosa por mucho tiempo la victoria, porque todos peleaban con furor y encarnizamiento; pero al cabo se declaró por D. Pedro, viéndose Enrique obligado á pasar á Francia por Aragon con un corto número de los suyos.

D. Pedro, en cuyo pecho parece que no cabia ningun género de virtud, abusó de la victoria, dando muerte á muchos prisioneros, y entre ellos á un señor inglés, con lo cual se irritó en tal manera el príncipe de Gales, que le echó en cara su crueldad. Los auxiliares, despues de celebrar un tratado con el rey de Aragon, se volvieron á Guyena, y D. Pedro soltando las riendas á su ferocidad, hizo quitar la vida en Burgos, Toledo y Sevilla, á muchas personas de distincion y del pueblo, sin perdonar á las mugeres.

No se abatió D. Enrique en la desgracia, antes bien imploró y obtuvo del rey de Francia y del Papa Urbano V todos los socorros que necesitaba, pues ambos le enviaron una gran suma de dinero, y el monarca francés mandó á su hermano que le diese un castillo fuerte en las fronteras de Navarra, per-

mitiéndole levantar en sus estados toda la gente que le pareciese. Juntó Enrique en muy poco tiempo un ejército respetable, y entrando con él por Aragon en Castilla, antes del fin de aquel mismo año, se hizo dueño de este reino y del de Toledo.

1368. Apoderado á principios del siguiente de la mayor parte del de Leon y de las Asturias, marchó sobre Toledo que no habia querido recibirle en sus muros. D. Pedro, levantando el sitio, que auxiliado por el rey de Granada habia puesto á Córdoba, y desatendiendo las plazas de la frontera de Navarra que clamaban por socorro, solo pensó en salvar á Toledo que estrechaba Don Enrique en gran manera. Reuniendo pues todas sus fuerzas se encaminó á esta plaza, mientras que D. Enrique, dejando el número de tropas suficiente para continuar el sitio, salió á su hermano al encuentro, habiéndosele incorporado en el camino Guesclin con seiscientos lanceros que le enviaba el rey de Francia, y el gran maestre de Santiago con las otras tropas que le venian de Andalucía. Avistáronse los dos ejércitos en los campos de Montiel, y puestos en orden de batalla se acometieron mutuamente; mas Don

Pedro fue derrotado al primer encuentro, y tuvo que refugiarse al castillo. No pudiendo defenderse en él, ofreció secretamente á Guesclin una gran suma de dinero si le facilitaba la fuga; mas este gefe, despues de haber conferenciado con sus oficiales, avisó de acuerdo con ellos á D. Enrique de lo que pasaba, y este le persuadió á que citase á su hermano para su tienda á una hora precisa. Hízolo así, y no bien habia llegado Don Pedro, cuando entrando D. Enrique en la tienda, acompañado de algunos de toda su confianza, se arrojó sobre él con gran furia, dándole una puñalada en el rostro, y los demas le acabaron de matar, de un modo á la verdad poco noble y generoso. Treinta y cuatro años y siete meses contaba este príncipe sensual y cruel, no menos que artificioso y sin fé, y tan escesivamente avaro, que despues de su muerte se hallaron en Sevilla, Almodovar y otras partes, ciento cincuenta millones en moneda de oro y plata, un tesoro inmenso en piedras preciosas, y otros ricos efectos. Además de los hijos que habia tenido de Doña María de Padilla, tuvo uno en Doña Juana de Castro llamado Don Juan; y en Doña Isabel, aya del infante Don

Alfonso, otros dos, nombrados D. Sancho y D. Diego.

CAPITULO 28.

Don Enrique II.

1369. Muerto D. Pedro, las turbulencias que agitaban el reino no permitieron á su sucesor D. Enrique II gozar en paz de la corona. Atacado á un mismo tiempo por los reyes de Portugal, Aragon y Granada, marchó inmediatamente á Galicia, en donde el primero se habia hecho proclamar por rey, en calidad de nieto de Doña Beatriz, infanta de Castilla. Huyeron los portugueses al acercarse el ejército castellano, que despues de haberlos perseguido, apoderándose de Braga y asolando el pais, se volvió á Castilla.

1370. Juntó el rey córtes en Medina del Campo, y despidió las tropas estrangeras, gratificándolas con gran munificencia. Habíéndose apoderado de Algeciras el rey de Granada, dió orden Enrique á sus generales para que entrasen en los estados de los moros y lo asolasen todo, con lo cual aquel monarca solicitó y obtuvo una tregua. Ambrosio Bocanegra arrojó la escuadra portu-

guesa de las bocas del Guadalquivir, y equipando luego en Vizcaya una flota numerosa, batió con ella la de los portugueses. Pasó despues al socorro del rey de Francia, y derrotó la escuadra inglesa, haciendo prisionero al conde de Pembroc.

1371. Ajustada la paz entre Castilla y Portugal por la mediacion del papa Gregorio XI, al año siguiente se volvió á renovar la guerra entre estos dos príncipes, con motivo de haberse ligado el de Portugal con Juan, duque de Lancaster, que apoyado en los derechos de su esposa Doña Constanza, hija de D. Pedro el Cruel, tomó el título de rey de Castilla, y en una irrupcion que hizo en Galicia, se apoderó de Tuy y otras plazas. Recobrólas D. Enrique, y entrando en Portugal llegó hasta Lisboa, quemando esta ciudad con los bajeles que habia en el puerto, lo cual obligó á aquel monarca á pedir la paz. Concluida esta por medio del legado del Papa, se ajustó despues con los reyes de Aragon y de Navarra, no quedándole ya á Don Enrique nada que temer de parte de sus vecinos.

1374. Procuró no obstante el duque de Lancaster alterar de nuevo la tranquilidad

de Castilla, levantando un crecido número de tropas y ligándose con el rey de Aragon; pero D. Enrique reuniendo las suyas en Burgos, y negociando al mismo tiempo, pudo disipar la tempestad mediante algunas concesiones. Suscitóse otra mas adelante en la Navarra, con motivo de haber hecho este monarca confederacion con el de Inglaterra: sin embargo despues de algunas hostilidades, se restableció la buena armonía entre este reino y el de Castilla. Tocaba esta el momento en que su monarca pudiese gustar la tranquilidad; pero las fatigas y trabajos de su agitada vida habian alterado su salud; en términos que á los cuarenta y seis años de edad bajó al sepulcro. Fue D. Enrique el hombre mas galante de su siglo, el mas valiente y el mas generoso; unia á la grandeza de alma la firmeza de corazon; era tierno y compasivo, y de un caracter dulce y amable; cualidades que, al paso que le grangearon el respeto y amor de sus súbditos, haciéndoles olvidar la usurpacion y los medios de que se valió para llevarla á cabo, le dieron un lugar muy distinguido en el catálogo de los príncipes mas eminentes, y de los guerreros mas ilustres de su siglo.

CAPITULO 29.

D. Juan I.

1379. Sucedióle su hijo D. Juan I de este nombre, digno de su ilustre padre, si se ha de juzgar por la prudencia y talentos que mostró en la guerra que sostuvo para defender el trono contra la Inglaterra y el Portugal. Viudo en la flor de su edad por la temprana muerte de su esposa Doña Leonor, infanta de Aragon, consintió en dar la mano á Beatriz, hija de D. Fernando, rey de Portugal, por primera condicion del tratado de paz que hizo con este príncipe, estipulando al mismo tiempo que los hijos de aquella princesa sucederian á D. Fernando en el trono á su muerte. Pasó luego D. Juan á celebrar las córtes que estaban convocadas en Segovia, en las cuales se determinó que de allí en adelante se contasen los años por la era de Jesucristo, y no por la del Cesar, como se habia hecho hasta entonces. La muerte del rey de Portugal ocurrida por aquel tiempo obligó al monarca castellano á tomar todas las medidas necesarias para asegurar

los derechos de su hijo Enrique, que apenas habia salido de la cuna; mas los portugueses temieron el ascendiente de D. Juan, y la idea de que el Portugal podria convertirse en una provincia del reino de Castilla hirió profundamente su amor propio.

1384. Para evitar semejante degradacion, los estados de Portugal opusieron á las pretensiones del rey las del infante D. Juan hermano del difunto monarca, é hijo de D. Pedro y de la célebre Doña Inés de Castro, que por sus buenas cualidades era generalmente estimado. Su reinado no obstante padeció grandes alteraciones, porque los castellanos penetraron hasta el Tajo y sitiaron á Lisboa. Obligados poco tiempo despues á levantar el sitio por una peste que sobrevino, volvieron á la primavera siguiente en crecido número sobre los portugueses, que ocupaban la fuerte posicion de Aljubarrota. El rey de Castilla, dejándose llevar de los consejos poco meditados de los oficiales jóvenes, atacó á los enemigos sin haber dado á sus tropas el sustento y descanso que necesitaban. Metiéronse estas con poca precaucion en un pantano, y en media hora fueron derrotadas tan completamente, que el rey salió con dificult.

tad de la refriega montado en una mula, y pasó con la flota de Santarén á Sevilla. Esta derrota desvaneció las esperanzas del rey de Castilla, y el Portugal se ligó con la Inglaterra, apresurándose el duque de Lancaster á sostener los derechos que le asistían por su matrimonio con la hija de D. Pedro el Cruel. Con este objeto desembarcó en el Padron en Galicia con un ejército respetable por el número y la disciplina, y fue recibido y solemnemente proclamado en Santiago por rey de Castilla. Su rival, recordando la imprudencia cometida en Aljubarrota, procuró evitar una acción decisiva, y adoptando un plan de campaña, menos glorioso si se quiere, pero mas seguro, arrasó la mayor parte de la Galicia. Los ingleses no tardaron mucho tiempo en resentirse de la falta de subsistencias, la cual unida al ardor del clima los fue debilitando, en términos que Don Juan pudo coger el fruto de sus bien combinadas medidas. El estado de abatimiento de sus contrarios los ponía, digámoslo así, á discreción de este monarca; pero celoso por asegurar la tranquilidad de sus súbditos sin prodigar su sangre, no se desdenó de hacer proposiciones de paz á los ingleses. Con-

tinuaron sin embargo las negociaciones y la guerra, hasta que á la campaña siguiente un tratado definitivo puso término á entrambas. Estipulóse en él, que el infante D. Enrique hijo del rey de Castilla, de edad de cuatro años, se casaria con Doña Catalina, hija del duque de Lancaster y de Doña Constanza su muger, y si falleciese aquel antes de consumir este matrimonio, que lo verificaria su hermano el infante D. Fernando: que se pagarian al duque en indemnizacion de los gastos de la guerra seiscientos mil francos de oro, y cuarenta mil anuales á Doña Constanza, renunciando todos sus derechos á la corona de Castilla, y llevando de allí en adelante el heredero presuntivo de esta el título de príncipe de Asturias.

1389. Si la historia puede poner en duda los talentos de D. Juan I para la guerra, no le negará grandes virtudes durante la paz. Toda su atencion convirtió á la felicidad de sus súbditos, disminuyendo los impuestos, haciendo revivir el comercio y florecer la agricultura. Por desgracia su reinado fue de corta duracion, y los castellanos lloraron bien pronto la pérdida de un padre y de un rey arrebatado en la flor de la edad á sus espe-

ranzas. Deseosos de volver á España un gran número de caballeros cristianos, que en las pasadas tormentas se habian refugiado al Africa, acudieron á D. Juan, y por su mediacion obtuvieron del emperador de Marruecos el permiso de regresar á sus hogares. Presentáronse todos al rey en Alcalá, y como habia oido decir que eran muy diestros en manejar los caballos, quiso verlos hacer un ejercicio. Con este motivo salió el mismo monarca con grande comitiva montado en un hermosísimo y fogoso caballo; mas al picarle con la espuela le arrojó de la silla, y cogiéndole debajo le rebentó. Su temprana muerte á la edad de treinta y tres años llenó de dolor á sus súbditos, que libraban en sus virtudes el remedio de las calamidades que affligian al estado.

CAPITULO 30.

D. Enrique III el Enfermo.

1390. Su hijo D. Enrique, á quien pasó la corona sin la menor oposicion, no tenia mas que once años, y era de una complexion tan delicada, que se llamó comunmente *el En-*

fermo. Formóse un consejo de regencia para administrar el reino, compuesto del duque de Benavente, el conde de Trastámara, el marques de Villena, los arzobispos de Toledo y Santiago, y los grandes maestros de esta última orden y la de Calatrava, teniendo además entrada en este consejo ocho de los diez y seis diputados á córtes. Sus primeros pasos parecieron encaminados al bien del estado, mas el espíritu de patriotismo cedió bien pronto á las sugerencias del interés particular, y las pretensiones encontradas de los regentes acarrearón fatales consecuencias.

1391. El duque de Benavente era de un carácter altanero, sagaz y ambicioso; y como por el contrario el arzobispo de Toledo era franco, crédulo y muy devoto, no tuvo el duque mucha dificultad en seducirle, y la influencia de este prelado sancionó en cierto modo los designios de su intrigante colega. Aspiraba el duque á trastornar el gobierno establecido, y para verificarlo mas fácilmente pidió al rey de Portugal su hija natural en casamiento; mas la regencia, para apartarle de esta alianza, se vió obligada á regalarle una suma igual á la dote de aquella princesa.

1392. Las disensiones de la Castilla alentaron á las potencias vecinas á dar libre curso á su ambicion refrenada por el temor. El rey de Portugal habló al de Castilla con firmeza y altanería, y los moros de Granada invadieron sus estados. Enrique, á pesar de sus pocos años, no habia dejado de fijar la atencion sobre las intrigas con que se intentaba minar su trono; y como el vigor del espíritu suplía en él la flaqueza del cuerpo, sin embargo de que solo contaba catorce años, se determinó á tomar las riendas del estado. Lo que principalmente le hizo abrazar esta resolución, fue una embajada de Carlos VI, rey de Francia, que le ofreció sus auxilios en el caso de que la nobleza castellana tuviese bastante osadía y presuncion para oponerse á su autoridad. Convocadas las córtes en Madrid, el tono resuelto con que se expresó el joven monarca impuso silencio á los sediciosos, y los contuvo en los límites de la obediencia.

1393. Solemnizando inmediatamente su matrimonio con Doña Catalina de Lancaster, y desposando á su hermano D. Fernando con la condesa de Alburquerque, Enrique, siguiendo las huellas de su augusto padre, pro-

curó disminuir las pensiones, que los regentes, abusando de su menor edad, habian prodigado. Disgustados con estas medidas los príncipes de la familia real se retiraron de la corte con el ánimo de escitar turbulencias, sin que bastasen á apartarlos de tan mal propósito las promesas que les hizo el monarca de subsanarles este perjuicio cuando los tiempos mejorasen. Los particulares, y sobre todo los poderosos, rara vez atienden al bien público cuando está en oposicion con sus ambiciosas miras. El duque de Benavente, el marques de Villena y el conde de Trastamara, reunieron sus partidarios y se retiraron á las plazas fuertes que tenían á su disposicion.

1394. No dió lugar Enrique á los rebeldes para que madurasen sus proyectos y consolidasen una liga que podia trastornar el estado. Seguro de la pureza de sus intenciones, y de la fidelidad del pueblo, acudió á las armas, y no permitió que le acompañase el arzobispo de Toledo, á fin de que no se atribuyesen sus operaciones á los consejos de este prelado.

Su firmeza y denuedo intimidaron á los disidentes, y el marques de Villena fue el

primero á implorar su clemencia. Depuso tambien su orgullo el duque de Benavente, y obtuvo del rey el perdon que solicitaba. Mostró Enrique en esta ocasion toda la magnanimidad de su caracter, dando tiempo al duque para que examinando detenidamente todas las condiciones del tratado que le proponia firmar, no pretestase luego que se habia visto forzado á ello. Esta dilacion fue fatal para el duque, pues abusó de ella. Fluctuando entre el temor y la esperanza, creyó que podria aun engañar al rey, y al mismo tiempo que intrigaba en secreto con el conde de Trastamara, no titubeó en presentarse en Burgos, donde estaba la corte. Por su desgracia habian seguido sus pasos bien de cerca, y descubierto su correspondencia, y asi fue arrestado y conducido á la fortaleza de Almagro.

1395. Sometióse despues el conde de Trastamara; y el de Gijon, derrotadas las tropas que habia puesto en Oviedo, siguió su ejemplo. La reina de Navarra Doña Leonor, que habia venido á Castilla seis años antes á tomar los aires nativos, rehusando despues volver á sus estados, bajo pretexto de que allí no estaria segura, fue enviada entonces

á su esposo , despues de haber jurado que la trataria con toda la consideracion á que era acreedora.

1396. Aunque Enrique amaba la paz , no desdeñaba la guerra cuando el honor del estado lo exigia. Habiendo sorprendido los portugueses en plena paz á Badajoz , marchó el monarca castellano contra ellos al frente de un poderoso ejército , y asolando las fértiles campiñas regadas por el Tajo , mientras que su escuadra batia y derrotaba la de los contrarios delante de Lisboa , dejó bien humillado el orgullo del rey de Portugal , que pidió la paz , siendo la restitucion de Badajoz el preliminar de una tregua de diez años.

1399. Esta suspension de armas dió lugar á Enrique para dedicarse á nuevas empresas. Hizo una espedicion contra los corsarios berberiscos que infestaban las costas de España , y cuya rapacidad y cruel codicia no habia leyes ni tratados que pudiesen contener , pues nada respetaban. Descubrió Enrique sus guaridas , y persiguiólos hasta quemarles los barcos , cercando por todas partes á Tetuan , depósito de los frutos de sus rapiñas. Como los muros de esta plaza no podian prolongar la resistencia , fue luego to-

mada, y los vencedores, degollada la guarnición, se apoderaron en un día de los tesoros acumulados por los piratas en muchos años. Notarémos de paso que en esta época fue cuando se puso en la catedral de Sevilla el primer reloj que se vió en España. La fama de Timur-Bec, por otro nombre Tamorlan, sugirió á Enrique la idea de enviarle una embajada, ofreciéndole su amistad. Llegaron los embajadores á tiempo de presenciar la batalla en que aquel conquistador derrotó á los otomanos, haciendo prisionero á Bayacet, y no solo fueron recibidos con las mayores muestras de aprecio y estimación, sino que despues de haberles hecho muchos regalos, envió Tamorlan en su compañía un embajador á Enrique con el presente de dos señoritas húngaras de estremada hermosura, halladas entre los despojos de Bayacet, que las habia hecho prisioneras en la batalla de Nicópolis. El rey de Castilla envió otra embajada á este caudillo con ricos dones, y resolvió poner en ejecución el plan que tenia proyectado de arrojar á los moros de España. Aprovechando la coyuntura que le ofrecia una incursión intentada por el rey de Granada, aceleró Enrique los preparativos

con la mayor actividad, intimidando á los infieles, y alentando al mismo tiempo las esperanzas de la nobleza, que sepultada en la inaccion ardia en deseos de ejercitar su valor contra el comun enemigo.

1406. Convocadas córtes en Toledo para tratar de la ejecucion de esta empresa, cayó Enrique enfermo, y mientras que su hermano D. Fernando informaba á los diputados de su proyecto, se fue agravando el mal, que solo pudo extinguir la muerte.

Una de sus máximas favoritas era la de que un rey debe temer mas el odio de sus súbditos que las armas de sus enemigos, y asi procuró siempre captarse el amor del pueblo. Ningun monarca dió mas pruebas de moderacion, sin dejar por eso de castigar los crímenes. Él reprimió el orgullo y las demasías de la nobleza, y castigando en Sevilla con severidad una sedicion, hizo conocer á la multitud que no se podia faltar impunemente á la obediencia debida al soberano. Sin embargo, mas dispuesto siempre al perdon que no al castigo, era mirado de sus súbditos como un padre tierno y amoroso. El pueblo, que todo lo quiere interpretar, atribuyó su muerte al veneno; pero es mas natural

creer que su constitucion débil no pudo resistir las penosas fatigas que trae consigo el gobierno de un estado.

CAPITULO 31,

D. Juan II.

Dejó Enrique por sucesor un tierno infante de catorce meses, llamado D. Juan, que por la generosidad con que su tio Don Fernando rehusó la corona que le ofrecian las córtes, fue proclamado rey, con el nombre de D. Juan II. Aunque su padre habia nombrado en el testamento por regentes á dos señores, las córtes eligieron para esta dignidad á la reina y á su tio D. Fernando, que tan señaladas muestras acababa de dar de virtud y desprendimiento. Aunque la muerte de Enrique habia trastornado su plan de conquista, las fuerzas de mar y tierra que habia reunido sirvieron oportunamente á D. Fernando para la defensa de Castilla. Habian sitiado los moros á Alcaudete, que se defendió con tanto valor y esfuerzo, que se vieron los sitiadores precisados á retirarse con mucha pérdida. Mientras que la flota de Castilla ba-

tia las escuadras de Tunez y de Tetuan, sitiaba el infante á Antequera, que tomó de asalto, capitulando despues la ciudadela. Como las medidas del regente se dirigian mas bien á conservar intactos los estados de su sobrino, que no á engrandecerlos, no perdiendo nunca de vista las alteraciones á que estaba espuesto un reino en tutela, procuró prevenir las disensiones intestinas, evitando la guerra exterior. Sin embargo, difícilmente hubiera conseguido mantener la paz con el ambicioso rey de Granada, si la division que allí reinaba, por las pretensiones de dos hermanos rivales, no hubiese apresurado una tregua de diez y siete meses entre estos dos reinos.

1410. Muerto sin sucesion el rey de Aragon D. Martin, aspiró D. Fernando á aquella corona, sino con el mayor derecho, con mas virtudes que ninguno de los otros competidores. Su reputacion al fin, y el influjo del Papa Benedicto XIII, inclinaron al congreso de Alcañiz, compuesto de nueve jueces, á deferirle la corona de Aragon, que tuvo que defender de su rival el conde de Urgel, á quien prendió al cabo, y encerró en una torre de Castilla. Deseoso D. Fernan-

do de estrechar mas y mas los vínculos de la sangre y del cariño que le unian al rey de Castilla, casó á su hijo D. Alfonso con su sobrina Doña María, hermana de aquel monarca. Pasando despues á Burgos á conferenciar con la reina madre, atacado en el camino de una enfermedad, falleció, dejando por sucesor á Alfonso, que arrancó á la casa de Anjou el reino de Nápoles, y adquirió mayor nombradía que su padre.

1416. Con la muerte de D. Fernando quedó la reina Doña Catalina por única regenta de Castilla; mas habiéndola encontrado muerta dos años despues en su cama, intrigaron muchos señores para que el rey D. Juan II fuese proclamado, á pesar de que solo contaba trece años. Desposado entonces con Doña María, infanta de Aragon, declaró al año siguiente, en las córtes que se celebraron en Madrid, que queria gobernar por sí solo, y empezó á dar muestras de la aficion que tenia á D. Alvaro de Luna, despues su gran favorito. Los pocos años, y la falta de experiencia de D. Juan, alentaron la ambicion de sus parientes los príncipes de Aragon, que trataron de reinar en su nombre. Enrique, uno de ellos, auxiliado por el condes-

table de Castilla y el obispo de Segovia, se apoderó de la persona del rey en Tordesillas. El jóven monarca tuvo bastante prudencia para disimular su indignacion, y celebró su matrimonio con Doña María, hermana de Enrique, dándole á este la mano de la suya Doña Catalina, y aprobando en las córtes de Avila su conducta. Pero mientras que el infante D. Enrique, fiado en la alianza que acababa de contraer con D. Juan, se mostraba menos vigilante por la seguridad de su persona, recobró el monarca su libertad, huyendo de Talavera con D. Alvaro de Luna y algunos otros señores.

1422. Experimentó la Castilla todas las calamidades que la guerra civil trae consigo, durante el reinado de mas de treinta años de este monarca, el cual por otra parte, en medio de la tempestad que constantemente amenazó su trono, mostró una firmeza poco comun. Habiéndose presentado en Madrid su hermano político D. Enrique, le hizo prender como conspirador, si bien por consideracion hácia sus hermanos el rey de Aragon D. Alfonso, y D. Juan, que por su muger Doña Blanca habia subido al trono de Navarra, le dió libertad mas adelante. El

temor y el reconocimiento hicieron poca impresion en el ánimo de Enrique, naturalmente turbulento. No tardó mucho tiempo en suscitarse una nueva guerra entre Aragon y Castilla; pero suspendidas las hostilidades marchó D. Juan contra los moros de Granada, sobre los cuales obtuvo una victoria completa.

1432. Cuando D. Juan creia gozar de alguna tranquilidad, por haber vuelto los reyes de Aragon y de Navarra su atencion á los negocios de Italia, experimentó en el interior de su reino nuevas vicisitudes. D. Alvaro de Luna, revestido de la dignidad de gran condestable, y abusando del favor del soberano, se habia atraido por su altanería el ódio de la nobleza. Su amor propio, herido en lo mas vivo, puso á los principales señores las armas en las manos: marchó el rey contra ellos, y fueron víctimas de su temeridad. Su sumision parecia que debia fortificar el poder del monarca; pero los mas interesados en sostener su autoridad fueron los primeros á atacarla.

1441. Los descontentos, á pesar del descalabro que habian sufrido, no dejaban de dar cuidado por su número y sus maquina-

ciones. Enrique de Aragon habia sorprendido en su nombre á Toledo, y la reina y el príncipe de Asturias abrazaron el partido de los rebeldes; la primera por aborrecimiento hácia D. Alvaro de Luna, y su hijo por la impaciencia con que deseaba subir al trono. El rey D. Juan, no pudiendo resistir tantas contradicciones, consintió en separar de su lado al favorito, y mudar el ministerio. Apoderáronse entonces los nobles rebeldes de todos los destinos de confianza y de lucro, al paso que el monarca no conservaba mas que el nombre, sin poder ejercer la autoridad.

Otra nueva revolucion, no menos violenta que la primera, sacó á D. Juan II de la especie de dependencia en que yacia. Habíase reconciliado con la reina, separando de su lado á D. Alvaro de Luna; y el príncipe de Asturias, que se quejaba de la deferencia de su padre por este favorito, se dejaba gobernar por D. Juan Pacheco ciegamente. Este, á persuasion del obispo de Avila, trató de restablecer la autoridad régia, haciendo ver al príncipe todo el oprobio de que se cubria sosteniendo la liga formada contra su padre; y tomadas las medidas necesarias, el rey,

burlando la vigilancia de sus guardias, se escapó de la fortaleza de Portillo, y se puso al frente de las tropas que su hijo había reunido.

1445. Los rebeldes se habían comprometido en términos que no era fácil que diesen un paso atrás. El rey de Navarra, olvidándose del apoyo que debía prestar á la causa general de los reyes, trabajó en su propio daño, auxiliando con sus armas las de los conspiradores, que habían sentado sus reales á la inmediacion de Olmedo, esperando allí la llegada del ejército real. D. Juan II, indignado de su osadía, estaba impaciente por empeñar la accion, al paso que el príncipe de Asturias no podia sufrir la menor tardanza. Defendiéronse los confederados con valor y firmeza, peleando el rey de Navarra y su hermano Enrique con no menos esfuerzo que habilidad; mas sin embargo fueron vencidos, y se vieron precisados á abandonar el campo de batalla, escapándose por la noche á las fronteras de Aragon, en donde murió Enrique de las heridas que en la accion habia recibido.

Si D. Juan II, forzado por las circunstancias de la adversa fortuna, habia separado de su lado al favorito, á la primera sonrisa

de aquella deidad le volvió á llamar, indemnizándole de su pasada desgracia con la dignidad de gran maestro de la orden de Santiago. Muerta la reina en aquel tiempo, trató D. Alvaro de casar al monarca con la princesa de Portugal Doña Isabel, como se verificó despues. Este matrimonio, y el restablecimiento del crédito de D. Alvaro, desagradaron en tal manera al príncipe de Asturias, que se retiró bruscamente de la corte y corrió á las armas. Siguióle inmediatamente su padre con un cuerpo de tropas escogidas, y le alcanzó entre Arévalo y Madrigal; mas antes que viniesen á las manos, los prelados y el clero que se hallaban en los dos partidos trataron de reconciliar al monarca con su hijo. Favoreció el cielo tan santas intenciones, pues volvieron las espadas á la vaina; mas el juramento de amor filial del príncipe de Asturias estaba muy lejos de ser sincero, porque en su corazon no cabia ingenuidad ni franqueza.

El rey de Navarra continuó sus hostilidades, seduciendo con promesas á una multitud de gascones aventureros, que atravesando los Pirineos asolaron la Castilla. Los moros de Granada invadieron y saquearon

las fronteras de Andalucía, y el príncipe de Asturias miraba á sangre fría los progresos destructores de los enemigos de su país, regocijándose en su interior de todos los males que podían contribuir á rebajar el crédito y la reputación de su padre, con la esperanza de que las calamidades públicas le inducirían á abdicar la corona.

Sin embargo, como el príncipe D. Enrique mostraba algunas veces, por interés ó por capricho, cierta sumisión á su padre, en una de ellas consiguió la ruina total de D. Alvaro de Luna, por mas que el colosal poder de este favorito, y la posesión de las dignidades de condestable de Castilla y gran maestro de la orden de Santiago, pareciesen ponerle á cubierto de los reveses de la fortuna, y aun del capricho de su señor. Habia formado en su nombre una compañía de guardias, que mandada por su hijo natural D. Pedro, defendia su persona, mientras que con su liberalidad aumentaba diariamente el número de sus partidarios. Cegábale la ambición, pues no conocia que á medida que se ensalzaba, escitaba mas y mas los celos y la envidia. Los que habia colmado de honores le miraban como un obstáculo para su futu-

ro engrandecimiento; y los que no habian alcanzado su gracia, si bien no se atrevian á mostrarse quejosos, disimulaban su resentimiento para cooperar mas eficazmente á su ruina. No contento con desafiar al heredero de la corona, procuraba D. Alvaro eclipsar, digámoslo así, con su fausto y magnificencia al que la ceñía. Aprovechóse D. Enrique de la reconciliacion que acababa de hacer con su padre, para darle á entender la ridícula conducta del favorito, y logró introducir los celos y la desconfianza en el pecho del monarca, de tal modo que resolviendo la destruccion de D. Alvaro no pensó ya mas que en los medios de ejecutarla.

Al mismo tiempo que se establecia la paz y buena armonía entre el príncipe de Asturias y el rey su padre, crecia la discordia entre el rey de Navarra y su hijo el príncipe de Viana. Pretendia este la corona, que muerta su madre decia corresponderle por las leyes del reino, mucho mas habiendo pasado D. Juan su padre á segundas nupcias. Auxilió el monarca castellano las pretensiones del príncipe de Viana enviándole algunas tropas de socorro, y vinieron padre é hijo á un rompimiento, quedando este por último en

las manos del rey que le castigó severamente. 1453. Pasando entonces D. Juan II en compañía de la reina á Tordesillas, la suntuosa magnificencia de los regocijos con que fue recibido y obsequiado por D. Alvaro, no hizo mas que afirmar al rey en la resolución que contra él habia tomado.

No parece que tuvo esta tan secreta que no se trasluciese algun tanto; y lo cierto es que D. Alvaro receloso pidió al rey al tiempo de su partida una seguridad para su persona. La prontitud con que se la concedió, debió aumentar sus recelos, si es que conocia el corazon humano, y no ignoraba que un súbdito no puede dar nunca á entender impunemente que duda de la fe de su soberano. Asi es que al llegar á la capital tuvo ya por segura su desgracia. Su orgullo y altanería le habian acarreado muchos enemigos, y alejado de sí á sus propias hechuras. La reina, á pesar de que debia á los buenos officios de D. Alvaro su elevacion al trono, conspiró contra él; y D. Alfonso de Vivero, que era ya tesorero general y aspiraba al ministerio, al mismo tiempo que prodigaba al condestable las mayores demostraciones de amistad, fraguaba su ruina. Penetró D. Alvaro sus

miras y dejándose arrebatarse del espíritu de venganza convidó á Vivero á su palacio en Burgos y le hizo precipitar de una torre. Esperaba el favorito que haria pasar este atentado á los ojos del rey por un accidente casual, sin reflexionar que no se engaña fácilmente á un monarca una vez perdida su gracia. Asi es que horrorizado del hecho mandó que se diese preso, bajo la seguridad de que no atentaria contra su vida y honor *injustamente*. Formósele luego proceso, y condenado por unanimidad á muerte, la sufrió en Valladolid en un cadalso con mucha constancia y firmeza de ánimo.

1454. No sobrevivió D. Juan II largo tiempo á la muerte del favorito, que si bien habia oprimido al pueblo, es preciso confesar que habia sostenido con celo la autoridad real en medio de las disensiones civiles. Yendo pues D. Juan á Medina del Campo á conferenciar con la reina de Aragon, su hermana, le atacó una fiebre ardiente que le obligó á trasladarse á Valladolid, en donde falleció de de allí á poco á la edad de cuarenta y siete años. La imparcialidad de la historia no permite pasar en silencio la debilidad de este príncipe, que parece haber sido la base fun-

damental de su caracter, y cuyos vicios y consecuencias suelen ser mas funestos para los pueblos que los de la tiranía. Mas al mismo tiempo se debe hacer justicia á la afición que profesaba á las letras, que sin embargo de estar reñidas con las armas, llegaron en medio del estrépito de ellas, mediante la protección que les dispensó, al alto grado de esplendor que muestran las obras de los célebres poetas el marques de Villena, el de Santillana D. Iñigo Lopez de Mendoza, Juan de Mena, Fernan Perez de Guzman, Rodriguez del Padron, Alonso de Santa María ó Cartagena, y otros.

CAPITULO 32.

Enrique IV el Impotente.

Ocupó el trono D. Enrique IV llamado *el Impotente*, y apenas recibió el homenaje de los nobles del reino cuando empezó á disgustarlos, confiriendo el título de marques de Villena á su favorito D. Juan Pacheco, y dándole esperanzas de que le nombraría gran maestre de la orden de Santiago. Receloso de sus hermanos Alfonso é Isabel, fruto del

segundo matrimonio de su padre, para alejarlos del trono resolvió Enrique casarse, á pesar de haber disuelto por razon de impotencia el matrimonio que habia celebrado antes con Doña Blanca hija del rey de Navarra. Verificólo en efecto con Doña Juana, princesa de Portugal, que cinco años despues dió á luz una niña, á la cual se la puso su mismo nombre, y que por la persuasion en que estaban todos de que era hija de Don Beltran de la Cueva, fue llamada la Beltraneja. En vano hizo Enrique que la reconociesen por heredera de la corona hasta sus propios hermanos D. Alfonso y Doña Isabel, pues esta precaucion no hizo mas que aumentar las sospechas y murmuraciones del pueblo. Aplacó un tanto el descontento general la toma de la importante plaza de Gibraltar, que arrancada de las manos de los cristianos en el reinado de Alfonso XI, entró sin efusion de sangre bajo la dominacion de Enrique. Habíase empeñado este príncipe con el rey de Granada, harto ligeramente, en una guerra que le hubiera sido fatal, si los enemigos no se hallasen divididos con motivo de las disensiones civiles. Disputábanse aquel trono dos príncipes rivales; y como

la guarnicion de Gibraltar abandonase esta plaza para tomar parte en la contienda, no le fue difícil al duque de Medina-sidonia apoderarse de ella. Lisonjeó tanto á Enrique esta adquisicion, que añadió desde entonces á sus títulos el de rey de Gibraltar.

El genio de la discordia no alteraba el reino de Granada solamente, sino que encendia tambien el hacha de la guerra civil en los estados de Aragon. Los catalanes habian mostrado en todos tiempos mucho valor é intrepidez, y la mayor aversion á la dependencia. Bajo el reinado de D. Juan II de Aragon, arrastrados del odio que habian tomado á la reina, los habitantes de Cataluña levantaron el estandarte de la rebelion. Aunque Enrique no deseaba mas que aprovecharse de esta discordia, no tenia la capacidad necesaria para sacar de ella el partido que debería. Contentándose con que se le proclamase rey de Barcelona, no desplegó bastantes medios y actividad para apoyar sus pretensiones. Su favorito el marques de Villena que no gustaba mucho de la guerra, antes de empeñarse en ella tuvo por mas prudente consultar á Luis XI, rey de Francia, con el cual hizo que tuviese D. Enrique una entrevista en Mauleon en los

confines del reino de Navarra. Ofreció el marques secretamente al rey de Francia que favoreceria sus designios, y atropellando la fidelidad que debia á su amo, aconsejó á este que abandonase los catalanes al resentimiento de su monarca. Consintió Enrique en ello; mas apenas habia estampado su firma en el tratado, cuando arrepentido de una ligereza tan poco favorable á su reputacion, castigó al marques por su mal consejo, desterrándole de la corte.

El favorito poco acostumbrado á semejantes contradicciones no vió mas que su humillacion, y olvidando en un momento los beneficios de veinte y cuatro años resolvió vengarse. Apenas fue desterrado cuando aquella misma nobleza, que durante su privanza le miraba con odio y envidia, le acogió amistosamente. Formóse una liga entre el almirante de Castilla, los condes de Benavente y Osuna, los arzobispos de Toledo y Santiago, los grandes maestros de Calatrava y Alcántara y otros muchos señores. El marques de Villena entró en esta coalicion, lisonjeado de la esperanza de recobrar con la espada el ascendiente que habia perdido sobre su soberano, y de obligarle á que le nombrase gran maes-

tre de Santiago que era á lo que su ambición habia puesto principalmente la mira. Los conspiradores acordaron que si Enrique no se prestaba á sus deseos, le declararían indigno de la corona, y pasarían esta á su hermano Alfonso, de cuyos pocos años se podían prometer mas docilidad y complacencia.

1464. Hallábase Enrique en Gibraltar, donde habia tenido una conferencia con el rey de Portugal, y en el momento en que tuvo noticia de esta coalicion, voló á Madrid, é indignado contra la ingratitude del marques de Villena, confirió al conde de Ledesma su rival el oficio de gran maestre de Santiago. La circunstancia de haber entrado el rey de Aragon en la liga obligó no obstante á Enrique á transigir con los autores de ella, prometiéndoles reparar los perjuicios de que se quejaban, y en muestra de reconciliacion concedió al marques de Villena la gran maestría de Santiago, de la cual hizo dimision el conde de Ledesma con un desinterés que acreditaba cuan digno era de ella.

Las condiciones impuestas á los soberanos en circunstancias críticas, rara vez son

cumplidas. Los nobles que no habian entrado en la liga hicieron ver á Enrique su debilidad, induciéndole á sostener sus derechos por las armas; mas los coligados le acusaron de haber querido privar á su hermano Alfonso de la sucesion al trono, y engañado á la nacion con su supuesta hija Doña Juana. Reuniéronse delante de Avila, y en un vasto teatro levantado al efecto, colocaron la estatua del rey con todas las insignias reales, de las cuales, leida en alta voz la acusacion que contra él habian formado, le fueron despojando sucesivamente. El arzobispo de Toledo le quitó la corona, el conde de Plasencia la espada, el de Benavente el cetro, y por último D. Diego Lopez de Zúñiga echó la estatua por tierra, clamando todos, *¡Castilla por el rey D. Alfonso!*

Bien pudiera Enrique castigar á los actores de este inaudito atentado, si el artificioso marques de Villena no le hubiese aconsejado que licenciase las tropas, seguro de que los de la liga, arrepentidos de una conducta tan ridícula, no tardarian mucho en someterse voluntariamente. Hízolo así el monarca, y salió bien pronto de su engaño, pues los rebeldes sitiaron á Simancas, Toledo se

declaró por D. Alfonso, y el vértigo de la insurrección se propagó con la mayor rapidéz por todo el reino. Levantando entonces las tropas que pudo, marchó Enrique á socorrer á Medina del Campo, sitiada por Don Alfonso, con quien trabó una reñida pelea que duró por todo un dia, quedando indecisa la victoria.

1467. Poco tiempo despues se apoderaron los rebeldes de Segovia, mas el alcázar, en donde estaban encerrados los tesoros, se defendió con mucho esfuerzo. La pérdida de esta ciudad quedó compensada ámpliamente con la sumision de Toledo, que volviendo á su antigua fidelidad al soberano, se entregó en sus manos, recibéndole dentro de sus muros entre las aclamaciones del júbilo y la alegría.

1468. Los partidarios de Alfonso, consternados con la pérdida de Toledo, trataron de poner á aquel príncipe en seguridad, trasportándole desde Arévalo á Avila, y habiendo comido en Cardenosa con la infanta su hermana, y acostándose á dormir la siesta, entrando á despertarle le encontraron muerto. Este repentino acontecimiento dió margen á sospechar con algun fundamento de

los rebeldes, que temiendo el caracter firme de Alfonso y sus talentos, creian hallar en la princesa Doña Isabel un instrumento menos temible y mas acomodado á su ambicion. Quedaron sin embargo desengañados y llenos de admiracion, cuando habiéndola ofrecido la corona, contestó que esta pertenecia á *D. Enrique por todas las leyes divinas y humanas*. Trataron entonces los rebeldes de entrar en negociaciones con el rey, el cual, abandonando los derechos de Doña Juana la Beltraneja, reconoció á Doña Isabel por heredera presuntiva del trono. Restablecida la paz, volvió el marques de Villena, á pesar de su ingratitude, á la gracia de Enrique, el cual por su caracter débil no podia pasar sin un favorito en quien descargar los cuidados del gobierno. El primer objeto que ocupó su atencion fue el matrimonio de Doña Isabel, al cual aspiraba entre otros el infante de Aragon D. Fernando, á quien habia conferido su padre el título de rey de Sicilia. Apeló el marques de Villena á la intriga para contrariar las miras de D. Fernando, pero sus maquinaciones fueron desbaratadas por el arzobispo de Toledo, que estimulado del amor á la patria, con-

dujo secretamente á Doña Isabel á Valladolid, á donde vino á persuasion suya el rey de Sicilia, y les echó él mismo la bendicion nupcial. No se contentó el arzobispo con asegurar la union de los dos esposos, sino que procuró sostener la supremacia de la Iglesia católica, asi como la tranquilidad de Enrique y la independendencia de Castilla.

1469. El rey de Sicilia, antes de dar la mano á Doña Isabel, juró reconocer al Papa por cabeza de la Iglesia, y respetar las inmunidades eclesiásticas, bien asi como cumplir con las condiciones que se habian estipulado, relativamente á la administracion de justicia, observancia de las leyes, usos, costumbres, fueros y privilegios, etc. Este tratado no podia menos de mortificar á Enrique, porque fuese ó no Doña Juana su hija, en el primer caso, se resentia el amor paternal y la justicia de la preferencia de Doña Isabel, y en el segundo, venia á confesar tácitamente la impostura sancionada con el reconocimiento formal que habia hecho de ella anteriormente. El intrigante marques de Villena, aprovechándose de esta disposicion de ánimo de D. Enrique, y auxiliado por el espíritu de venganza que se habia apoderado

de la reina, le arrastró á publicar un manifiesto, en el cual, protestando las concesiones que le habian arrancado como á la fuerza, declaró bajo juramento, que Doña Juana era su hija, y como tal heredera de la corona. D. Fernando y Doña Isabel impugnaron este manifiesto por medio de otro, exhortando á los castellanos á que no se dejasen engañar por las declaraciones de Enrique, ni por las intrigas y estratagemas de sus favoritos. El marques de Villena al mismo tiempo habia entablado ya dos negociaciones para casar á Doña Juana, primero con el duque de Berri, príncipe de la sangre de Francia, y despues con Enrique de Aragon, hijo del de su propio nombre que se habia apoderado de la persona de D. Juan el II, y entorpecido por espacio de diez años con sus pretensiones la marcha de los negocios en Castilla. Estas tentativas fueron igualmente infructuosas, pues Luis XI, ocupado en su propio engrandecimiento, recibió con frialdad la proposicion de la corte de Castilla, y Enrique de Aragon, naturalmente adusto, ofendió la nobleza Castellana, con lo cual irritado el marques de Villena, volvió los ojos á Portugal. Este monarca lisonjeado con la

proposicion, recibió al favorito de Enrique con las mayores muestras de consideracion; mas cuando el marques de vuelta á Castilla se gozaba ya en su interior del buen resultado de sus negociaciones, se vió atacado de una enfermedad mortal, y espiró, menos sentido del pueblo, que alguna vez habia adulado, que del monarca, á quien tantas habia burlado y escarnecido.

1474. Enrique no sobrevivió á su favorito, sino para dar á su hijo las mismas pruebas que habia prodigado al padre. Hacia tiempo que una calentura lenta alteraba su constitucion física y moral; y viendo su muerte próxima, se resignó á ella con la mayor conformidad, declarando antes de exhalar su último suspiro á la princesa Doña Juana por su hija y sucesora. Sin embargo, la mayoría de sus súbditos se sometio á la autoridad de D. Fernando y de Doña Isabel, que recibidos en Segovia, y puestos en posesion del tesoro real, fueron proclamados juntamente soberanos de Castilla y de Leon.

CAPITULO 33.

D. Fernando y Doña Isabel.

1475. El rey de Portugal, lejos de abandonar sus esperanzas por la muerte de Enrique, entró en Castilla al frente de un ejército, con el ánimo de casarse con Doña Juana, y el nuevo marques de Villena apoyó sus pretensiones. Decidióse la cuestión en el campo de batalla cerca de Toro, en donde, después de un largo y obstinado combate, los portugueses fueron vencidos, retirándose no obstante en buen orden á sus fronteras. El marques de Villena se sometió, y D. Fernando le recibió en su gracia: los descontentos siguieron su ejemplo, y la Castilla respiró al fin libre de la guerra civil que por tan largo tiempo la habia afligido.

1479. Las diferencias suscitadas por aquel tiempo entre el rey de Francia y el de Aragón, llamaron la atención de D. Fernando. Habia prestado Luis XI al principio de su reinado trescientas mil coronas al rey de Aragón, exigiendo por hipoteca las provincias del Rosellon y la Cerdaña; y aunque se habia

reintegrado superabundantemente de la citada suma, se negó á devolver aquellas. Acudieron los dos monarcas á las armas: Fernando no podia prestar á su padre grandes auxilios; y como por otra parte las tropas de Luis eran superiores en número y disciplina á las de Aragon, quedaron al cabo dichas provincias anejas á la Francia. El rey de Aragon, que contaba ya ochenta y dos años, falleció á poco tiempo en Barcelona; y aquel reino, reconociendo los derechos de Fernando, entró bajo su autoridad. La union de Aragon con Castilla, bajo el gobierno de un mismo monarca, hizo revivir el nombre, y estableció el poder de la España moderna.

Estaba aun esta Península ocupada en parte por tres estados independientes, que eran el Portugal, la Navarra y Granada. Estendíase el primero por las costas marítimas desde el Cabo de S. Vicente hasta la embocadura del Miño, y comprendia, con corta diferencia, la antigua Lusitania. La Navarra ocupaba desde los Pirineos á las fronteras de Castilla un pais de cerca de setenta y cinco millas de largo, y sesenta de ancho, limitándose al O. por la Vizcaya, y al E. por el Aragon. El territorio de Granada abrazaba cerca de ciento

setenta millas á lo largo de las costas del Mediterráneo, si bien en las guerras que habia tenido constantemente con la Castilla se habia ido reduciendo su territorio á unas setenta. A pesar de esto, la industria de los habitantes habia hecho de este corto distrito una mansion agradable y deliciosa. Los moros, no solo no se desdeñaban de dedicarse á la agricultura, sino que lo hacian con tanto esmero, que los campos cultivados por sus manos parecian jardines. Asi que Fernando no podia mirar sin dolor el mas bello pais de la España entre las manos de los enemigos de su religion y de su corona.

No se limitaron las miras de este príncipe solamente á la Península, pues llamaban tambien su atencion los otros estados de la Europa. Luis XI de Francia, con la adquisicion de la Borgoña, el Artois y la Provenza, y la usurpacion del Rosellon y la Cerdaña, habia acrecentado su poder en términos, que no podia menos de alarmar á la España. El reino de Nápoles estaba gobernado por un bastardo de la casa de Aragon, que bajo el reinado de D. Pedro III lo habia arrebatado de las manos á la de Anjou en 1282; pero los descendientes de esta última conservaban aun

sus pretensiones á aquella corona. El conde de Maine y de Provenza, heredero de esta rama, transmitió sus derechos á Luis XI y sus sucesores. Esta cesion debia naturalmente inquietar al rey de Nápoles, que por otra parte tenia mucho que temer de una nobleza turbulenta, y pronta siempre á tomar las armas para sostener sus enormes privilegios y ligarse contra el soberano. La forma de gobierno de Venecia era republicana. Los venecianos, que huyendo de la ferocidad de Atila se habian refugiado á las islas del mar Adriático, y habitaban indistintamente en la tierra ó en el agua, no tardaron en familiarizarse igualmente con estos dos elementos. Forzados primero por la necesidad á valerse de la navegacion segura, si bien penosa, de los rios y canales del interior, para penetrar en el centro de la Italia, continuaron despues aumentando su marina, y visitando frecuentemente todos los puertos del golfo. El gobierno de Venecia, formado en un principio de familias pobres, adquiriendo despues grandes riquezas, habia degenerado de su simplicidad primitiva. Sin embargo, esta república hacia rápidos progresos, grangeándose un alto rango, y ejerciendo un influjo muy notable

en los otros estados. Su industria y comercio, al paso que abastecian á todas las naciones de Europa de los objetos de lujo del Oriente, introducian en ellas los fabricados en sus propias manufacturas. Los venecianos no eran grandes guerreros, porque la nobleza envidiosa cortaba el vuelo á los talentos militares; sin embargo, en la mar, que era su elemento, las flotas de Venecia, mandadas por hombres de un gran mérito, contribuyeron á la estension de su poder y al aumento de su gloria. Florencia, aunque enriquecida por los mismos principios que Venecia, tenia diferente gobierno, pues una democracia turbulenta y licenciosa dirigia el estado. Apareció Cosme de Medicis á mediados del siglo xv, y su riqueza y su liberalidad, unidas á su mérito y celo, le adquirieron una gran preponderancia.

Cultivaba y protegía las letras, y el mismo barco que venia de las Indias á Florencia con especerías, solia traer igualmente un cargamento de libros griegos. Fue tal el ascendiente que tomó en las asambleas, que á pesar de que se conservaban las formas del gobierno popular, ocupando todos los puestos de la administracion magistrados revesti-

dos de antiguos títulos, y elegidos del modo acostumbrado, era Cosme en la realidad el gefe de la república. Imitóle su nieto Lorenzo, igualándole en autoridad, y aventajándole en generosidad y mérito literario, gobernando despues sus descendientes á Florencia con autoridad casi absoluta.

Génova, rival de Venecia desde su origen, disputaba á esta república la soberanía de la mar. Los talentos de los almirantes de las familias de los Pisanis y Dorias, célebres en la Europa, mantuvieron en su fiel la balanza por espacio de mas de cien años; pero Génova al cabo tuvo que ceder á la fortuna de su implacable enemiga, creciendo las facciones á medida de su decadencia, y viéndose obligada á recurrir á la proteccion estrangera, y á recibir la ley alternativamente del duque de Milan ó del rey de Francia.

Milan, á cuyo ducado habian aspirado á un mismo tiempo Carlos, duque de Orleans, por su madre Valentina, de la familia de Visconti que le habia obtenido anteriormente, y Alfonso, rey de Nápoles, apoyado en el testamento del último duque, desechando las pretensiones de entrambos, se puso en manos de Francisco Sforzia, cuyo mérito y va-

los mejoraron el derecho que tenia por su muger, hija del referido duque.

Roma, defendida de la ambicion de los lombardos á fines del siglo v, por el esfuerzo y prudencia del pontífice S. Gregorio el Magno, digno bajo todos aspectos del glorioso título de padre de la patria, con que le apellidó, se habia ido estendiendo, bajo sus sucesores, por toda la campiña de su nombre y por muchas de las ciudades adyacentes. En fin, todas las potencias de la Italia se gobernaban bajo un mismo sistema, ocupándose incesantemente en negociar y arreglar los intereses de los diversos estados: si se suscitaban alguna vez contestaciones que diesen lugar á recurrir á las armas, las batallas no eran de mucha consecuencia, y las victorias se obtenian sin gran efusion de sangre. Sin embargo, cuando un estado se hallaba amenazado de un peligro inminente, solia valerse de los *condottieri*, ó gefes de aventureros, que peleaban por el que mejor les pagaba ó mas rico botin les ofrecia.

Los alemanes conservaban aun muchos rasgos de aquella fiereza y espíritu guerrero que habian heredado de sus ascendientes los antiguos germanos. Cuando el cetro de Carlo

Magno cayó en las manos de unos príncipes sin talentos ni vigor, cada baron ejercia una autoridad soberana en sus propios dominios, y cada duque ó conde aspiraba á la independendencia, por manera que á mediados del siglo XIII la autoridad imperial no era mas que un título aereo. Así es que Rodulfo de Hapsbourg, fundador de la casa de Austria, fue electo emperador, como muchos de sus sucesores, no porque se tratase de restablecer el orden, sino porque sus dominios eran de tan corta estension, que no podian escitar los celos ni la envidia de los príncipes alemanes. Federico de Austria, tercer emperador de este nombre, lleno de terror por los progresos de los turcos, que habian enarbolado el estandarte de Mahoma en los muros de Constantinopla, temió por su capital, y tanto mas cuanto se hallaba empeñado en una guerra desgraciada que acababa de emprender, con la esperanza de apoderarse de las coronas de Hungría y de Bohemia.

Multiplicáronse bajo el reinado de este príncipe las calamidades del imperio, siendo la mayor la de la guerra civil. Devorábanse los partidos con todo el furor que acompaña

siempre al odio y á la enemistad, cuando no hay una autoridad superior que le contenga: creció la injusticia, aumentáronse las rapiñas y las exacciones, ligáronse las ciudades para sacudir la opresion de la nobleza y reprimir su insolencia, y en fin, dividióse la Alemania en diferentes círculos, en cada uno de los cuales se estableció una jurisdiccion para suplir la falta de un tribunal público que administrase la justicia. Pero este remedio fue poco eficaz, y el imperio estaba sepultado aun en la anarquía en la época en que por muerte de Federico habia pasado la corona imperial á su hijo Maximiliano, elegido antes rey de romanos, y que por su enlace con la hija de Carlos de Borgoña se habia procurado la adquisicion de la Flandes, del Franco-Condado y de los Países-Bajos.

La Inglaterra, por las victorias ganadas á la Francia, bajo el reinado de Enrique y de Eduardo, habia estendido su fama por toda Europa. Pero habiendo dado lugar la menor edad de Enrique VI á la pérdida de estas conquistas, fruto del valor y profunda política de su padre, solo quedaba Calais en poder de la Gran-Bretaña, que libre apenas de las turbulencias suscitadas por las pretensio-

nes de las casas rivales de York y de Lancaster, y á pesar del ascendiente que habia tomado la primera por el advenimiento de Eduardo IV al trono, podía temer aun que se encendiese de nuevo la tea de la discordia.

1480. Tal era la situacion de los estados principales de la Europa, cuando Fernando entró á regir el cetro de Aragon juntamente con el de Castilla. La grande estension de sus dominios y lo poco que tenia que temer de sus vecinos, ofrecian un vasto campo á su ambicion de gloria y engrandecimiento; pero los límites de su autoridad oponian un dique á sus miras. Los privilegios de la nobleza de Castilla, los fueros de la mayor parte de las ciudades y villas, y la influencia que tenían en las deliberaciones de las córtes, eran otros tantos obstáculos que impedian el libre curso de la autoridad soberana. No se habia apagado aun en la Castilla el fuego de la insurreccion: los partidarios de Doña Juana contrariaban las disposiciones del gobierno, oponiéndose abiertamente á ellas: los nobles y los grandes tenían los pueblos oprimidos con el ejercicio arbitrario de una jurisdiccion que no conocía mas coto que su albedrío. Todo era confusion, todo anarquía y des-

orden. Convocadas córtés en Toledo, se anuláron la mayor parte de las gracias hechas por Enrique IV con mas prodigalidad que discernimiento, con lo cual se aumentaron las rentas de la corona en treinta millones de maravedises. Recorriendo despues Fernando é Isabel unas provincias, enviando comisionados á otras, castigando y perdonando oportunamente, á fuerza de fatigas y desvelos pudieron restablecer la justicia, introduciendo en la administracion el órden por que clamaba. El cardenal Mendoza aconsejó á SS. MM. que estableciesen la Inquisicion en los estados de Castilla, para cortar los estragos que hacian, especialmente en Andalucía, el judaismo y el mahometismo. Rivalizaban aun el poder del monarca las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara; y como hubiera sido arriesgado atacarlas de frente, Fernando, con la profunda sagacidad y prudencia de que se hallaba dotado, procuró ganar á los caballeros de Santiago, persuadiéndoles á que le pusiesen al frente de su orden. Apoyado despues en la reputacion, que por el buen éxito de sus expediciones contra los moros habia adquirido, logró tambien que los caballeros de Calatrava y Alcántara, á imi-

tacion de los de Santiago, le eligiesen á él y á Isabel por gefes de sus órdenes. Inocencio III y Alejandro VI sancionaron esta eleccion, y sus sucesores declararon anejas para siempre á la corona las grandes maestrias de estas órdenes, con lo cual aumentaron los reyes de España su poder considerablemente, no menos que sus rentas.

Por mas ventajas que hubiese podido sacar Fernando de estas medidas, dificilmente hubiera consolidado la dignidad y prerogativas de la corona, sin el apoyo de las armas. Convencido de que solo una guerra prolongada y próspera podria sujetar las tropas á la disciplina, y acostumbrarlas á la debida sumision al soberano, se ocupó desde su advenimiento al trono de Aragon en los medios de terminar las diferencias que el matrimonio de Doña Juana habia suscitado entre la corte de Castilla y la de Portugal. Un tratado honroso y conforme á los intereses de entrambas partes, puso fin á todas las pretensiones. El rey de Portugal desistió de las suyas sobre la Castilla, y renunció á la mano de Doña Juana; y Fernando en paz con sus vecinos, se preparó á llevar la guerra á Granada, como el unico medio de realizar sus

proyectos, y satisfacer el ardiente deseo que tenían sus súbditos de pelear con los moros.

1481. Regia en esta época el cetro de Granada Abul-Hosein, que en medio de su avanzada edad conservaba aun el vigor que en su juventud le habia grangeado la reputacion de valiente. Intimándole Fernando que le pagase el tributo de vasallage, contestó con altivéz: *que en el mismo taller en que se acuñaba la moneda de Granada, se forjaban las armas para su defensa.* Mandó entonces Fernando al marques de Cadiz que invadiése el territorio de los moros, los cuales, corriendo á las armas á las primeras hostilidades, sorprendieron á Zahara y se llevaron cautivos á sus habitantes. Esta pérdida quedó compensada por la toma de Alhama que hizo de asalto el marques de Cadiz, siendo estas pequeñas acciones como los preludios de una guerra mas seria, para la cual se prepararon con igual inquietud y actividad moros y cristianos.

El rey de Granada fue el primero que puso sus fuerzas en movimiento para recobrar á Alhama, cuyo sitio tuvo que abandonar por dos veces al acercarse las tropas de Fernando; pero en cambio forzó tambien á es-

te á levantar el sitio de Loja. Este revés solo sirvió para que Fernando hiciese nuevos esfuerzos, los cuales auxilió Isabel, escediendo aun á su augusto esposo en constancia y ardimiento. No contenta con levantar, mediante sabias y activas disposiciones, un ejército numeroso, equipar escuadras, y abastecer almacenes de armas y municiones, añadió á los recursos que le facilitaron los estados, el crecido fruto de sus propias economías. La resistencia de los moros, á pesar de la division que reinaba entre ellos, y de la inferioridad de sus medios, fue tenaz y gloriosa. Muley-Abul-Abdalí, que, arrojado su padre Abul-Hosein del trono de Granada y refugiado á Málaga, reinaba en la capital, se puso en campaña con un crecido ejército, tomó á Lucena, saqueó muchos pueblos de Andalucía, y se retiró cargado de botin. Perseguióle el conde de Cabra, y cayendo un dia de niebla sobre su retaguardia repentinamente, dispersó todo el ejército, sin que el ejemplo ni las exhortaciones del rey pudiesen contener la fuga y el desorden. Defendióse Abdalí con valor por algun tiempo; mas habiéndole muerto dos caballos en la accion, hubo de rendirse. Presentado despues á Fernan-

do é Isabel en Córdoba, estos monarcas, atentos al bien que podia resultarles de mantener la division en Granada, le dieron libertad, con la condicion de que él haria lo mismo con los cautivos cristianos que tenia en su poder, que se reconoceria vasallo del rey de España, y que le pagaría doce mil escudos cada año.

El éxito de esta medida justificó la prevision de Isabel y de Fernando. Mientras que sus tropas, en cuatro campañas consecutivas, habian vuelto á tomar á Zahara, reducido á Ronda, Velez y Málaga, y desplegado sus banderas victoriosas en las orillas del rio Verde, así como en los bordes del Mediterraneo, la guerra civil debilitaba las fuerzas de los moros. Abul-Hosein resistió á las pretensiones de su hijo, pero hubo de ceder á las de su hermano Mahomet el Zagal, que para saciar su ambicion no temió manchar sus manos con un fratricidio. Mahomet, ocupando el trono, no tardó mucho tiempo en conocer hasta qué punto podia contar con la fidelidad de sus súbditos. Rotos los vínculos de la sociedad, los moros suspiraban por nuevas revoluciones. Abdalí, con un cuerpo de tropas escogido, sorprendió á Grana-

da, introduciéndose en ella á favor de sus partidarios; y este acontecimiento disminuyó el poder de Mahomet, que no reinó mas que en la parte meridional de Andalucía bañada por el rio Verde.

1488. Sitiaban las fuerzas españolas mientras tanto á Baza; pero la guarnicion desesperada hizo una salida y sacrificó cruelmente á los cristianos que cogió desprevenidos. Este fue felizmente el último esfuerzo de la agonía de la independencía de los moros. Detestaban á Mahomet, mirándole como un usurpador; y el corto número de sus partidarios complicados en sus crímenes, tuvo buen cuidado de proveer á su propia seguridad, sometiéndose oportunamente. Guadix y Almería abrieron las puertas á Fernando; Baza, despues de una vigorosa defensa de ocho meses, se vió obligada á capitular, y Mahomet, despojado de sus dominios, tuvo que recurrir á la generosidad de los cristianos para evitar la justa venganza de su sobrino. Dióle Fernando una de las mejores ciudades de aquel canton, con dos mil vasallos en los pueblos inmediatos, asignándole sobre ellos quatro millones de maravedises de renta anual; mas poco tiempo despues se retiró al Africa.

1491. Fernando é Isabel, estimulados por el amor á la religion, al qual debieron el glorioso título de *Reyes Católicos*, que distingue aun á nuestros soberanos, miraban la espulsion de los moros de Granada, como una de las mas altas empresas á que podian consagrar sus fatigas y desvelos. Infundiendo en sus súbditos el santo celo de que se hallaban poseidos, las córtes y ciudades principales de Castilla y Aragon contribuyeron á porfia al logro de sus designios. El clero, no menos deseoso de mostrar su celo por una causa tan santa como conforme á sus piadosas miras, prodigó sus bienes y recursos con un desprendimiento verdaderamente apostólico. Fernando, al frente de un ejército de setenta mil hombres de acreditado valor y bien disciplinados, marchó sobre Granada. Animábales ademas la presencia de Isabel; y los caballeros, llenos de admiracion al ver el espíritu y denuedo de esta incomparable princesa, ardian en deseos de merecer su estimacion y aprecio. Las tropas de Fernando asolaron en su marcha las fértiles campiñas de Granada, y en el noveno año de la guerra camparon bajo los baluartes de aquella ciudad, no dejándole mas

alternativa que la de la sumision ó la ruina.

Granada, situada al extremo de un fértil y delicioso valle á los orillas del Genil y el Darro, estaba defendida por la naturaleza; pero en una lucha tan desigual, su ventajosa posicion y el entusiasmo de los ciudadanos no eran suficientes para libertarla del yugo de los cristianos. Los moros reducidos á la desesperacion, no podian librar su salvacion sino en su esfuerzo; sin embargo las reiteradas salidas que hicieron de la plaza les fueron por la mayor parte funestas. Los sitiadores, por medio de su vigilancia, estaban á cubierto de toda sorpresa; el órden que reinaba en las líneas, la exactitud en el servicio, y la buena inteligencia de los gefes, todo anunciaba á los cristianos una victoria cierta. Hasta un accidente, que podia haber reanimado la esperanza de los sitiados, no sirvió mas que para desvanecerla enteramente.

Solia Isabel emplear algunas horas de la noche en la lectura, y la luz, por descuido de una camarista, prendió fuego en su aposento. Libróse la reina de las llamas, pero el incendio cundió con la mayor rapidez por el campamento, formado de chozas y barra-

cas cubiertas de ramas de árboles. Montó el rey medio desnudo á caballo, y mandó que un grueso destacamento de caballería fuese á ocupar el camino de la ciudad, é impedir que los moros hiciesen alguna salida durante el incendio. La reina, para prevenir en adelante semejantes accidentes, mandó que se fabricasen las casas de piedra, tirando las calles á cordel, y formando una nueva ciudad, á la cual no consintió que se le pusiese su nombre, sino el de *Santa Fé*, que conserva aun en el dia. Esta medida, que probaba la firme resolución de los sitiadores de no abandonar la empresa, fue el golpe mortal que acabó de destruir las esperanzas de los sitiados.

Atormentados del hambre, destituidos de todo recurso, y viéndose en la imposibilidad de resistir mas largo tiempo, se abandonaron á todos los horrores de la desesperacion. Ya corriendo á los sepulcros de sus antepasados, imploraban su asistencia, ya haciendo resonar las mezquitas con dolorosos gritos, llenaban de imprecaciones á su profeta, cuya cólera procuraban desarmar un momento antes. Despues de haber desfogado asi el primer ímpetu de su furor, salieron tumultuosamente de la plaza, y ataca-

ron con encarnizamiento los trabajos de los sitiadores. Pero Fernando que contaba con la solidéz de sus puestos fortificados, quiso mas bien esperar á que el hambre hiciese su efecto, que esponer sus soldados al ciego furor de los infieles. Desconcertados con esta prudente medida, que les privaba hasta del triste recurso de obtener una muerte gloriosa, llenos de terror cercaron el palacio de la Alhambra, amenazando al soberano, y cargándole de imprecaciones como si fuera la causa de sus males.

Sin embargo, á esta tempestad sucedió la calma, de la cual se aprovechó Abdalí para conseguir lo único á que podia aspirar, que era una capitulacion honrosa. Deseosos los reyes católicos de asegurar el triunfo, firmaron el 25 de noviembre de este año un tratado, por el cual consintió el rey moro en entregar la capital y el palacio de la Alhambra, prestar homenaje de fidelidad al vencedor, dar libertad sin rescate á todos los esclavos cristianos y quinientos ciudadanos de los mas principales en rehenes y garantía de la ejecucion del convenio. Fernando en cambio se allanó á dejar á los vencidos sus bienes, armas y caballos, á respetar las

mezquitas, permitiéndoles el libre ejercicio de su culto, á gobernarlos segun sus leyes y por magistrados sacados de su seno, á eximirlos de impuestos por tres años, á no gravarlos nunca mas de lo que comunmente los gravaban sus reyes, y en fin, á facilitar el paso á Africa á los que quisiesen disponer de sus posesiones y retirarse con sus efectos. Mas apenas se habia firmado esta capitulacion y hecho entrega de los rehenes, cuando el pueblo enfurecido se amotinó contra Abdalí, que para salvar la vida tuvo que encerrarse en el Alhambra. Informado por él Fernando de este alboroto, hizo entender á los granadinos, que á la menor infraccion de la capitulacion, pasaría á cuchillo á los rehenes que tenia en su poder, y reduciría á los habitantes de la ciudad á la mas penosa esclavitud, con lo cual se calmaron los sediciosos y se retiraron á sus casas.

1492. Los reyes católicos entraron triunfantes en Granada el 2 de enero con toda solemnidad, haciendo tremolar en ella la sagrada insignia de la cruz, el estandarte real y el de Santiago, á cuya vista se postuló el ejército bañado en lágrimas de gozo.

Abul-Abdalí, luego que dobló la rodilla en señal de vasallage delante de los reyes, partió para las Alpujarras. Dícese que cuando llegó á Pagul, que es el último lugar desde donde se puede descubrir á Granada, volvió los ojos á ella, y un torrente de lágrimas descubrió toda la amargura que despedazaba su corazón; y su madre que iba en su compañía, indignada de esta flaqueza, le dijo: *razon tienes para llorar como muger la pérdida de un reino, que no has sabido defender como hombre.*

Detuviéronse los vencedores algun tiempo en la ciudad, para proveer al gobierno de ella. Erigida en arzobispado, ocupó su silla Fernando de Talavera, confesor de la reina, sucediéndole en este ministerio el famoso Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, de mérito singular, vastos conocimientos y prudencia consumada. Publicaron despues el 30 de marzo un edicto mandando á todos los judíos, que en el término de seis meses abrazasen el cristianismo ó saliesen del reino, con cuyo motivo emigraron mas de treinta mil familias al Africa y á Portugal, llevándose inmensas riquezas.

Aunque la poblacion de un estado sea

su mas firme apoyo, puede decirse que la pérdida que sufrió España con la espulsion de los judíos, quedó mas que compensada con un acontecimiento extraordinario é importante para la Europa, ocurrido en aquel tiempo: hablo del descubrimiento de las Américas, hecho por Cristobal Colon. Este hombre extraordinario, natural de Génova, de una familia ilustre, en la cual habia habido algunos almirantes distinguidos, mostró desde jóven grande inclinacion á la marina, dedicándose á las matemáticas, y particularmente á la geografía y astronomía. Con estos conocimientos esenciales dió principio á su carrera en un elemento, en que adquirió despues tanta gloria. Persuadido, por las observaciones que habia hecho en muchos años de navegacion por el Mediterráneo, islas Canarias, de la Madera, Porto Santo, costa de Africa y otros puntos, de que la estremidad del continente oriental del Asia distaba poco de la Europa por la parte del Occidente, formó el atrevido proyecto de atravesar el Atlántico, abriendo un camino mas fácil y mas corto que el que seguian los portugueses por el Cabo de Buena Esperanza. Necesitaba para llevar á cabo esta empresa la proteccion de

algun potentado, y el amor á la patria le hizo dirigirse primeramente á la república de Génova, que desechó sus proposiciones. Como estaba casado con una portuguesa, acudió despues al rey de Portugal, presentándole el proyecto por escrito, durante cuyo exámen envió aquel monarca, con poca generosidad, una carabela á tentar el derrote-ro que Colon habia trazado. Pero el piloto y la tripulacion, espantados de las grandes dificultades con que habian tropezado, dieron bien pronto la vuelta, asegurando que la ejecucion de la empresa era imposible.

Colon, indignado de esta superchería, abandonó al momento una corte en donde se abusaba tan fácilmente de la confianza de los ciudadanos, y encargó á su hermano Bartolomé que sondease las disposiciones del gobierno inglés, mientras que pasaba él en persona á España á presentarse á Fernando é Isabel, á los cuales encontró ocupados en la guerra de Granada. El príncipe, naturalmente circunspecto, miró con desconfianza un proyecto tan extraordinario como atrevido, y la reina, á pesar de su gran penetracion, adhirió al dictamen de su augustó esposo, recibiendo ambos con frialdad las pro-

posiciones de Colon, y teniéndolas por temerarias. Cansado al fin de tantas objeciones como se le hacian, tomó Colon el partido de pasar á Francia é Inglaterra, y habiendo salido ya de Santa Fé con este objeto, fue llamado por Isabel. Habíase rendido Granada, y como los primeros momentos de un triunfo son siempre favorables á las nuevas empresas, se miró entonces el plan de Colon con otros ojos. Examinado por el P. Juan Perez de Marchena, religioso de S. Francisco, por Don Alfonso de Quintanilla, y Luis de Santángel, tesorero de las rentas eclesiásticas de Aragon, no solo pareció util y ventajoso, sino que los últimos, que protegian ya anteriormente á Colon, pintaron con tan risueños colores la gloria que resultaria de su ejecucion á la corona de España, que Isabel se propuso auxiliarla, sacrificando hasta sus propias joyas. Celebróse el convenio, y Colon, con tres embarcaciones pequeñas y ciento veinte hombres, salió del puerto de Palos en Andalucía el 3 de agosto de 1492, para atravesar el Atlántico y descubrir en el hemisferio occidental un nuevo mundo. No le seguiremos en su derrota, contentándonos con decir que tuvo el término que

deseaba, pues á 11 de octubre de aquel año descubrió él mismo por la noche una luz, y á las dos de la madrugada la suspirada tierra. Era esta la de Guanahani, una de las islas Lucayas, á cuyo descubrimiento se siguió el de la Concepcion, Cuba, la Española, y otros puntos, volviendo Colon victorioso y triunfante al mismo puerto de Palos, de donde habia salido, á los siete meses y doce dias. Fue recibido en España y por los reyes con las mas vivas demostraciones de estimacion y alegría. Dieron estos parte á D. Rodrigo de Borja, natural de Valencia, que bajo el nombre de Alejandro VI acababa de ocupar la silla pontificia, el cual, para cortar las disputas suscitadas entre España y Portugal sobre los nuevos descubrimientos, trazó la línea llamada de *demarcacion*, que señalaba á una y otra potencia el término de sus conquistas.

Restituidos á la España por el rey de Francia Carlos VIII los condados del Rosellon y la Cerdaña, partió Colon de nuevo en este mismo año á continuar sus expediciones, saliendo de Cadiz el 25 de setiembre con diez y siete naves. Los descubrimientos que hizo en este viage, y el celo que desplegó para

reprimir los desórdenes causados en su ausencia en los establecimientos que habia hecho anteriormente, solo sirvieron para acarrearle la envidia. El P. Boil, benedictino, y D. Pedro Margarit, temiendo la justicia del almirante, el primero por haber fomentado sediciones y alborotos durante su viage á España, y el segundo por haber saqueado con las tropas de su mando los pueblos, vinieron á la córte y le acusaron. El rey envió al año siguiente un comisario para que se informase de lo ocurrido, y Colon volvió con él en el de 96. Fue bien recibido, y sin hablarle de las acusaciones de aquellos dos hombres sediciosos, se le mandaron dar seis naves. El obispo de Badajoz D. Juan Rodrigo de Fonseca, encargado de este armamento, y que merecia la confianza de la reina, protegió á los acusadores de Colon, de quien se mostró enemigo implacable, sin que se sepa la causa, é hizo cuanto pudo para retardar esta nueva empresa.

Amenazado en aquel tiempo D. Alfonso, rey de Nápoles, por Carlos VIII de Francia, que pretendia hacer revivir los derechos de la casa de Anjou á aquel reino, apeló al auxilio y mediacion del monarca católico. En vano

representó D. Fernando al rey de Francia la injusticia de la agresion que meditaba, pues llevándola á ejecucion invadió la Italia, y entró en Roma, viéndose el rey de Nápoles obligado á abdicar la corona en favor de su hijo el duque de Calabria. Esta conducta obligó á D. Fernando á formar una poderosa liga contra los franceses, levantando un ejército, que puso á las órdenes del marques de Mantua para cortarles la retirada, enviando á Nápoles al famoso Gonzalo de Córdoba, y atacando él mismo la Francia por el Rosellon y la Vizcaya. Gonzalo de Córdoba arrojó á los franceses del reino de Nápoles, adquiriendo el renombre de *el Gran Capitan*, y obligando al rey de Francia á proponer á Fernando una suspension de armas. Verificáronse entonces los matrimonios, concertados antes, de la infanta de España Doña Juana con el archiduque de Austria D. Felipe, y del príncipe de Asturias D. Juan con la archiduquesa Doña Margarita. Muerto poco tiempo despues este malogrado príncipe, se celebró el matrimonio del rey de Portugal con la infanta de España Doña Isabel, viuda del infante de aquel reino D. Alfonso.

Mientras tanto D. Francisco Jimenez, que

acababa de ocupar la silla arzobispal de Toledo por fallecimiento del cardenal de Mendoza, emprendió por comision del Papa la reforma de las órdenes religiosas. Llevóla á cabo, auxiliado de otros dos obispos, mas no sin haber experimentado fuerte oposicion por parte de los franciscanos, cuyo general anduvo tan poco comedido con la reina Doña Isabel, que á pesar de su piedad acrisolada, se vió en la precision de arrojarle de España. Apoderóse por aquel tiempo el duque de Medina Sidonia, en nombre de Fernando, de Melilla en Africa, abandonada por los moros durante la guerra que los reyes de Fez y de Tremecen se hacian por la soberanía de esta plaza.

1498. Hizo entonces Colon su tercer viage, dando la vela de Sanlucar el 30 de mayo, con el mismo buen éxito que los anteriores, haciendo nuevos descubrimientos, si bien aumentó con ellos el número de sus enemigos. Las acusaciones y calumnias que estos, protegidos por Fonseca, movieron contra él, indujeron á los reyes católicos á enviar en lugar del almirante á Francisco de Bobadilla, comendador de la orden de Calatrava, hombre vano y colérico, que á su llegada hizo pren-

der á Colon , y le envió á España , en donde no se sació la saña de sus encarnizados enemigos hasta verle despojado de todos los cargos, bienes y honores, á escepcion del título de almirante.

Vinieron por aquel tiempo los reyes de Portugal á Toledo á visitar á sus augustos padres, y fueron reconocidos por las córtes como herederos presuntivos de la corona. Pasando despues á Aragon con el mismo objeto, fueron tambien reconocidos por aquellos estados, no sin algunas contestaciones, tal vez promovidas por el rey, pues decian los diputados, que siendo aun joven este monarca podria tener hijos; cosa que de tal modo ofendió á Isabel, que dijo: *que para quitar dificultades, acaso seria mejor conquistar Aragon que reunir las córtes.* La reina de Portugal murió de allí á poco tiempo, una hora despues de haber dado á luz un infante, llamado D. Miguel, que los reyes católicos procuraron despues hacer reconocer por su sucesor. Hizo entonces D. Fernando un tratado secreto con Luis XII, que acababa de subir al trono de Francia, para dividir entre sí el reino de Nápoles, sin que se sepan los motivos que tuvieron para esto.

1500. Una sublevacion de los moros de las Alpujarras llamó la atencion de Fernando, que marchando sobre ellos, los redujo prontamente á la obediencia, obligándoles á hacer un convenio, por el cual se allanaron á pagar cincuenta mil ducados, dando treinta y dos personas en rehenes. Alborotáronse tambien al año siguiente los moros de Ronda con los de otros lugares vecinos, y estrechados por Fernando lograron por fin obtener su permiso para pasar al Africa, pagando diez doblones por familia, lo cual produjo sesenta mil para el erario, librándose el rey por este medio de enemigos inquietos y revoltosos.

Gonzalo de Córdoba, en ejecucion del tratado secreto hecho entre los reyes de España y Francia, de que hablamos antes, y que fue aprobado por el Papa, se apoderó de las dos Calabrias y de la Pulla, que le habian tocado á su amo; pero despues se hicieron una guerra cruel españoles y franceses, por los territorios de la Basilicata y Capitanata, que ambas naciones sostenian pertenecerles por el tratado.

Deseaba Isabel asegurar la sucesion á la corona, y con este objeto, muerto el infante

D. Miguel, convidó al archiduque Felipe y su esposa la princesa Doña Juana, á que vienesen á España, en donde fueron reconocidos por herederos del reino, con poco gusto de D. Fernando, que tuvo sin embargo bastante prudencia para disimularlo, y bajo la condicion de que se hizo mérito anteriormente.

1502. La guerra que se encendió entonces entre el emperador de Austria y la Francia, obligó al archiduque D. Felipe á volverse á sus estados, con gran sentimiento de los reyes y de la princesa Doña Juana, que no pudiendo detenerle quedaron tan inconsolables por su partida, como descontento de ella el pueblo. Llegado á Francia, tuvo una conferencia con Luis XII en Lyon, y concluyó con él un tratado, en nombre de Fernando, contra las instrucciones que este le habia dado. Desaprobólo el monarca español, y previno al Gran Capitan que se desentendiese de todas las órdenes que él no le comunicase. Renováronse con este motivo las hostilidades contra los franceses en Italia, y vencido Aubigni en Seminara por Antonio de Leiva, el duque de Nemours fue derrotado y muerto en Cerinola, y el ejército

que Luis XII habia reunido en Parma, destruido completamente por el Gran Capitan, que arrancó de las manos de los enemigos el reino de Nápoles, en menos tiempo que el que habian empleado en conquistarlo. Irritado el rey de Francia, entró con sus tropas por el Rosellon y el Aragon, mas D. Fernando le obligó á levantar el sitio de Salces, y llevando los horrores de la guerra hasta las cercanías de Narbona, le puso en la precision de pedir treguas por algunos meses.

1503. La princesa Doña Juana dió á luz en Alcalá al infante D. Fernando, de cuyas resultas se le trastornó la cabeza. Su madre Doña Isabel, en cuyo pecho habia labrado una melancolía mortal la pérdida del infante D. Juan y de la reina de Portugal, no pudo soportar este nuevo golpe. Su sensibilidad y su ternura cedieron al peso de tantos males reunidos, y bajó al sepulcro, llevándose consigo las lágrimas del profundo dolor y sentimiento de sus súbditos, que habian experimentado constantemente los efectos de su justicia y humanidad, y encontrado en la dulzura de su caracter leal y generoso, una proteccion segura contra el rigor inflexible de Fernando. Dotada de una presencia ma-

gestuosa, de grandes talentos, que procuró cultivar con el estudio, de una sensibilidad exquisita, de una penetracion singular, y de una virtud incomparable, buscaba con ansia el mérito para recompensarle, poniendo al frente de los cargos á los mas capaces de desempeñarlos. El fomento que dió á las artes, y la proteccion que hallaron en ella las ciencias, produjeron en su tiempo en España los hombres grandes que recuerda aun con gratitud y admiracion la historia. Legó el reino á su hija la princesa Doña Juana, y despues de su muerte á D. Carlos, su nieto, que tenia entonces cuatro años, nombrando por regente del reino al rey D. Fernando, su marido, hasta que D. Carlos cumpliese veinte años.

CAPITULO 34.

Doña Juana.

1504. Perdió Colon en Isabel la única protectora que tenia. Vuelto á España, á fines de este año, del cuarto viage que habia emprendido en mayo de 1502, no recibió de la corte mas que desaires y amargas reconven-

ciones, sobre que sus descubrimientos no merecían las grandes recompensas que por ellos habia obtenido. El Gran Capitan estuvo tambien á pique de ser envuelto en una trama urdida por sus enemigos, y solo las pruebas irrefragables que dió de su conducta leal y sincera pudieran haberle restituido á la gracia de Fernando. La severidad de este monarca tenia tan descontentos á los grandes de Castilla, que trataron de despojarle de la regencia y ponerla en manos del archiduque D. Felipe. Valiéronse para esto de D. Juan Manuel, embajador que habia sido en la corte imperial, por cuyo consejo aquel príncipe, diciendo que el testamento de la reina era supuesto, hizo entender á Fernando que, no pudiendo haber dos reyes sobre un mismo trono, estaba resuelto á defender el derecho que tenia por Doña Juana á gobernar la España por sí solo y sin asociado. Fernando por su parte, apelando á todos los medios que puede sugerir una política refinada, acompañada de la esperiencia y la cordura, hacia lo posible por retener su autoridad. Conduciéndose con mas afabilidad con la nobleza, auxiliado por su embajador Lope de Conchillos, procuró persuadir á la

reina Doña Juana á que confirmase la disposicion de su madre, autorizándole para gobernar el reino. Descubrió D. Juan Manuel esta intriga, y el archiduque irritado encerró á la reina en un cuarto, mandando prender á Conchillos. D. Fernando á este tiempo celebró córtés en Toro, y en ellas fue reconocido por regente del reino, y aprobado el código de leyes, que Doña Isabel habia proyectado para el gobierno de Castilla, llamadas comunmente *Leyes de Toro*. Haciendo luego venir á España la mayor parte de las tropas del Gran Capitan, las envió al Africa por consejo del arzobispo de Toledo, y se apoderaron del puerto y ciudad de Mazalquivir.

Noticioso de que el archiduque solicitaba el apoyo de la Francia, pidió Fernando á Luis XII en matrimonio á su sobrina Germana de Fox, prometiendo que los hijos que en ella tuviese serian reyes de Nápoles: proposicion que aceptó gustoso aquel monarca, declarándose por Fernando.

El archiduque, privado del apoyo de un aliado, con quien contaba principalmente, procuró reconciliarse con su suegro, haciendo en Salamanca, por medio de sus emba-

jadores, un tratado con él, estipulando que los dos reyes y Doña Juana gobernarían los estados de Castilla con igual autoridad, poniendo los nombres de todos tres en los despachos, y al refrendarlos la cláusula de *por mandado de sus altezas*.

No se hallaba Felipe en ánimo de cumplir este tratado, pues contaba con que sus partidarios le anularían luego que viniese á España. Salió, pues, de Middlebourg el 8 de enero de 1506, dos días después de la publicación del referido convenio en Salamanca, acompañado de Doña Juana, que había dado á luz poco antes á la infanta Doña María; pero una tempestad le obligó á arribar al puerto de Weymouth en Inglaterra. Habiéndose avistado con Enrique VII en Windsor, estrechó con él más su amistad, celebrando en Londres un tratado de alianza entre los dos reyes y el emperador. Aprovechóse Enrique de esta ocasión para pedirle que le entregase á Edmundo Lapole, conde de Suffolk, á quien temía mucho por su alianza con la casa de York, y que para ponerse á cubierto de su resentimiento se había refugiado á los Países Bajos. Entregósele Felipe á condición de que le salvaría la vida, como lo

hizo Enrique, pero su sucesor le decapitó despues.

1506. Continuando el archiduque su viage desembarcó en la Coruña, y anulando el tratado de Salamanca, insistió en que D. Fernando renunciase la regencia de Castilla y se retirase á Aragon. Este monarca, viéndose abandonado de todos, á escepcion del duque de Alba y el arzobispo de Toledo, se resignó á ceder al torrente que le arrastraba, y tuvo una entrevista con el archiduque en una casa de labor llamada *Remesal*, entre la Puebla de Sanabria y Asturianos. Estaba Felipe acompañado de seis mil hombres armados y en órden de batalla, mientras que Fernando se presentó con solos doscientos, montados en mulas y desarmados, y sin mas cortejo que el duque de Alba, haciendo su aire jovial y placentero un contraste singular con la gravedad y circunspeccion del archiduque. Conferenciaron los dos monarcas en secreto, y concluyeron un tratado, por el cual convino D. Fernando en retirarse á sus estados de Aragon, conservando los tres grandes maestrazgos de las órdenes militares, y una renta de cincuenta mil escudos. Celebraronse luego cór-

tes en Valladolid, y se prestó en ellas juramento de fidelidad á los nuevos reyes, declarando por sucesor á la corona al infante D. Carlos.

Felipe, que mientras aspiraba al gobierno habia mostrado prudencia y circunspeccion, no tardó mucho tiempo en perder el concepto que habia adquirido, tratando con desprecio á Doña Juana, teniendo algunas diferencias con la Inquisicion, removiendo de sus empleos á la mayor parte de los magistrados y gobernadores, para colocar en ellos á sus favoritos los flamencos, permitiéndoles ademas que hiciesen un escandaloso tráfico con los cargos vacantes. Esta conducta escitó en los pueblos algunos alborotos, que hubieran sido funestos á la nacion, si la muerte del rey ocurrida en Burgos no los hubiera apaciguado. Dejó de Doña Juana dos hijos, Carlos y Fernando, y cuatro hijas llamadas Doña Leonor, Doña Isabel, Doña María, y la pósthuma Doña Catalina, que todas fueron reinas.

Despues de la muerte de Felipe se formó una regencia compuesta de siete señores, y presidida por el arzobispo de Toledo, el cual se presentó á la reina Doña Juana para

que firmase la convocatoria de las c6rtes, y le contest6 que su padre D. Fernando vendr3a y proveer3a 3 todo. Hall3base este en G6nova cuando recib3o la noticia de la muerte de su yerno, mas no por eso dej6 de continuar su viage 3 N3poles. Estaba mientras tanto la Castilla en la mayor confusion, y los grandes divididos en dos partidos. El arzobispo de Toledo, cabeza de uno de ellos, estaba por D. Fernando, y el duque de N3jera y el marques de Villena, con algunos otros, querian que el emperador Maximiliano tomase las riendas del gobierno de Espa3a. Junt3ronse las c6rtes, y confirieron la regencia 3 D. Fernando. La reina hizo desenterrar el cuerpo de su esposo, con pretesto de llevarle al panteon de Granada, pase3ndole por todas partes, y dando muestras del trastorno que padecia su esp3ritu, si bien no dejaba de tener algunos ratos de cordura, por cuyo motivo formaron los grandes el proyecto de volverla 3 casar, que desech6 con la mayor indignacion esta se3ora.

1507. La venida de Fernando 3 Espa3a desconcert6 las medidas que tomaban los se3ores disidentes para sostener los pretendidos derechos de Maximiliano. El rey cat6lico,

autorizado por su hija para gobernar la Castilla, hizo á los castellanos entrar en su deber, probándoles que la firmeza es la mejor cualidad que puede tener un príncipe. Si Fernando olvidó los servicios del célebre Colón, muerto en este año, procuró recompensar los del arzobispo de Toledo Jimenez con el capelo, confiriéndole despues la dignidad de inquisidor general, vacante por fallecimiento del arzobispo de Sevilla.

No habiendo renunciado Maximiliano absolutamente sus pretensiones sobre el gobierno de España, Fernando, deseoso de disipar hasta la mas leve sombra de discordia, apeló á la mediacion de Luis XII de Francia, que le confirmó en la regencia de Castilla hasta la mayor edad del príncipe D. Carlos, estipulando para el emperador Maximiliano el pago de cincuenta mil ducados anuales. Formóse entonces en Italia contra los venecianos la célebre *liga*, llamada *de Cambray*, por haberse firmado en esta ciudad, y compuesta de los soberanos mas poderosos de la Europa. Entraron en ella Maximiliano, por la promesa de un gran subsidio; Fernando el Católico, con la esperanza de reunir al estado de Nápoles las ciudades que la república de Ve-

necia poseía en las costas de la Calabria; el rey de Francia, sin mas objeto que el de humillar á los senadores venecianos, que rivalizaban con la magestad de los monarcas; y por último el Papa Julio II, resentido de la firmeza con que aquella república contrariaba sus miras.

1509. Publicada en España dicha liga á principios de este año, mientras que Fernando esperaba el momento de poner sus tropas en marcha de concierto con las de Roma, Francia y Alemania, el cardenal Jimenez emprendió á sus propias espensas la conquista de Oran, que hizo en persona, añadiendo á los estados de España el dominio de esta importante plaza. A su victoriosa vuelta fundó el cardenal la célebre universidad de Alcalá de Henares, en donde florecieron por mucho tiempo las humanidades, las ciencias, el estudio de las lenguas orientales y el buen gusto. Invadiendo entonces los príncipes confederados los estados de Venecia por diferentes partes, se apoderó el rey de Francia del ducado de Milan, Julio II de todas las ciudades que poseia la república en el estado eclesiástico, Fernando de las situadas en la costa de la Calabria, y Maximiliano se ade-

lantó hácia Venecia al frente de un poderoso ejército.

1510. Mientras que se continuaban en América los descubrimientos y las discordias entre los caudillos, estendia Fernando sus conquistas por el Africa, apoderándose el conde D. Pedro Navarro de Bugia y de Trípoli, haciendo tributarios á los reyes de Tunez y de Tremecen. Pero reforzado despues con nuevos socorros por D. García de Toledo, resuelven los dos generales atacar la isla de Gerves, situada en el Mediterráneo en el reino de Tunez, y dando en una emboscada pereció casi todo el ejército con Don García de Toledo, volviendo la flota á Trípoli. Los venecianos, aprovechándose de los síntomas de discordia que empezaban á manifestarse entre los príncipes de la liga, por el temor que cada uno tenia del engrandecimiento de los otros, lograron separar de ella al Papa y al rey católico, al que para mayor seguridad dió el Pontífice la investidura del reino de Nápoles, con la obligacion de presentarle todos los años una hazienda blanca, ricamente enjaezada, único tributo que pagaron despues los reyes de Nápoles á la silla apostólica, como feudatarios

de ella, hasta que se restableció el antiguo, que se redujo á siete mil ducados.

1511. Fernando dotado de un gran discernimiento para desentrañar á un golpe de vista todo aquello que podia favorecer sus intereses, entró en la coalicion que hizo por aquel tiempo Julio II con los venecianos y otros estados de la Italia contra el rey de Francia, y que se llamó la *santa liga*. Hizo grandes preparativos, corriendo la voz de que iba á pasar en persona al Africa á vengar en los sarracenos la derrota de Gerves; mas Luis XII penetrando sus intenciones, dijo: *el sarraceno contra quien se arma el rey católico, soy yo*. Sin embargo los moros, consternados al ver los formidables preparativos que hacia, restituyeron todos los cautivos cristianos, y reconocieron vasallage á Fernando, obligándose á pagarle anualmente un tributo. Los suizos, que por algunos resentimientos contra la Francia se habian confederado con el Papa, pasando los Alpes en número de veinte y cuatro mil, arrojaron á los franceses de Verona y de otras muchas plazas. Reunidas las tropas de la santa liga, se abrió la campaña por el sitio de Bolonia, poniéndose sobre ella con el ejército combi-

nado D. Manuel Cardona, virey de Nápoles; pero viniendo los franceses en su socorro, obligaron á los confederados á retirarse. Siguiólos Gaston de Fox, duque de Nemours, joven de distinguido mérito, hermano de la reina de Aragon Doña Germana, y despues de haber sorprendido á Bresa con seis mil hombres, derrotando al general veneciano Baglioni, sitió á Rávena. Acudieron los confederados á socorrerla, y travóse una reñida y sangrienta batalla. Desplegó Gaston en ella los talentos de un general consumado, y el valor de un granadero intrépido, contribuyendo estas dotes mas bien que el esfuerzo de sus tropas á la derrota que sufrieron los confederados. Conservaron no obstante los españoles el orden y la union; y mientras que los aliados se entregaban á la fuga, oponian ellos solos un muro de hierro impenetrable á los ataques de la caballería enemiga. Impaciente Gaston por completar la victoria, cometió la imprudencia de embestirlos acompañado de otros veinte caballeros distinguidos; mas despues de haber peleado como un héroe, quedó en el campo de batalla atravesado de veinte y dos heridas.

Despues de este suceso volvieron á to-

mar los españoles su primer ascendiente. El virey de Nápoles obligó á los florentinos á entrar en la liga, y recobró á Bresa y el Milanesado, restableciendo en este ducado á Francisco Sforzia. D. Fernando pidió al mismo tiempo á Juan de Albret, rey de Navarra por su muger, que concediese paso por sus estados á las tropas que queria enviar á Francia, y le entregase tres de las mejores fortalezas; mas como este monarca estaba unido con el francés, no accedió á la demanda. Entró entonces el duque de Alba con un ejército en Navarra, y se apoderó de Pamplona, conquistando despues todo el reino, que quedó desde entonces incorporado á la corona de Castilla.

1513. El rey de Francia, habiendo hecho algunas tentativas inútiles para restablecer á Juan de Albret en el trono de Navarra, pidió treguas por un año al rey católico, que accedió á ellas, sin perjuicio de que continuase la guerra de Italia; restriccion que no impidió que se mostrasen quejosos y resentidos el emperador de Austria y el rey de Inglaterra, por quanto este tratado se habia hecho sin su consentimiento.

Fernando atento siempre á la adminis-

tracion de sus vastos dominios, se fue á Valladolid, y de allí á Medina del Campo, pasando luego á un lugar muy delicioso, llamado Carrioncillo, en donde, de resultas de haber tomado en Medina una bebida que la reina le habia mandado preparar para hacerse fecunda, se sintió enfermo, cayendo en una melancolía y languidez que le dejaron casi estenuado.

1515. Habiendo subido al trono de Francia Francisco I, por fallecimiento de Luis XII, y continuando la guerra de Italia con favorable éxito, Fernando, á pesar de su debilidad, mandó hacer en España grandes preparativos; y como los estados de Aragon retardasen el acudirle con los auxilios necesarios, los hizo entrar en su deber. Negoció luego un tratado con el rey de Inglaterra; y los reyes de Fez y Marruecos, amedrentados por los formidables armamentos que hacia el monarca castellano, solicitaron su amistad, enviándole magníficos presentes. Empero, mientras que la mayor parte de la Europa tenia los ojos fijos en él, caminaba Fernando á su fin á paso acelerado, pues los últimos esfuerzos habian acabado de agotar el poco vigor que le quedaba.

1516. Aunque habia hecho un testamento nombrando por regente de sus reinos al infante D. Fernando, por quien, en razon de haber sido nacido y criado en España, tenia una predileccion señalada, las justas observaciones que le hicieron sus consejeros le obligaron á anular esta disposicion, y á declarar á la reina Doña Juana su hija por heredera de todos sus estados, y despues de su muerte al príncipe D. Carlos su nieto, asignando á la reina Germana su muger treinta mil florines de renta al año, y al infante D. Fernando cincuenta mil ducados sobre las rentas de Nápoles. Nombró regente de Castilla al cardenal Jimenez, y al arzobispo de Zaragoza, su hijo natural, del Aragon y de sus estados. Recibió los santos Sacramentos, y falleció en Madrigalejo á los sesenta y cuatro años el 23 de enero del de 1516. Aunque el escesivo celo por su autoridad le hizo incurrir algunas veces en la ingratitud y el olvido de los mas señalados servicios, como lo muestra la conducta que observó con Colón y con el Gran Capitan, que tanto lustre y esplendor dieron á su reinado, nadie podrá negar que Fernando poseia en un grado eminente todas

las virtudes y talentos de un gran monarca. Una alma magnánima, nobles y generosos sentimientos, un genio profundo, viveza y penetracion de espíritu, y una firmeza en las resoluciones superior á todos los obstáculos, constituyen á Fernando el modelo de los reyes. Él moderó las exorbitantes pretensiones de la nobleza, mejoró las leyes y las hizo ejecutar, reformó el clero, disminuyó los impuestos, y restableció la tranquilidad en el reino. Por la conquista de Granada y de Navarra unió todos los reinos de España, á escepcion del Portugal, en una sola monarquía, á la cual añadió los reinos de Nápoles y de Sicilia, las costas de Africa y las Américas, haciéndola de este modo la potencia mas poderosa de toda la Europa. Ultimamente este gran monarca, poseido de una piedad sincera, y de un gran celo por la religion, fundó muchas iglesias y monasterios, y mostró constantemente la mayor veneracion y respeto á la Silla apostólica.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

las virtudes y talentos de un gran monarca.
Una alma magnánima, noble y generosa
sentimientos, un gozo profundo, viva y
penetración de espíritu, y una firmeza en las
resoluciones superiores á todos los obstáculos
constituyen á Ferris el modelo de los
reyes. El moderó las exorbitantes preten-
siones de la nobleza, mejoró las leyes y las
hizo ejecutar, reformó el ejército, disminuyó
los impuestos, y restableció la tranquilidad
en el reino. Por la conquista de Granada y
de Navarra unió todos los reinos de España
á excepción del Portugal, en una sola
monarquía, á la cual añadió los reinos de
Nápoles y de Sicilia, las costas de África y
las Américas, haciéndola de este modo la
potencia mas poderosa de toda la Europa.
Ultimamente este gran monarca, poseído de
una febril ansia, y de un gran celo por
la religión, fundó muchas iglesias y monas-
terios, y mostró constantemente la mayor
veneración y respeto á la silla apostólica.
...
...
...
Fin del Tercero Libro.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE
TOMO PRIMERO.

	Pág.
C APITULO PRIMERO. <i>Situacion y límites de la España: su poblacion actual y su clima: su origen y fundacion: sus diversos nombres y primeros pobladores.</i>	5
C AP. 2.º <i>Venida de los fenicios á España, su establecimiento en ella, y fundacion de Cádiz. — Venida de los cartaginenses. — Amilcar Barca: sus conquistas: su muerte. — Asdrubal: sus expediciones: funda á Cartagena; y muere asesinado. — Anibal: sitio y destrucccion de Sagunto: los españoles participan de sus triunfos en Italia. — Venida de Gneo Escipion y de su hermano Publio: sus expediciones: su derrota y muerte. — Escipion el Africano toma á Cartagena: su generosidad:</i>	

arroja á los cartaginenses de la Península y vuelve á Roma. — Derrota de un ejército español, y reduccion de la España á provincia del imperio romano. 8

CAP. 3.º *Division de la España por los romanos: sublevacion de la Citerior: derrota y muerte de Cayo Sempronio.*

— *Caton el Censor: sus expediciones.*

— *Fulvio Nobilior.* — *Tarifa declarada colonia Latina.* — *Luculo: su alianza con los de Cauca, hoy Coca.* —

— *Galba: su atrocidad y codicia: su perfidia con los lusitanos.* — *Cayo Vetilio.*

— *Viriato: sus virtudes, genio y expediciones.* — *Muerte de Vetilio.* — *Cayo Plancio, derrotado por Viriato.* —

Claudio Unimano y Cayo Nigidio tienen igual suerte. — *Proclama la España por su libertador á Viriato.* —

Quinto Fabio Maximo Emiliano. —

Quinto Cocio y Quinto Fabio Maximo Serviliano derrotados por Viriato.

— *Tratado ajustado por este con el último.* — *Infringele Quinto Servilio Ce-*

pion: fragua y consigue el asesinato

<i>de Viriato</i>	21
CAP. 4.º <i>Guerra de Numancia.—Quinto Pompeyo, Popilio Lenate y Cayo Hostilio Mancino, vencidos por los numantinos.—Marco Emilio Lépedo rechazado delante de Palencia.—Escipion, destructor de Cartago, sitia á Numancia: atrocidad cometida por él con los de Lucia: heróica resolucion de los numantinos.</i>	30
CAP. 5.º <i>Guerra de Sertorio: Pompeyo pregona su cabeza: asesínale Perpenna, y es condenado despues á muerte por Pompeyo.—Destruccion de Osma y de Calahorra.— Los hijos de Pompeyo levantan el estandarte de la rebelion en España: César los derrota en la batalla de Munda, que se entrega á Fabio Maximo.— Conquistas de César, cuyo nombre toman algunos pueblos.— Venida de Augusto y de Agripa á España.— Nueva division de la Península, hecha por Augusto: funda á Zaragoza y Mérida.— Templo erigido en honor suyo.</i>	35
CAP. 6.º <i>Colonias y monumentos roma-</i>	

nos en la Península.— Los dos Sénecas.— Marcial.— Italica, patria de Trajano y de Adriano.— Marco Aurelio, de origen español.— Invasión de los francos, de los vándalos, suevos, alanos y silingos, y sus horrorosos efectos.— Hermenerico, Atace, Gundemaro. 39

CAP. 7.º Reinado de Ataulfo, de Sigérico de Walia, de Teodoro.— Atila.— Batalla de los campos Catalaunicos.— Reinado de Turismundo, de Teodorico, de Eurico y de Alarico.— Código Teodosiano.— Reinado de Amalarico: batalla de Narbona.— Reinado de Teudis.— Invasión de los reyes de Francia Childerto y Clotario.— Reinado de Teudiselo, de Agila, de Atanagildo.— Reinado de Liuva: asocia á la corona á su hermano Leovigildo.— Reinado de este, y sus expediciones: asocia á la dignidad régia á sus hijos Hermenegildo y Recaredo: persigue y condena á muerte al primero: da principio al uso del cetro y de las insignias reales.— Origen de la Gascuña.— Extinción del reino de los

suevos..... 43

CAP. 8.º Recaredo: abjura y estingue el arrianismo por un Concilio: adquiere el renombre de el Católico. — Liuva. — Viterico. — Gundemaro. — Sisebuto: sus hechos y virtudes. — Recaredo II.—Suintila: arroja á los griegos de España: asocia á la corona á su hijo Rechimiro: Sisenando le usurpa el trono. — Chintila. — Derecho de eleccion á la corona conferido á la asamblea de los grandes y señores. — Espulsion de los judíos. — Tulga. — Chindasvinto: su crueldad: asocia á la corona á su hijo Recesvinto. — Reinado de este.—El de Wamba: sus hechos: es víctima de la perfidia de Ervigio que le usurpa el trono.—Egiza.—Witiza: sus vicios.—D. Rodrigo..... 52

CAP. 9.º Degradacion de los godos. Administracion de Rodrigo. — Conspiracion del conde D. Julian. Fábula de la Cava. Invasion de los árabes: batalla de Guadalete: destruccion del imperio de los godos. — Expediciones de Muza. — Teodomiro. — Abdelaziz,

	Pág.
<i>amir en España.—Ayub, su sucesor.</i>	60
CAP. 10. <i>El amir Alahor. — D. Pelayo: batalla de Covadonga.—Sábía administracion del amir Aucupa. . .</i>	66
CAP. 11. <i>Espediciones y muerte de Don Pelayo. — D. Alfonso el Católico: sus conquistas. —Froila: sus expediciones. —Aurelio. —Silo.—Eleccion de Don Alfonso II.—Usurpacion de Mauregato. —D. Bermudo el Diácono: resigna la corona en Alfonso.—Celebridad y floreciente estado de Córdoba.</i>	70
CAP. 12. <i>Glorioso reinado de Alfonso II, llamado el Casto.—Sus conquistas: alteraciones ocurridas en el Estado: derrota de los infieles en Galicia. — Invencion del cuerpo del Apóstol Santiago.—Amores fabulosos del conde de Saldaña con Doña Jimena, y novela de Bernardo del Carpio.—Don Ramiro: insurreccion del conde Nepociano y su castigo.—Invasion de Abderaman II y su derrota.—Prodigiosa batalla de Clavijo.—Ordoño I.—Insurreccion de Vizcaya sofocada: hechos gloriosos, política y muerte de este mo-</i>	

narca..... 77

CAP. 13. *Alfonso III el Grande.—Usurpacion y muerte de D. Froila, conde de Galicia.—Sublevacion de los condes de Alava castigada.—Proezas de Alfonso.—Alteraciones del reino reprimidas: derrota de Abulcasin.—Resigna Alfonso la corona en su hijo D. Garcia.—Sucede á este su hermano Don Ordoño II: hechos gloriosos de este monarca, origen del título de reyes de Leon y muerte de los condes de Castilla.—Froila II.—Alfonso IV el Monge: renuncia la corona en favor de su hermano Ramiro II, y trata luego de arrebatársela.—Rebelion castigada de los hijos de Froila..... 81*

CAP. 14. *Hechos de Ramiro II.—Ordoño III y sus expediciones.—D. Sancho el Gordo.—Ordoño IV el Mallo.—Restablecimiento de D. Sancho en el trono por la magnanimidad de Abderraman: expediciones de D. Sancho: su muerte violenta.—Ramiro III.—Regencia de sus tias Doña Teresa y Doña Elvira.—Independencia de la*

- Castilla.—Administracion de Ramiro.*
 — *Contienda con D. Bermudo II. —*
Espediciones de este monarca : las del
caudillo árabe Almanzor : batalla de
Calacanzor 89
- CAP. 15.** *Alfonso V. — Regencia de su*
madre Elvira : muerte de Alfonso. —
Bermudo III.—Digresion sobre las con-
quistas de Carlo Magno en España, y
á cerca del origen del reino de Navarra.
 — *Su rey D. Sancho III, cambia la faz*
de la España cristiana.—Transaccion
entre este monarca y D. Bermudo.—Di-
vision del reyno de Navarra entre los
hijos de D. Sancho. — Espediciones y
muerte de Bermudo 98
- CAP. 16.** *Fernando I. de Castilla y VI*
de Leon : restablece el orden en sus do-
minios : sostiene una guerra contra su
hermano D. García de Navarra, ven-
cido y muerto en la batalla del valle
de Atapuerca : sus conquistas sobre los
moros : division de sus estados entre
sus hijos : incursion contra los maho-
metanos : su piedad ; su muerte.—Suer-
te de sus hermanos los reyes de Sobrar-

- ve y Ribagorza, y de Aragon.....* 103
- CAP. 17. *D. Sancho II de Castilla: despoja á sus hermanos de los reinos de Leon y de Galicia: sitia á Zamora, y es muerto á traicion.— Advenimiento de Alfonso VI: reduce á Toledo: es vencido por los moros en Estremadura. — Invasion de los almoravides. — Origen del reino cristiano de Portugal. — Derrota de Uclés. — Muerte de Alfonso.....* 106
- CAP. 18. *Doña Urraca. — Guerras civiles entre ella y su marido el rey de Aragon.— Muerte de Doña Urraca..* 113
- CAP. 19. *D. Alfonso VII. — Su glorioso reinado: proclámanle emperador: divide sus estados entre sus dos hijos. — Sus virtudes.....* 114
- CAP. 20. *Reinado corto, pero feliz, de D. Sancho III de Castilla.— Alteraciones ocurridas en la menor edad de su hijo Alfonso III de Castilla y VIII de Leon. Toma este las riendas del gobierno: es derrotado por los moros en Alarcos: casa á su sobrina Berenguéla con su sobrino el rey de Leon Alfonso IX.*

- *Cruzada de los cristianos contra los infieles de España. — Batalla de Tolosa: gran victoria de los cristianos. — Muerte de Alfonso VIII* 120
- CAP. 21. *Enrique I. — Disputas sobre la regencia. — Muerte de Enrique. — Advenimiento de Doña Berenguela: resigna la corona en su hijo Fernando II de Castilla y III de Leon, que á la muerte de su padre reúne ambos reinos* 132
- CAP. 22. *Origen y progresos de la caballería. — Ordenes de Santiago, de Calatrava y de Alcántara. — Expediciones de Fernando, llamado el Santo. — Reduce sucesivamente á Córdoba y Sevilla: medita invadir el Africa: su muerte* 136
- CAP. 23. *Alfonso X, llamado el Sabio. — Aspira á la corona imperial de Alemania. — Alteraciones del estado: rebelion de su hijo Sancho. — Muerte de Alfonso* 145
- CAP. 24. *D. Sancho IV, llamado el Bravo. — Sus vigorosas medidas: sujeta á los rebeldes. — Su hermano el infante*

<i>D. Juan sitia á Tarifa : heróica resolución de su gobernador Alonso Perez de Guzman.— Muerte de D. Sancho.....</i>	154
CAP. 25. <i>D. Fernando IV el Emplazado.—Regencia de su madre Doña María : cede su autoridad al infante Don Enrique , tio del rey difunto. — Turbulencias del estado : prudencia de Doña María.—Hecho de Fernando, por el cual se le dió el nombre de el Emplazado.</i>	160
CAP. 26. <i>Alfonso XI.—Su borrascosa minoridad. — Derrota y muerte de los infantes regentes D. Juan y D. Pedro. — Toma Alfonso las riendas del gobierno : obra con vigor : unido al rey de Portugal derrota á los moros en el Salado : toma á Algeciras : muere de la peste en el sitio de Gibraltar. —Su caracter.....</i>	168
CAP. 27. <i>Advenimiento de D. Pedro llamado el Cruel.—Muerte de Doña Leonor de Guzman , y de Garcilaso de la Vega. — Amores de D. Pedro con Doña María de Padilla : su casa-</i>	

- miento con Doña Blanca: triste suerte de esta señora. — Crueldades de Don Pedro: es destronado por su hermano natural Enrique, conde de Trastámara: restablecido en el trono por Eduardo, llamado el príncipe Negro: muere á manos de D. Enrique..... 185*
- CAP. 28.** *Reinado de D. Enrique II. — Sus hechos: su muerte: sus prendas... 201*
- CAP. 29.** *D. Juan I.—Sus pretensiones á la corona de Portugal: es derrotado en Aljubarrota: hace la paz con el Portugal y la Inglaterra: su sábia administracion y prosperidad de sus súbditos: su muerte..... 204*
- CAP. 30.** *D. Enrique el Enfermo.—Disputas entre la nobleza durante su minoridad: toma las riendas del gobierno y las maneja con vigor: envia una embajada á Tamorlan: proyecta la espulsion de los moros de España: su muerte..... 208*
- CAP. 31.** *Generosidad del infante Don Fernando, hermano del difunto monarca. — Advenimiento de D. Juan II. — Regencia de la reina y de D. Fer-*

nando: eleccion de este para la corona de Aragon: su muerte. — Rivalidad sobre la regencia de Castilla: largo y desastroso reinado de D. Juan: rebelion de su hijo el príncipe de Asturias: castigo de su favorito D. Alvaro de Luna: muerte de D. Juan... 216

CAP. 32. Enrique IV el Impotente. — Hace reconocer por su hija á Doña Juana, llamada la Beltraneja. — Sus primeros pasos en la administracion: liga formada contra él por la nobleza: es depuesto en Avila y proclamado su hermano Alfonso en su lugar. — Tratado de Enrique con la nobleza: reconoce por heredera á su hermana Isabel. — Casamiento de esta princesa con Fernando, rey de Sicilia, hijo del rey de Aragon. — Muerte de Enrique. — Fernando é Isabel proclamados reyes de Castilla y de Leon... 228

CAP. 33. El rey de Portugal entra con un ejército en Castilla, reclamando la corona en nombre de Doña Juana: es vencido cerca de Toro. — Estado de las potencias vecinas de la España en

la época de la reunion de las coronas de Castilla y de Aragon. — Del Portugal, de la Navarra y de Granada. — De la Francia, de la Italia, de la Alemania, de la Inglaterra. — Estado político de la España. — Establecimiento de la Inquisicion. — Sábias medidas adoptadas por Fernando; hace la paz con el Portugal: da principio á la guerra de Granada: sus progresos: construccion de Santa Fé: capitulacion de Granada: entrada triunfante de los reyes católicos en esta ciudad: espulsion de los judios. — Descubrimiento de las Américas hecho por Colon, bajo los auspicios de Isabel: vuelta de Colon á España. — Restitucion hecha á España por la Francia de los condados del Rosellon y la Cerdaña. — Nuevos descubrimientos de Colon: persecucion que experimenta. — Guerra con la Francia. — Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, arroja á los franceses de Nápoles: suspension de armas. — Reforma de las órdenes religiosas de España. — Tercer viage de Colon;

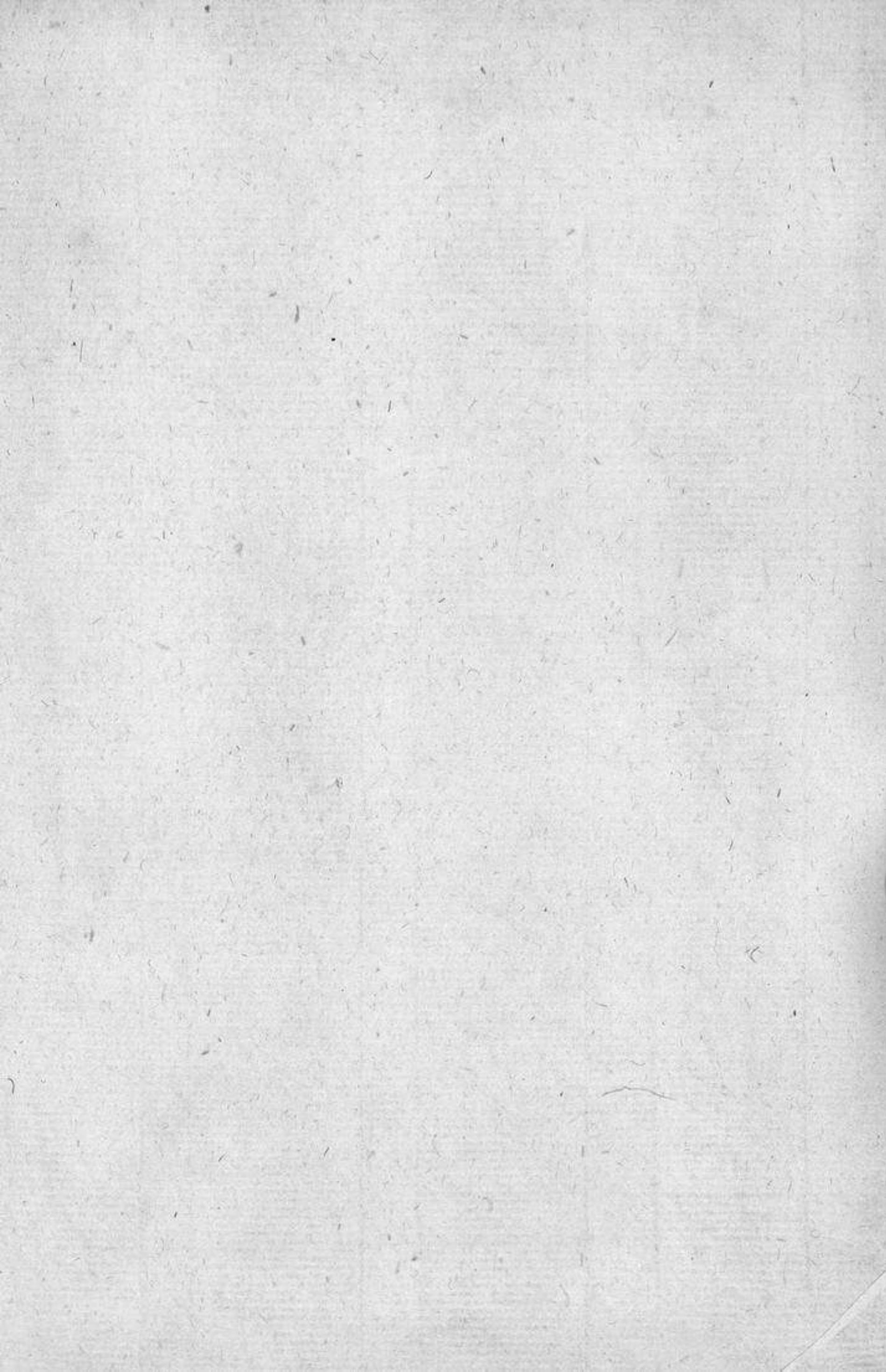
es víctima de nuevas persecuciones. — Sublevacion de los moros de las Alpujarras, de Ronda y otros pueblos, arrojados al fin al Africa. — El archiduque Felipe y su esposa Doña Juana, reconocidos por herederos de la corona de Castilla. — Muerte de la reina Isabel. — Sus prendas y virtudes. 239

CAP. 34. *Pretensiones del archiduque Felipe á la regencia de Castilla, sostenidas por la nobleza. — Resigna Fernando la administracion. — Conducta de Felipe: su muerte. — Incapacidad de Doña Juana. — D. Fernando es reconocido por regente: recompensa los servicios del arzobispo de Toledo Jimenez: adhiere á la liga de Cambray. — Conquista de Oran por el cardenal Jimenez, y fundacion de la Universidad de Alcalá. — Exito de la liga de Cambray. — Santa liga; batalla de Ravena. — Conquista de Navarra. — Decadencia de la salud de Fernando y su origen: hace preparativos para la guerra: fallece. — Su caracter. — Recapitulacion de su reinado. 272*

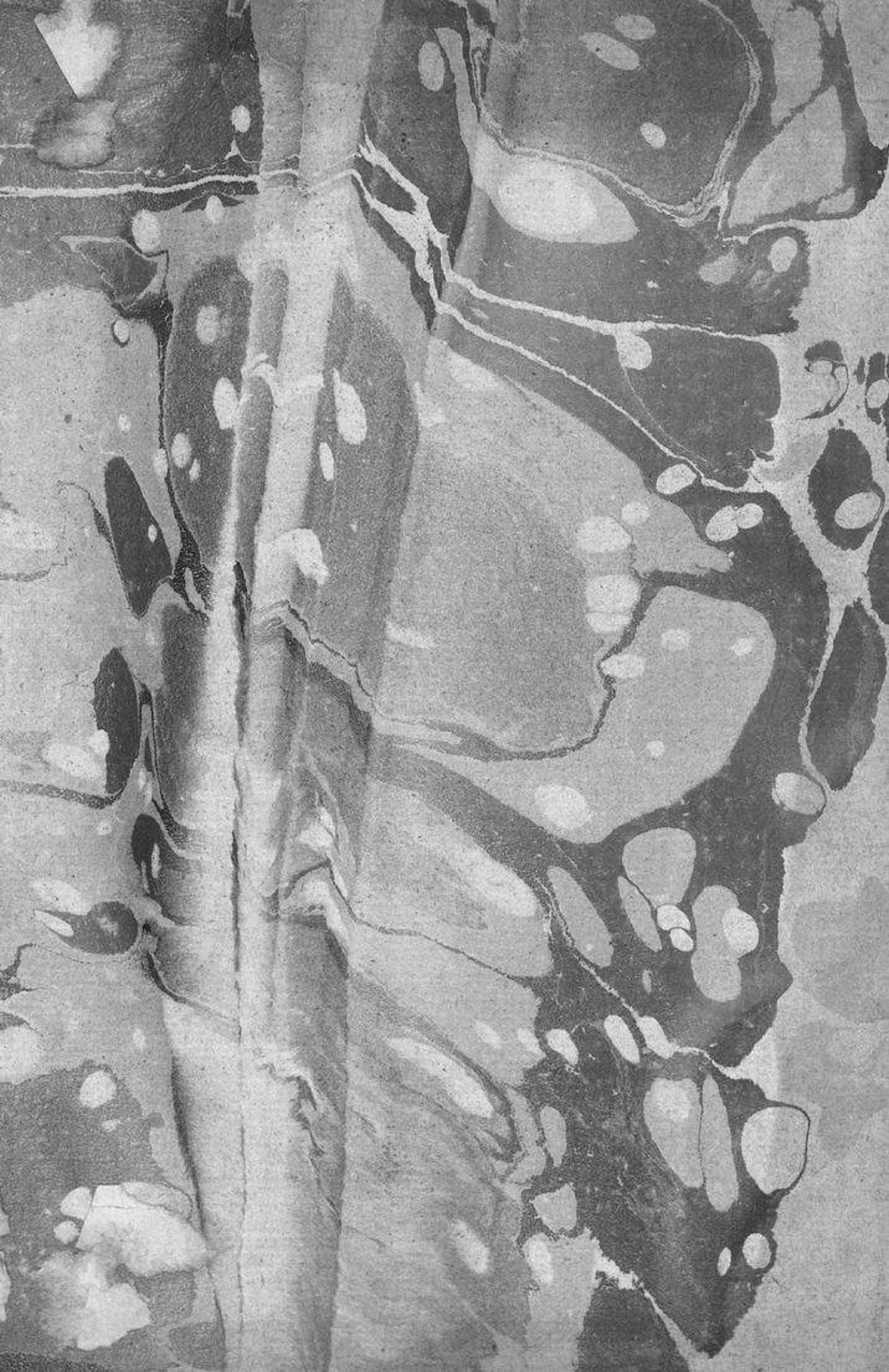
Paracelsus
Quedo 27-VII-49

de su reinado 272
fallece.—Su caracter.—Rescapitacion
ger: hace preparativos para la guerra:
cia de la salud de Fernando y su ori—
—Conquista de Navarra.—Decaden—
bay.—Santa liga: batalla de Navarra.
de Sicilia.—Exito de la liga de Cam—
tinas, y fundacion de la Universidad
—Conquista de Gran para el
menes: adhiere a la de Cambri
servicio del arzobispo de Tolosa.
conocido por regente de la Universidad
Doña Juana. —
de Felipe su nieto. Inauguracion de
rando la administracion de
ridas por la nobleza
Felipe a la regencia de la













ESCOSURA
COMPENDIO
DE LA HIST.
DE ESPAÑA

